

PREMIO JAÉN DE NARRATIVA JUVENIL 2018



TU TAN  
CANCER  
y Yo TAN  
VIRGO



BEGOÑA ORO  
ALBERTO J. SCHUHMACHER

Begoña Oro  
y Alberto J. Schuhmacher

# Tú tan cáncer y yo tan virgo

Incluye manual desordenado  
de comunicación para tímidos  
en 52 lecciones

montena

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@somosinfinitos



@somosinfinitos



@somosinfinitos

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*«Leemos para saber que no estamos solos.»*

*C. S. Lewis*

*Este libro está escrito especialmente para ti  
que sabes de qué va todo esto,  
para que sepas que no, no estamos solos*

*Al abuelo que no conocí, al abuelo con quien casi no pude jugar  
y a mi padre, que disfrutó poco tiempo de ser abuelo. (A.J.S.)*

*A Ignacio Riverola O., siempre.*

*A Gustavo Ramos, virgo,  
que apareció justo después y no sabía bailar,  
pero no importa demasiado. (B.O.)*

mb

Nunca digas «Mi vida es una mierda» a un desconocido.

Yo lo hice.

—Mi vida es una mierda —dije apoyado en la pared del local.

A mi lado estaba la chica de la peca.

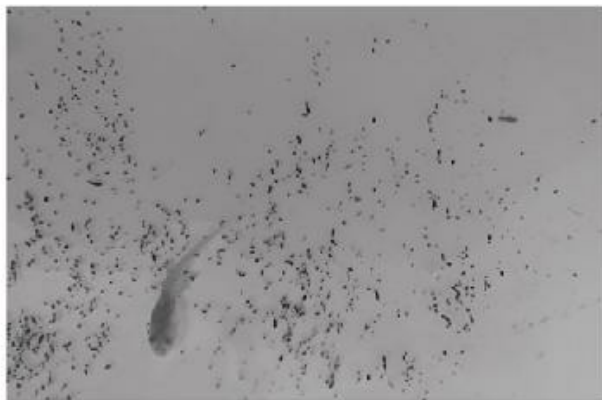
Sabías:

1. Que se llamaba Marta.
2. Que sus abuelos eran de los del pueblo «de toda la vida». Los Garbanzo, los llamaban.
3. Que tenía los mismos años que yo.
4. Que era amiga de Lucía.

No sabía que era cáncer ni que su vida era una mierda. Y cuando digo mierda, digo una mierda de grandes dimensiones, una bosta de elefante. A su lado, mi mierda de vida era una caquita de renacuajo.



© Hejjojo19 / iStock / Getty Images



Archivo personal de los autores

Mierda de vida de Marta vs mi mierda de vida (solo una unidad).

Eso me recordó por qué no suelo andar contando mi vida por ahí y para una vez que lo hago... Bueno, técnicamente tampoco es que le contara mi vida. Eso de que mi vida era una mierda me lo dije a mí mismo. Y solo porque la música sonaba muy alta, y me aburría porque todos bailaban y yo no sé bailar, y estaba harto de esperar y de que no pasara nada. Pero ella, que tampoco bailaba, lo oyó, me oyó decir: «Mi vida es una mierda», se giró hacia mí, me miró a los ojos fijamente y me preguntó:

—¿Qué te pasa?

A esa pregunta, suelo responder «Nada». Pero ella me miraba así, y sonaba esa música de mierda, y nadie escuchaba a nadie, y yo estaba harto de todo, y entonces hablé.

Juro que en condiciones normales jamás lo habría hecho. Creo que fueron los pasodobles que tocaba la orquesta, que me estaban sacando de mis casillas.

La chica de la peca dejó que hiciera el ridículo. Dejó que le hablara de Lucía, del caso que me hacía (cero), de mi móvil de mierda, de mis vacaciones de mierda, de las discusiones de mierda y de mi escayola de mierda. Y de repente yo mismo me asusté de todo lo que le había contado. Entonces, cuando quise parar aquello y le dije, por cambiar de temas: «¿Y tú? ¿A ti qué te pasa?», me soltó la mierda de su vida.

Hay que reconocerlo: le llegaba hasta el cuello.

1.

A TODO EL MUNDO LE PASA ALGO.

QUE LA GENTE RESPONDA «NADA» A LA PREGUNTA «¿QUÉ TE PASA?»

ES SOLO UNA CONVENCION FORMAL  
(UNA FORMA DE AHORRAR TIEMPO Y SALIVA, VAYA).  
HAY GENTE QUE A LA PREGUNTA «¿QUÉ TE PASA?»  
PUEDE RESPONDER LA VERDAD,  
Y LA VERDAD A VECES ES LARGA DE CONTAR, Y DOLOROSA.  
POR SI ACASO, NO PREGUNTES «¿QUÉ TE PASA?»  
SI NO ESTÁS DISPUESTO A ESCUCHAR UNA LARGA HISTORIA.



¿La chica-de-la-peca? Mmm...

Lo último que yo quería era ir de víctima por la vida. De hecho, no se lo había contado a nadie. Ni a Lara, mi mejor amiga, ni a Lucía, que tan tan amiga no era.

Pero el chico-de-los-granos-que-no-sabía-bailar me estaba tocando las narices con sus tonterías. Era de los de fuera. De Madrid. Su abuela era del pueblo y, aunque ya no vivía allí, se pasaba el verano entero. Mis abuelos la conocían. Era maja, no como el nieto.

Además, ese chico apestaba a sudor y a tabaco, y eso me puso frenética. Siempre me han desquiciado los olores.

Y también, y sobre todo, es que estaba harta de no poder hablar con nadie.

«No hables de...», «Mejor no cuentes a nadie lo de...», «Sobre todo, que no lo sepa tu hermano. Aún es pequeño y podría...», «Aún es pronto para...», «Ya sabes, es que en el pueblo... todos se conocen y...», «Si llegara a enterarse el abuelo...»

Y otra vez esos puntos suspensivos.

Casi podía verlos, físicamente. Desde lo de mi madre, la mitad de las conversaciones acababan...

No acababan.

Se dejaban las frases sin terminar.

Muchas de las frases que se dejaban sin acabar, incluían de alguna forma el verbo «morir».

«Tu hermano aún es pequeño y podría morir de dolor y de pena, como lo estás haciendo tú ahora en secreto», «Aún es pronto para saber si me moriré», «Si llegara a enterarse el abuelo, se moriría». Esas eran las frases completas, las que no llegábamos a acabar. Pero era estúpido.

Bastaba con mirar la cara de mi padre. La cara de mi padre acababa todas las frases sin decir ni palabra.

Y total, todos sabíamos cómo acababan.

Todos sabíamos cómo acabaría esto.

Vamos a morir todos.

Fin.





No. Fin, no.

Esto fue el principio.

El principio en el que un chico con problemas dermatológicos transitorios que esa misma tarde metió el brazo escayolado en una bolsa de plástico, se duchó, se echó desodorante Axe como para fundir la capa de ozono y medio bote de colonia de la cara, se lavó los dientes y, no contento con eso, se enjuagó con Listerine, un chico que, el pobre, pasó unos minutos en el fumadero con los mayores y salió con la ropa apestando UN POCO a tabaco; el principio en el que un chico limpio y bienoliente como ninguno escuchó a la chica de la peca sin saber que todo eso que le estaba contando tendría que ser un secreto entre los dos.

Solo cuando acabó, la chica le dijo:

—Y todo esto, no se lo puedes contar a nadie.

Bueno, mientras nadie le preguntara...

El chico (se llama Pablo, por cierto; encantado) no es de los que va por ahí contando cosas, ni las suyas ni mucho menos las de los demás. Honestamente, el problema es que el chico no sabe mentir.

En cualquier caso, estaba lo bastante avergonzado para hacer lo que le pidiera Marta. La verdad es que se sentía estúpido. Hacía unos minutos se estaba quejando de que su vida era una mierda y ahora se daba cuenta de que no, su vida no era una mierda. No si la comparabas con otras. Francamente, una mierda era la vida de Marta. Y por eso Pablo solo pudo decir, solo pude decir, idiota de mí:



© PrettyVectors / iStock / Getty Images

2.

NO DIGAS «LO SIENTO»

SI NO SABES QUÉ ES LO QUE SIENTES.



«No sé qué decir. Lo siento.»

Es lo que suele decir la gente.

No saben qué decir y lo dicen: «No sé qué decir».

Pues si no lo sabes, no lo digas. Joder.

Pero no, no se quedan ahí. Añaden «lo siento». Como si sintieran lo mismo que tú. (No.) Como si tuvieran la culpa de algo. (Tampoco.) El chico-de-Madrid-acneico-bienoliente-con tufo-a-tabaco-sudor-y-Listerine no tenía la culpa de nada. Pero estaba ahí. A tiro. Y por eso, cuando dijo «Lo siento», salieron de mi boca sapos y culebras y estrellas, muchas estrellitas, todas las que se colocan para tapar los tacos en los subtítulos. Yo antes de todo esto no decía tacos, pero... Puntos suspensivos.

Ya lo decía mi horóscopo de la semana: «Conocerás a alguien a quien causarás una fuerte impresión».

Una bofetada no le habría clavado tanto en el sitio a, vale, llamémosle Pablo.

No recuerdo bien lo que le dije. Creo que le hice un resumen acelerado de las últimas semanas de mi vida. Pero esta vez rellené los puntos suspensivos. Sí recuerdo su cara. Primero me miraba con cara de pez. Se le salían los ojos de las órbitas y a mí todavía me ponía más frenética. Creo que le insulté varias veces y entonces empezó a mirarme como un animalillo asustado. Parecía un conejo de esos que tiene Ángel en la nave. Los conejos esos saben —se lo han contado unos a otros— que cuando viene Ángel y te elige, ya no vuelves a la jaula. Tampoco es que te suelte por el campo.

Vamos a morir todos. Unos antes que otros.

Algunos, en la cazuela.

mp

Bueno, yo sí me acuerdo de lo que me dijo la chica de la peca.  
Espera, que te hago una nube de palabras para que te hagas una idea aproximada.



Archivo personal de los autores

¿Ves ese «gilipollas» que aparece ahí en rojo? Sí, ese se supone que soy yo. Me lo dijo no menos de veinte veces.

También me acuerdo de que yo estaba apoyado en la pared y de que ella estaba enfrente de mí y no veía a la orquesta, ni al alcalde bailando la conga; ni a mi padre; ni a su tía Pili; ni a Ángel; ni a Currutaco; ni a Valeriano, el cura viejo; ni al cura nuevo; ni a su abuelo... Me acuerdo de que gritaba como una energúmena para hacerse oír por encima de la cantante de

la orquesta y que pensé: «Vaya pulmones tiene», aunque la verdad es que no sé si el tamaño de los pulmones tiene algo que ver con el volumen al que uno es capaz de hablar (tengo que investigarlo), y le miré un segundo las tetas, aunque tampoco sé si el tamaño de las tetas tiene algo que ver con el tamaño de los pulmones (tengo que investigarlo también porque, eh, ¿y las cantantes de ópera?). Y me acuerdo de que gesticulaba mucho con las manos, pero cualquiera habría dicho que estaba bailando (un baile raro, sin mover los pies), en vez de echándome la bronca de mi vida.

Y me acuerdo de que acabó su discurso diciendo:

—¿Que lo sientes? ¿Qué es lo que sientes, gilipollas?

Sí, acabó llamándome «gilipollas».

Y yo señalé hacia la pista (vaya, hacia el centro del local social del pueblo, convertido ese día en pista de baile por culpa de las fiestas y de la lluvia, que ya lo decía el móvil, que había un 87 % de probabilidades de precipitaciones) y le dije:

—Siento que te estés perdiendo el espectáculo.

Ella ni se dio la vuelta.

Me miró a los ojos de una forma rara, como queriendo decir algo, pero la verdad es que no sé qué, y dijo:

—¿Te crees gracioso? ¿Quieres oír algo gracioso? —Y sin darme tiempo a responder, soltó—: Soy cáncer.

Eh, yo tenía una buena salida para eso.

—¿Quieres oír otra cosa graciosa? —le dije.

Ella no dijo ni que sí ni que no.

Los músicos se habían vuelto locos y tocaban como si se fuera a acabar el mundo.

—Soy virgo.

—¿Qué?

La música sonaba cada vez más fuerte.

—Que soy virgo.

Era el momento final de la canción. Los músicos se desquitaban de tanto pasodoble para abueletes tocando como si aquello fuera un concierto punk. Hacían un ruido infernal. Solo les faltaba romper la guitarra.

—¿¿¿¿QUÉÉÉ¿¿¿ —preguntó ella.

—¡¡¡Que soy VIRGO!!! —grité con todas mis fuerzas... justo en el momento exacto en que la orquesta decidió que dejar de tocar súbitamente sería un gran golpe de efecto.

Lo fue.

### 3.

CUANDO TE DECIDAS A HABLAR, ASEGÚRATE DE QUE LO HACES  
AL DESTINATARIO ADECUADO. AÚN MÁS IMPORTANTE QUE LO QUE DICES  
ES A QUIÉN SE LO DICES. NO DESCARTES COMO CONFIDENTES A LOS PERROS  
Y A LOS ANIMALES DE PELUCHE (SÍ, TODOS GUARDAMOS POR LO MENOS UNO). TAMPOCO A UN DIARIO, UNO QUE TÚ  
ESCRIBAS.  
ELLOS NO SE VAN DE LA LENGUA.

#### 3.1.

SI VAS A HACER UNA CONFIDENCIA, BUSCA EL LUGAR ADECUADO.

#### 3.2.

Y TAMBIÉN: DESCONFÍA DE LAS ORQUESTAS.



Eso fue gracioso, lo admito.

Ver al alcalde, al padre del chico-que-miraba-donde-no-hay-que-mirar, a mi tía Pili, a todos los de la orquesta, a todo el pueblo, en fin, y varios venidos de fuera para las fiestas, volverse hacia él.

Casi podía oír el eco: virgo, irgo, irgo, irgooo.

Y entonces, la cantante dejó el micrófono apoyado en la base y se volvió a hablar con el resto de la orquesta. La gente se reía. Se ponían de puntillas para ver al chico-virgo-que-miraba-fugazmente-las-tetas. La cantante seguía cuchicheando con el bajo, el guitarra y el batería. Cuando el chico virgo (Pablo, vale) pensaba que no podía sufrir una humillación más grande, la cantante cogió el micrófono y soltó:

—¡Y ahora, una canción especial para el chico de gafas del brazo escayolado!

Y lo señaló, por si quedaba alguna duda.

Pero qué duda iba a quedar. Era como la versión para *dummies* del juego Quién es Quién. Chico. (Chicas eliminadas. Clic, clic, clic, clic, clic.) Con gafas. (Sin gafas eliminados. Clic, clic, clic.) Con brazo escayolado. (Sin brazo escayolado eliminados. Clic, clic, clic, clic.) Solo queda uno. Él.

Esta vez hasta los que estaban sirviendo en la barra, que normalmente pasan de la fiesta, miraron al chico virgo. Empezó a sonar la guitarra sola, luego la batería y, al final, la voz de la cantante: «*I made it through the wilderness...*».

Como una gata, sin dejar de mirar al chico virgo, cantó hasta llegar al apoteósico estribillo: «*Like a virgin*». Y por si la gente no entendía inglés, hizo su propia adaptación: «*Como un virgo...*». Y todo el pueblo: «*COMO UN VIRGO.*»

El chico virgo no se movió del sitio. Normal. No sabía bailar.

mp

Creo que lo peor fue ver a mi madre bailando esa canción.

Era de sus tiempos. Se notaba porque se sabía la letra, y no hablo solo de ese estribillo infame de «Como un virgo». Pero eso no era lo peor. Lo peor es que parecía que pretendía bailar... En fin, no me apetece meter en una misma frase a mi madre y la palabra «sexy», pero...



© oneinchpunch / iStock / Getty Images

Ya, supongo que es divertido si no es tu madre.

Y el cura nuevo, que era uno no muy viejo y sí muy inocente, de Colombia,



creo, bailando y cantando: «Como un virgo». Bueno, igual creía que era una canción religiosa dedicada a la Virgen María.

Yo no sabía dónde meterme.

Pensaba que el 99 % de los allí presentes estarían riéndose de mí. Y digo el 99 % y no el 100 porque dejo a un lado a dos abuelos sordos, a un bebé que estaba durmiendo en su cochecito con unos cascos y a la chica de la peca.

Pero me equivoqué.

Cuando me giré, vi que hasta la chica de la peca estaba sonriendo.

Pues vale, pues me alegro.

Nadie se reía de mí así, en bloque, desde la guardería, desde el día en que mi madre me llevó disfrazado de indio apache cuando todos mis compañeros de función iban vestidos de indios de la India. Y entonces hice lo mismo que aquella vez: me largué.

Soy un indio solitario.

4.

SE LLAMA «DESPEDIRSE A LA FRANCESA» A IRSE SIN DECIR ADIÓS,  
AL MENOS EN ESPAÑA.

LOS FRANCESES LLAMAN A ESO «DESPEDIRSE A LA INGLESA»

Y LOS AMERICANOS LO LLAMAN «ADIÓS IRLANDÉS».

AUNQUE ES UNA FORMA SENCILLA DE DAR POR TERMINADA UNA REUNIÓN,  
DEBES SABER QUE A ALGUNAS PERSONAS LES PARECE DE MALA EDUCACIÓN.



El virgo se fue.

El mote se quedó.

En el pueblo siempre es así.

En el pueblo nosotros somos los Garbanzo. Ni siquiera nos apellidamos así. Pero todo el mundo nos llama así.

Podría ser peor. Podríamos ser los Guarreos, el Minuto y la Minuta, los Gordo, el Bigotezorra, los Cabezachico, los Culopato, el Morcilla o los Mascagranzas.

Ya puedes ducharte tres veces al día que si eres de los Guarreos, serás un Guarreo para toda la vida. Un mote es como una mancha de rotulador indeleble. No puedes hacer nada por quitarla, y el mote te precede.

Entras en el bar del pueblo, y «Allá va la chica de los Garbanzo» o «Allá va el Bigotezorra».

Además del nombre de la casa, puedes tener un mote particular. Mi abuelo por ejemplo es el Ratón de los Garbanzo. En el pueblo, Pablo, que hasta ahora era el-chico-de-Madrid-de-los-Rosquinos, a partir de aquel día sería ya para siempre el-virgo-de-los-Rosquinos.

Pero mi abuelo ahora tenía algo más, otro nombre que le precedía, y no parecía tan fácil de solucionar como el de Pablo.

Mi abuelo tenía cáncer.

El cáncer es un gran mote. La gente te identifica con eso. Ya puedes tener mil atributos, haber batido tres récords Guinness, que si tienes cáncer, la gente se queda con eso. Mi abuelo es aragonés, tozudo —si es que hace falta distinguir las dos cosas—, generoso, de horóscopo cáncer —sí, qué gracia, cáncer también; el destino quiso que mi abuelo y yo nacióéramos el mismo día—, cinéfilo, cartero recién jubilado, campeón de guiñote, despistado, impaciente, futbolero... Cuenta la abuela que nada más nacer mi madre, el abuelo las llevó del hospital a casa y, sin bajarse del coche, dio la vuelta para ir al estadio de la Romareda. Podía perderse el primer baño de su hija, pero no podía perderse el partido.

Sí, mi abuelo es, entre otras cosas, zaragocista a muerte. Pero, a partir de ese momento, mi abuelo se convertiría para muchos en una sola cosa: un enfermo de cáncer. Y la gente se cuidaría muy mucho de decir delante de él expresiones como esa, como «zaragocista a muerte», expresiones que incluyeran la palabra «muerte».

Ya lo intuía mi abuela, ya. Ella no quería decir en el pueblo que el abuelo tenía cáncer.

Los oí discutir por eso el primer día que llegamos. El Enano dormía conmigo, en la cama de matrimonio que usan papá y mamá cuando van al pueblo. Yo no podía dormir. Sentía que me hundía en aquel colchón de lana. Me río de los colchones viscoelásticos esos que anuncian en la televisión. En estos colchones sí que dejas huella, una huella que podría siluetear la policía científica. Y no era solo el colchón. Estaba además la manta. La manta pesaba una tonelada. Pero tampoco podía quitármela porque las sábanas estaban heladas y entonces, sin manta, tenía frío, y miedo, lo reconozco. Un miedo tonto a estar destapada.

—Mira la familia del Currutaco. Bien que se lo callaron —oí decir a la abuela.

—¿Y por qué?

Hubo un silencio. Me destapé un poco.

—Yo te lo diré —dijo el abuelo—. La gente tiene miedo de decir la palabra «cáncer» porque les suena a morir.

La abuela le quitó la palabra al momento. Se notaba que ella también tenía miedo de oír eso. No quería ni pensarlo.

—Pero hay mucha gente que se cura, Ratón.

Solo la oía llamarlo así cuando estaban en el pueblo. En Zaragoza lo llamaba por su nombre, Pedro.

—¡Pues por eso! Si se cura, ¡qué tiene de malo decirlo!

—Mírate las manos. La piel... ¿No estás un poco amarillo? Deja que te vea a la luz.

Hubo otro silencio, y luego la abuela, que nunca fue muy buena argumentando, pero jamás se cansa de repetir las cosas, simplemente dijo:

—Hazme caso. Es mejor no decirlo, Ratón.

—¿Qué quieres entonces? —le dijo el abuelo enfadado—. ¿Que me muera de una «larga enfermedad»?

Yo volví a taparme y abracé al Enano.

Y entonces oí a la abuela estallar en llanto y decir con su voz de pito:

—¡Lo que quiero es que no te mueras!

Y yo lloré en silencio, en la cama, pensando en mi madre. Y las lágrimas mojaban la funda de la almohada, que tenía bolisas. Y el Enano respiraba profundamente. Y la manta me aplastaba.



Si al menos me hubieran puesto una férula o una escayola de esas de fibra de vidrio... Pero no, me habían puesto un yeso de los gordos.

Miraba la escayola mientras bajaba las escaleras pensando en lo que había pasado la noche anterior. Aún seguía blanca, aunque cada día menos, cada día estaba un poco más gris. Pero por lo menos había conseguido que nadie escribiera en ella. Toqué con la mano derecha la textura. Me recordaba a algo.

De repente caí en la cuenta: típex. Así era exactamente como me quedaba a mí el típex. Los hay que tienen arte para usarlo; no es mi caso. Siempre me queda una masa gruesa e irregular, como la escayola. Bonito no queda, pero la verdad es que lo de debajo queda bien borrado.

Entonces pensé que tendrían que inventar un típex para recuerdos, algo que pudiera tapar un recuerdo desagradable por completo. Si existiera el típex para recuerdos, yo lo habría aplicado generosamente sobre la escena en la que grito ante todo el pueblo que soy virgo.

Andaba pensando en esto cuando vi salir de la cocina a mi madre. Iba en pijama y llevaba una taza de café en la mano.

Bueno, un poco de típex sobre el bailecito de mi madre de la noche anterior tampoco me vendría mal.

Pero mi madre me dio un beso de buenos días y levantó una mano para quitarme una legaña a sabiendas de que yo le haría, como hago siempre, una maniobra de karateca para evitarla, y ella se rio como hace siempre y me preguntó «¿Cómo has dormido?», como siempre, y no añadió «virgo» y me

acarició la escayola y entonces supe cuál de todas las escenas de la noche anterior preferiría que no existiera, cuál borraría con ese típex gigante, y era: la chica cáncer contándome que, además de su abuelo, también su madre tenía cáncer, y que al día siguiente la operaban en Zaragoza, y yo, sin saber qué decir, mirándola con cara de pez.

Este pez:



© AKKHARATJARUSILAWONG / iStock / Getty Images

5.

ADEMÁS DEL LENGUAJE VERBAL,

EXISTE UN LENGUAJE NO VERBAL, QUE ES AQUEL QUE SE EXPRESA  
SIN PALABRAS.

TUS OJOS, TUS MANOS, TU POSTURA... SIN QUE TÚ TE DES CUENTA,  
TU CUERPO PUEDE TRANSMITIR MENSAJES COMO  
«INTERESANTE», «ME ABURRO», «ME COMPADEZCO»,  
«A MÍ QUÉ ME CUENTAS», «ESTOY AGUANTANDO  
LAS GANAS DE ASESINARTE/BESARTE/ETC.».

HAY GENTE QUE SABE INTERPRETAR EL LENGUAJE CORPORAL,  
ASÍ QUE CUIDADITO CON LO QUE DICE TU CUERPO.  
OJO CON TUS OJOS.



Hay que ser muy fuerte para guardar un secreto. Yo no lo sabía. No sabía que tanto.

Pero era el día de la operación y yo estaba en el pueblo con los abuelos, con el Enano, con la tía Pili y con mi secreto. Sola con mi secreto.

Creo que ni papá ni mamá calcularon eso bien cuando me dijeron que mamá-tenía-cáncer-pero-tranquila-que-se-va-a-curar.

—No queremos ocultártelo —me dijeron, como si estuvieran haciéndome un regalo contándomelo. El día anterior había sido mi cumpleaños.

—Con tu hermano preferimos esperar.

Pero ¿no era un cáncer tipo tranquila-que-se-va-a-curar? Entonces, ¿por qué no se atrevían a decírselo al Enano?

—Tú eres más madura.

¿Gracias?

—De todas formas, no queremos que esto te afecte. Es verano. No podremos ir a Salou, pero queremos que lo pases bien.

¿«Tu madre tiene cáncer», «Pásalo bien»? Los banderines y el cartel de «Feliz cumpleaños» aún colgando en el salón.

Y las palmeras de chocolate encima de la mesa, como siempre que tenían una mala noticia que dar, como si eso fuera a endulzarla. Lo único que consiguieron fue que les cogiera manía. Hacía solo una semana que habían colocado otro plato con palmeras de chocolate para anunciarme que el abuelo tenía cáncer.

Porque esa es otra.

—Vete al pueblo con los abuelos. Al abuelo le hará ilusión que estéis con ellos. Además, estaréis para las fiestas. Papá se queda acompañándome. Todo irá bien. Y, ah, no digas nada al abuelo. Le diremos que tenemos que trabajar. Si lo supiera...

Feliz cumpleaños. Tu madre tiene cáncer. Pásalo bien. Y, oh, espera: pasa el verano con tu abuelo, ese al que adoras, el que nació el mismo día que tú, que —un detallito de nada— también tiene cáncer. Fiesta, fiesta. Ah, y no digas nada porque si se entera el abuelo de lo de tu madre...

Y los puntos suspensivos. Los puñeteros puntos suspensivos.

Y a mí me habían condenado a vivir en esos puntos suspensivos, en ese saber que hay algo, algo más, que no sabes. A más de cien kilómetros de mamá.

Si al menos hubiera estado cerca o no hubiera sido en verano. Eso es, que hubiera tenido clase, algo con lo que distraerme, aunque fueran unas integrales.

Pero no. Era verano y yo estaba en el pueblo.

Y como no estaba con ella, no tenía más remedio que imaginármelo.

Y era peor.

Ese día me dolió físicamente no estar con ella.

—Me encuentro mal —le dije a la abuela.

Era verdad. Tenía ganas de vomitar.

La abuela me miró asustada.

—Es por la regla —mentí, y me subí a la habitación.

Fui a poner el cargador del móvil en el enchufe que había junto al cabecero de la cama. Me acerqué como siempre: sin respirar. Ríete tú del cáncer, de Stephen King, de *Saw* y de *The Walking Dead*. Los enchufes de la casa del pueblo sí que dan miedo. Son de esos antiguos y todos tienen un adaptador. A veces chisporrotean. Cada vez que los usaba sentía que me jugaba la vida.

Conseguí enchufar el cargador sin morir electrocutada y me dejé caer sobre el colchón.

—¡¿No estarás con el móvil?! —oí gritar a la abuela.

—¡No, abuela!

Pero claro que estaba con el móvil, intentando creer que estar con el móvil era un poco estar con mamá. Ya no podía mandarle más mensajes, más emoticonos. Sorteé la calavera, la pistola, la inyección, pero le mandé todo lo demás: el trébol de la buena suerte, la flamenca, las caritas sonrientes, todas, las manos juntas, las manos pulgar arriba, los dedos de OK, el brazo doblado, los soles, el avión (porque nos iríamos de viaje a Egipto para celebrar que todo había salido bien), el biquini, la corona, los perros, el cerdo, el camello, el caballo, el dromedario, el dragón chino... y todos los corazones menos el corazón roto.

«Mamá, te quiero.»

«Mamá, todo irá bien.»

Pero yo necesitaba que alguien me lo asegurara a mí.

Oí al abuelo ir al baño y refunfuñar:

—¡Lo que me faltaba! ¡Encima de que no me dejan beber, ahora meo vino tinto!

Me puse a ver un capítulo repetido de *Castle* porque ya bastante había mirado en Google sobre el cáncer y había encontrado suficientes cosas horribles.

Pero mi cabeza no lograba seguir a la detective Beckett y seguía repasando todo lo que había salido mal desde que me levanté. Porque ese día tenía que salir todo bien, pero el Enano, en el baño, tiró medio dormido un bote de colonia y se hizo añicos, y la tía Pili, en el desayuno, calentó demasiado la leche, y el microondas se puso perdido, y cuando subí a la habitación con la excusa de la regla, tropecé con la pata de la cama, y andaba descalza.



Y dije:

—Dios mío, si existes, no me importa que me duela el pie así toda la vida, pero que a mamá le quiten todo lo malo y que se quede limpia y que se cure, por favor. Gracias.

Y esperé una señal, un ruido, que la cortina se moviera sola, que la camiseta que había dejado mi hermano mal colgada de la silla se cayera al suelo... Me habría bastado con que entrara una mosca, y entonces yo habría sabido que era Dios que me decía que todo iría bien. Pero allí solo salían lágrimas. Entrar no entraba ni una mosca, ni un moscardón. Allí no entraba ni Dios.

Hasta que me entró un mensaje en el móvil.

En el grupo de WhatsApp de los que estábamos en el pueblo sí estaba Lucía, pero no la chica que no le encontraba el gusto a las integrales. Le pediría el teléfono a Adrián.

Se lo habría pedido a Lucía, pero mejor no. Más que nada porque, en mi experiencia, las chicas hacen preguntas. Preguntas de las difíciles, no como las integrales. Llámame raro, pero a mí me gustan las integrales. Y las ecuaciones.

Y en el hipotético caso de que pidiera el teléfono a Lucía, me enfrentaría a una ecuación bien sencilla:  $a + b = c$ .

Le pido el teléfono a Lucía + ella empieza a investigar para qué lo quiero = a mí se me escapa lo que me había contado Marta sobre su abuelo y su madre.

Conozco mis limitaciones. No, no soy bueno mintiendo ni inventando.

Total que Adrián me dio el teléfono de Marta sin preguntas y yo le mandé un mensaje porque me acordaba de que ese día, el día siguiente del baile, operaban a su madre, y mi padre siempre dice que se cuida poco a los cuidadores. Incluso una vez volvió del hospital diciendo que tendría que haber un hospital paralelo para que descansaran los familiares de los pacientes, y mi madre dijo que, mejor que un hospital paralelo, un spa.

Lo recuerdo porque mi madre cogió un papel que había por encima de la mesa y dos rotuladores y escribió:



Archivo personal de los autores

Y mi padre dijo que, como nombre de spa, no le parecía muy comercial, pero que, como nombre de hospital, era la leche. Es fácil recordarlo porque cuando mi madre dio la vuelta al papel resultó que era mi cuadrante con los partidos de fútbol, así que ahora tengo un letrero de un spa-hospital colgado en el corcho de mi cuarto.

Y fue por eso, porque en mi casa, quizá porque mi padre es médico, podemos olvidar un «feliz cumpleaños», pero nunca olvidamos un «que te mejores», por lo que escribí a la chica que hacía tratos con Dios.

¿Que qué le escribí?

Pues lo típico en estos casos, un mensaje de esperanza:

«Hola, Marta. He investigado un poco y la supervivencia global a los cinco años del diagnóstico de cáncer de mama es de más del 82 % en España, por encima de la media europea.»

6.

QUE EL EMISOR DE UN MENSAJE PRETENDA HACER SENTIR BIEN AL DESTINATARIO DE ESE MENSAJE NO ES GARANTÍA DE ÉXITO.

NO TE EXTRAÑES SI A VECES UN MENSAJE EMITIDO CON TU MEJOR INTENCIÓN PROVOCA UNA REACCIÓN VIOLENTA.

ESTA REACCIÓN PUEDE TENER QUE VER CON LAS EXPECTATIVAS.  
A VECES LOS DESTINATARIOS DE UN MENSAJE  
ESPERAN UN MENSAJE DIFERENTE AL QUE RECIBEN.  
EL HECHO DE NO RECIBIR EL MENSAJE DESEADO  
LES GENERA FRUSTRACIÓN O RABIA.

6.1.

SORPRENDEMENTE, HAY GENTE QUE PREFIERE LOS EMOTICONOS A LOS DATOS.  
(VÉASE MÁS SOBRE EMOTICONOS EN LAS LECCIONES 8 Y 35.)



«Este chico es imbécil», pensé.

Entonces no me di cuenta, pero ahora veo que fue un pequeño alivio ocupar mi cabeza con esto. Pasar de estar muerta de miedo a estar cabreada.

Si lo hubiera tenido cerca, le hubiera arreado una colleja, como José Mari hace cada vez que le dice a su hijo «Este chico es imbécil». Eso pasa unas diez veces por capítulo. Claro que el niño de Madrid no tendría ni idea de todo esto porque El Mantecón y José Mari salen en Oregón TV, un programa de Aragón Televisión. Ay, entiendo la soledad de los frikis. Qué triste es hacer un buen chiste y que no compartan tus referencias.

En fin. La diferencia es que El Mantecón es imbécil por naturaleza, imbécil integral, 100 % que diría el-chico-de-los-porcentajes, mientras que Pablo iba de listo. O no. Igual es que era listo para unas cosas e imbécil para otras.

Por ejemplo, ¿qué era eso de pedir mi teléfono a Adrián? Tenía la ocasión ideal para hablar con Lucía, tanto que lloraba porque no le hacía caso. Una forma de hablar con ella sin parecer una babosa. ¡Interesándose por otra chica! Y no, no hacía falta que le diera explicaciones. Cuantas menos explicaciones, mejor. Igual Lucía hasta se habría puesto celosa y le habría hecho más caso, aunque qué quieres que te diga, si no le interesabas, no le interesabas, y eso no habría cambiado ni aunque Alessandra Ambrosio te hubiera besado delante de ella.

Pero tú, digo, el-chico-de-los-porcentajes-que-parecía-82 %-imbécil, dejó pasar la oportunidad y me escribió ese mensaje que podría haber escrito un robot, aunque no, hasta a un robot lo habrían programado para hacerlo mejor.

Hasta un programador informático sabe esto. Es pura lógica. Te lo explicaré a tu manera para que lo entiendas:

1. El miedo da frío.
2. El calor quita el frío.
3. Los abrazos dan calor; los datos, no.

Conclusión: cuando alguien tiene miedo, dale abrazos, no datos.

Bastantes datos había descubierto ya.

Y todo eso pensé, tumbada en la cama, sobre esa almohada húmeda de lágrimas, mientras mi

madre entraba en quirófano.



Pero yo no lo sabía.

Cómo iba a saberlo.

A mí los datos no me dejan frío. Desde pequeño me han encantado las gráficas, las estadísticas. A mí me tranquilizan. Cuenta mi madre que, de pequeño, cuando fui por primera vez a la guardería, me dejaron llevar un muñeco, una almohada..., lo que fuera que me hiciera sentir bien. Bueno, pues yo entré en la guardería abrazado a *Mi primera enciclopedia*.

Pero la chica que no abrazaba enciclopedias se ve que necesitaba otra cosa.

Y podría haberlo dicho, ¿no? Como lo ha dicho ahora.

Pero no.

7.

MUCHA GENTE TIENDE A NO DECIR LO QUE PIENSA O SIENDE.

MUCHA GENTE ESPERA QUE LO ADIVINES.

NO ADIVINAR LOS PENSAMIENTOS DE TU INTERLOCUTOR

PUEDE CAUSARLE IRA.

A VECES, EL INTERLOCUTOR QUE OCULTA SUS PENSAMIENTOS Y SENTIMIENTOS

TAMBIÉN INTENTA OCULTAR SU IRA,

LO QUE AÑADE UNA NUEVA INCÓGNITA A LA ECUACIÓN.

LA COMUNICACIÓN ES COMPLICADA (PARA MÁS INFORMACIÓN, VÉASE LA LECCIÓN 29).



El Enano se había llevado al pueblo a Oso.

Oso no era un oso. Era un perro de peluche, pero el Enano lo llamaba Oso desde siempre. No me preguntes por qué.

Al principio me quejé, porque Oso ocupa lo suyo. Bastante tenía con compartir cama con el Enano, que no para de moverse. Pero en aquel momento lo agradecí.

Me abracé a Oso y volví a leer y releer aquel mensaje sin alma, sin corazón, sin un sencillo «espero que todo vaya bien», sin un puñetero emoticono.

—¿Has visto eso, Oso?

Oso miró el mensaje.

Tampoco podía creérselo.

—Si es que hasta tú podrías hacerlo mejor.

Entonces puse los dedos sobre la pantalla del móvil.

Seleccionar.

Copiar.





La chica que abrazaba a un Oso que no era un oso respondió. Tardó lo suyo, pero respondió.

«Hola, Pablo. ¿Has dicho "He investigado un poco y la supervivencia global a los cinco años del diagnóstico de cáncer de mama es de más del 82 % en España, por encima de la media europea"?»

Vaya, pues yo también sé hacer corta y pega.

«Sí, he dicho "He investigado un poco y la supervivencia global a los cinco años del diagnóstico de cáncer de mama es de más del 82 % en España, por encima de la media europea". ¿Por?»

Y luego ella estuvo otro montón de tiempo en silencio. Ahora ya sé por qué, porque lo acaba de explicar y porque he aprendido la lección 7, pero entonces admito que no tenía ni idea.

Yo no sabía qué más decir. Pero entonces me acordé de una revista vieja que había visto en el baño. Fui, le hice una foto y se la mandé a Marta. En la portada salían unas cuantas famosas que habían logrado vencer el cáncer. Y como yo no sabía si es que necesitaba más datos o qué, continué escribiendo.

«Piensa también en Kylie Minogue. Ella también tuvo cáncer de mama y se curó.»

«Y Luz Casal.»

Esta vez sí, esta vez ella se puso a escribir al momento. Respondió en menos segundos de lo que humanamente se tarda en teclear nueve letras y un espacio.

«Bimba Bosé.»

Yo no supe qué decir. Y entonces hice lo que suelo hacer en esos casos.  
Me fui.

8.

EL PRIMER EMOTICONO FUE UNA CARITA SONRIENTE :-)  
LA ESCRIBIÓ EN 1982 SCOTT FAHLMAN, UN PROFESOR ESTADOUNIDENSE.  
SE LE OCURRIÓ QUE SERÍA UNA BUENA FORMA DE INDICAR  
QUE NO SE DEBÍA TOMAR MUY EN SERIO LO QUE DECÍA.  
EN PRINCIPIO, LOS EMOTICONOS SIRVIERON PARA,  
A FALTA DE VER LA CARA DEL INTERLOCUTOR,  
EVITAR MALENTENDIDOS Y DAR A CONOCER  
EL ESTADO DE ÁNIMO DEL QUE ESCRIBE EL MENSAJE.  
HAY GENTE A LA QUE LE GUSTAN.  
HAY INCLUSO GENTE QUE LOS ECHA DE MENOS SI NO LOS PONES.



Y pum. De estar online pasó a desaparecer.

Bueno. Pues muy bien. Pues adiós.

Mamá tampoco estaba online. Papá, sí.

«Papá, vete contándome.»

«Tranquila, hija. Ya te contaré. Aún tardaremos horas en saber algo. Es normal. Tú tranquila.»

Tú tranquila.

Y el moscardón o la mosca o esa señal de que todo estaba en orden sin aparecer.

Y ese deseo de estrangular enciclopedias-con-patas o llorar o vomitar o trepar por la pared o chupar una esquina de la funda de la almohada...

Todo como si esa operación significara algo; pero ya lo había dicho mamá: «Cariño, esto va para largo. Me operarán, me quitarán todo lo malo y luego me darán un tratamiento. No podemos tener prisa».

Pues no se podría, pero yo tenía prisa. Tenía prisa por ver a mi madre y a mi abuelo a salvo. Por dejar de verles aquella arruga vertical en la frente. Por volver a mi vida normal, mi vida a.C., mi vida antes del cáncer, y eso que no había hecho más que empezar.

¿Quién me iba a quitar la prisa? ¿Quién? Desde luego, no los «tranquila».

¿Iba a venir a quitarme la prisa Kylie Minogue? ¿Luz Casal?

Desde mi cuarto oí a la abuela subir las escaleras y entrar al baño. Luego oí el ruido de la escoba.

Sin mucho esfuerzo, imaginé que en vez de a mi abuela barriendo, lo que oía eran las olas — cosas de los cáncer; la imaginación es nuestro fuerte—. Cerré los ojos. Intenté imaginarme que no estaba tumbada en la cama donde duermen mis padres cuando van al pueblo, sobre esas sábanas con bolis. Estaba en Salou, tumbada en la playa, sobre la toalla, y ese ruido rítmico que oía no era la escoba contra el suelo, sino las olas rompiendo en la orilla. Ras, ras, ras, ras.

El mar, el mar...

«Sigue, sigue, yaya —pensé—, que me voy a dormir un ratito acunada por la olas, que esta noche apenas he dormido. Sigue, sigue...»

Pero la abuela apoyó la escoba contra algo o la escoba cayó al suelo. Clonc. Y las olas desaparecieron. Y entonces caí en la cuenta de lo que habría estado haciendo tanto rato en el baño: la abuela estaba barriendo los restos del frasco de colonia que había roto el Enano. Y oí el

ruido de la puerta del baño al abrirse otra vez. Cline, clonc, la abuela, la escoba, el recogedor. Y la abuela parada ante la puerta de mi cuarto, cerrada, dudando de si entrar o no. Mi cuerpo tenso, preparado para fingir un dolor de regla que tapara esa otra cosa que sentía, ese miedo, esa rabia... Y al final, la abuela que no entra, pero que dice desde el pasillo:

—¡Marta! ¡Ten cuidado, no entres al baño descalza, no vayas a cortarte! He intentado barrer todos los cristales, pero nunca se sabe. A veces quedan restos tan pequeños que ni se ven.

Y en mi cabeza, como un eco estropeado, la sonrisa triste de mi madre y sus palabras: «Me quitarán todo lo malo».

Y luego las palabras de mi abuela, como respondiendo sin querer, dando voz a lo que yo tanto temía: «Pero a veces quedan restos tan pequeños que ni se ven».

Y algo dentro de mí también se hizo añicos.

mp

Lo peor de la escayola, aparte del picor y el calor y las duchas enfundado en una bolsa de plástico, era estar en el pueblo y no poder ir en bici.

En bicicleta no tardaba nada en llegar a los sitios: la piscina, el río, el fumadero, el ayuntamiento lo sea, el wifi!... Andando se me hacía eterno, más aún con semejante calor.

Claro que ese día la verdad es que no tenía muchas ganas de salir.

Por las fiestas habían preparado en la plaza una cosa para los niños pequeños, una guerra de pistolas de agua y unos hinchables. Habíamos quedado en pasarnos por allí. Pero eso fue antes de convertirme en el virgo del pueblo.

—¿No vas a la plaza? —preguntó mi madre.

Por un momento pensé si estaría en la plaza la chica que soñaba con el mar. Seguramente no.

—Paso —dije, y levanté el brazo para enseñarle la escayola.

Lo mejor de la escayola es que era una gran excusa para hacer y dejar de hacer muchas cosas. Y prefería poner eso como excusa que confesar que me moría de vergüenza después de lo que había pasado la noche anterior.

—Pues entonces, anda, ve a la panadería y trae una barra y dos de leche. Y pregunta si tienen pan rallado.

Se ve que mi madre había olvidado por completo mi humillación pública.

—Hala, mamá...

Mi madre me miró. Yo levanté la vista del móvil porque sabía que si seguía mirándolo no tendría la menor posibilidad de escaquearme.

—Te mimo demasiado —dijo ella. Era su manera de firmar mi vale por un rato libre.

Mi padre levantó la vista de su revista.

—Lo mimas demasiado —confirmó.

—¿Tas puesto la ropa sucia en el cesto? —preguntó mi madre. Era su manera de fingir que no me mimaba tanto.

—Voy —dije sin moverme del sofá—. Eres la mejor.

Ella sonrió, me dio un beso en la frente y susurró:

—Y tú el más virgo.

Bueno, sí, mi madre lo recordaba. Lo reconozco: a veces la subestimo.

También lo recordaba todo el pueblo, y por si alguien no lo hiciera, Dani se había encargado de mandar a todo el grupo un vídeo con la orquesta y el pueblo coreando «Como un virgo». Cuando lo grabó, estaba bastante lejos de mí, pero en el vídeo se me distingue a distancia. Soy esa cara junto a la barra que se ilumina como una bombilla. A ratos me tapa el pelo de Marta y parte de su espalda. En el vídeo vi algo en lo que no me había fijado antes: también tiene pecas en la espalda.

9.

ANTE UNA HUMILLACIÓN O UN INSULTO,

CONSIDERA LA OPCIÓN DE MANTENERTE EN SILENCIO

Y ESPERAR AL OLVIDO

(Y METERTE EN UNA MADRIGUERA E HIBERNAR DURANTE SEIS MESES).

ESTA OPCIÓN ES ESPECIALMENTE VÁLIDA

SI SE TRATA DE UNA OFENSA PÚBLICA.



Yo al principio, cuando me lo dijeron mis padres, es que ni me lo creí.

—Bueno, no será nada.

Luego sentí rabia.

—¿Por qué a nosotros? ¿Por qué tanto?

Y prisa.

—Que se acabe ya.

Pero en ese momento, mientras operaban a mi madre y resonaban las palabras de mi abuela sobre esos pequeños cristalitos que aún podían quedar en el suelo, me arrasó la tristeza. Y el miedo.

Me barrió como una ola, ras, me arrastró como arrastra la resaca en el mar, ras. Y yo estaba tan cansada que no pude oponer la menor resistencia. Nada, ni una brazada, ni un agitar de brazos a lo perrito. Me estaba hundiendo en aquel colchón de lana.

Pero entonces mi abuelo gritó desde el salón:

—¡Marta! ¿Me acompañas a por el pan?

Lo había consultado unos minutos antes de bajar a desayunar. Mi horóscopo de ese día decía: «No tienes por qué estar siempre pendiente de los demás. Vas corto de fuerzas y tendrás que priorizar y elegir en función de tus necesidades».

«Vale —pensé—. Voy a elegir estar donde estoy, estar con el abuelo.»

—Voy —ensayé a decir bajito, para ver si podía gritarlo sin que se me rompiera la voz—. ¡Voy!  
—grité después.

Me limpié las lágrimas y bajé.

Que el abuelo me esperara al pie de las escaleras sonriente solo sirvió para que aún me sintiera más triste.

Porque yo no quería dejar de ver esa sonrisa en mi vida.

—No poco presumo de nieta en el pueblo cuando me acompañas —dijo ofreciéndome el brazo, como si fuéramos una pareja de las de antes.

Y entonces...

Entonces solté el móvil, que hasta entonces agarraba con fuerza, esa ancla a otro lugar más grande, más feo, más gris: el hospital donde operaban a mamá, y decidí aferrarme al brazo de mi abuelo como si fuera un salvavidas.



Cuando mi madre salió de casa, aproveché para preguntarle a mi padre:

—Papá, tú no tratas a gente con cáncer, ¿verdad?

Él dejó la revista sobre la mesa y me miró.

—No, claro. A veces puede suceder que venga alguien a la consulta por algo y, después de hacerle pruebas, resulte que tiene cáncer, pero entonces se le deriva a oncología. ¿Sabes lo que es «oncología», no? —Me dio la explicación antes de que se la pidiera—. Es la parte de la medicina que se dedica al cáncer. ¿Por qué lo preguntas?

Yo esquivé su mirada zambullendo la mía en el móvil. No se me da bien mentir. Ni siquiera ocultar la verdad.

—Nada, nada —dije.

—¿Seguro? —me preguntó.

Rogué para que no me lo preguntara ni una vez más.

Mi padre se levantó a coger su móvil del cargador y yo aproveché para alinear la revista con el borde de la mesa.

—Si hay algo que...

—Bueno —me lancé; no me hizo falta más—, es que conozco a alguien que... Un familiar suyo tiene cáncer.

No, no se me da bien ocultar la verdad.

Pero mi padre es médico. Es discreto. Se le da bien no hacer más preguntas de las necesarias.

—¿Quieres café? —me ofreció. Yo negué con la cabeza. Aún no me había acostumbrado a ese sabor amargo—. ¿Quieres saber algo en concreto?



Yo no sabía cómo preguntarlo.

—¿Es siempre... grave?

Sí, lo pregunté con puntos suspensivos.

—A ver cómo te lo explico...

Levanté la vista del móvil.

—Imagina que te digo que a partir de ahora va a haber un animal en casa.

—¿En serio? —dije emocionado. Ya me veía paseando con el perro que siempre había soñado tener.

—No, no —se apresuró a corregir mi padre—. Es un ejemplo. Se me olvidaba que la imaginación no es tu fuerte. Pero seguro que tú ya has pensado en un animal en concreto, ¿no?

—Claro —dije—. Un perro.

—Sin embargo, yo he dicho «un animal». Un animal es el perro, sí, pero también el gato, la mosca, la merluza, el gorrion, el piojo, la hormiga, el buitre, el elefante...

—¿Vamos a tener un elefante? —bromeé.

—Buena, igual me he pasado. No hay tantos tipos de cáncer como especies de animales. Pero sí es verdad que llamamos «cáncer» a un montón de enfermedades distintas, más de doscientas. Igual que no es lo mismo un perro que un elefante, no es lo mismo un cáncer cerebral que uno de mama.

Ahí intenté que mi ojo no parpadeara para indicar que sí, que estaba pensando en un cáncer de mama. Solo de intentar no parpadear, me entró una especie de tic en el ojo. Soy un desastre.

Pero papá estaba sirviéndose otra taza de café y creo que no se dio cuenta.

—Y luego piensa que un perro es un perro, pero tampoco es lo mismo un chihuahua que un mastín. Pues con el cáncer, parecido. Incluso entre los tumores de cerebro o de mama, los hay de diferentes tipos, y cada uno

responde de forma distinta a los tratamientos. Al cáncer hay que ponerle nombre y apellidos. ¿Seguro que no quieres contarme algo?

—No —dije apresuradamente—. No, no.

Yo no dejaba de mover el pie.

10.

HAY CIERTAS SEÑALES QUE PUEDEN AYUDARNOS A RECONOCER  
A UN MENTIROSO:

1. MIRADA FIJA AL INTERLOCUTOR. (SE TIENE LA IDEA DE QUE EL MENTIROSO REHÚYE LA MIRADA. ALGUNOS MENTIROsos, PARA COMPENSAR, MIRAN FIJAMENTE.)
2. MOVIMIENTO NERVIOSO DE LAS PIERNAS O LOS PÍES.
3. SEQUEDAD EN LA BOCA.
4. SUDORACIÓN.
5. REPETICIÓN DE PALABRAS O FRASES.

OTRO HECHO QUE PUEDE DELATAR AL MENTIROSO ES  
QUE SE ESFUERZA EN DAR DEMASIADAS EXPLICACIONES.

COMO SE SUELE DECIR (EN LATÍN):

«EXCUSATIO NON PETITA, ACCUSATIO MANIFESTA»,  
O SEA, «DISCULPA QUE NO SE HA PEDIDO, ACUSACIÓN MANIFIESTA».



La cortinilla de abalorios se deslizó por nuestros hombros como un manto real. Sentí el aire de la mañana en la cara. Apreté fuerte el brazo del abuelo. Era como si, después de aquella corriente de resaca que había estado a punto de hundirme, saliera a flote.

—Qué buen día hace —dijo el abuelo.

Era verdad. Hacía sol, pero no hacía demasiado calor y soplaba un poco de viento fresco.

Andábamos hacia la panadería sin prisa.

Misi, un gato salvaje que tenía medio adoptado, se nos unió a mitad de camino.

—Acelera, Marta —me dijo el abuelo de repente levantando la barbilla y moviéndola un pelín hacia la derecha.

—¿Qué pasa?

Él volvió a señalar sutilmente con la cabeza. Misi maulló.

Había una mujer acercándose por el camino de la derecha. La tía María, seguro. No es que yo supiera su nombre, pero es que más de la mitad de las mujeres del pueblo se llaman así, y se suponía que eran tías. La Chota, la Chaqueta, la Barata, la Castellana... No sé, yo me perdía con tanto mote. Normal que les pusieran motes, si es que todas se llamaban igual. Todas eran la tía María.

—Creí que querías presumir de mí, no esconderme —bromeé con el abuelo. Me miré los shorts y por un momento temí que fuera verdad—. ¿Tanto te avergüenzo?

—No es eso, tontorrón. Es que es muy pesada, y muy quejica —susurró el abuelo mirando de reojo hacia el camino lateral—. Si nos para, se nos puede ir media vida oyéndola quejarse.

En ese momento me di cuenta de que, aunque intentara que pareciera lo contrario, el abuelo no olvidaba su enfermedad. ¿A qué venía, si no, ese deseo de apurar la vida? No quería perder ni un minuto de su vida en tías Marías ni en tonterías.

Apretamos el paso. Misi también.

Era como uno de esos problemas de matemáticas donde un tren está a no sé qué distancia y va a no sé qué velocidad y otro tren se aproxima...

Esa es una de las cosas que yo pasaría de hacer si tuviera los días contados. Estúpidos problemas. Exámenes. En general, todas las obligaciones. Vale, igual también pasaba menos rato viendo chorradas en Instagram. Igual no.

Cuando conseguimos rebasar el cruce antes que aquella tía María, el abuelo dijo feliz:

—Le hemos dado esquinazo, Garbancita.

Los abuelos también me llamaban así solo en el pueblo, nunca en Zaragoza. Y solo cuando estaban de buen humor.

Llegamos a la panadería. Misi, que sabía que no era bienvenido allí dentro, se dio la vuelta y se largó.

—¿El último, por favor? —dijo el abuelo.

La última era La Barata.

—¿El último, por favor? —oímos una voz a nuestras espaldas.

—¡Nosotros! —dijo el abuelo sonriente.

Ahora la última era la madre del virgo-de-los-Rosquinos.

—Mmm... y aún quedan rosquillas —dijo el abuelo. Olía a rosquillas recién hechas—. ¿Lo ves, Garbancita? ¿Ves qué día más bueno?

En el bolsillo del pantalón, sentía el peso del móvil que me esforzaba en no mirar, porque, total, pasarían horas sin saber nada. Ese móvil me recordaba que ese día tan bueno era el día en que operaban a mi madre.



Mi madre volvió impresionada.

—Allí estaba.

Pero dijo «el Garbanzo». Seguí sin saber cómo se apellidaba de verdad.

—Con la nieta y con el cáncer —siguió mi madre—. Prácticamente lo dijo así, como quien dice «Ahí andamos». Al pobre hombre se lo diagnosticaron el mismo día que se jubilaba, con sesenta y cinco años recién cumplidos. Cáncer de páncreas. Yo debía de ser la única de la panadería que no lo sabía, pero los demás fingieron que se acababan de enterar y se les notaba... ¡Madre si se les notaba! ¿El ayuntamiento no ha pensado en montar un grupo de teatro? Porque unas clases no les vendrían mal. Tendrías que haberles visto: «¡No me digas! ¿Que tienes cáncer? ¡No sabía nada! Es la primera vez que lo oigo, ¿verdad?» —decía mi madre haciendo aspavientos y guiñando el ojo exageradamente—. Vaya panda de actores.

Mi abuela le dio la razón a mi madre.

—Lo sabe todo el pueblo. Es que al segundo día el Garbanzo bajó a echar la partida al bar. Jugó contra el Minuto y la Minuta. De pareja, le tocó con el Currutaco. Cuando terminó la partida, lo contó. Julia también estaba ahí. Y Ángel. A mí me lo contó la Chota, que se lo había contado Julia.

Mi padre dijo sin levantar la vista del móvil:

—Me río yo de Twitter. Actores no, pero el pueblo está lleno de profesionales del retuíteo.

—¿De qué?

—Da igual, abuela —dije.

—Me tratáis como si fuera tonta —contestó mi abuela, ofendida porque mi padre no quisiera explicárselo—. Como si no supiera lo que es el Twitter ese, que lo sacan en el telediario cada dos por tres. Lo que pasa —dijo volviendo al tema— es que Conchi prefiere que no se sepa. A mí ella no me ha dicho nada, y yo, claro, tampoco le he contado que lo sé. Oye, que cada uno es muy libre de contarlo o no contarlo.

Mi padre me miró.

—Ya —dijo mientras se ponía las zapatillas de deporte—. Lo que pasa es que al final todos esos tejemanejes y esos secretillos pueden generar un estrés de la leche en el paciente o en los familiares. Porque las cosas, cuando se ocultan, a menos que seas Penélope Cruz, se notan.

—Y a mí que me parece que esa mujer está sobrevalorada —dijo mi madre.

—¿Verdad que sí? —la apoyó la abuela—. ¿A que no es para tanto?

Y a partir de ahí la conversación derivó hacia las dotes interpretativas de Penélope Cruz, que mi padre defendía ardientemente, y no hubo manera de volver a lo que pasó en la panadería.

Solo un poco más tarde, cuando mi madre me ofreció unas palmeras de chocolate, me dijo:

—Dale las gracias a la chica del Garbanzo. Solo quedaban estas, y me las cedió para ti.

Yo intenté no encenderme como una bombilla.

Por si acaso, me fui hacia la cocina. Me aseguré de que mis padres no venían detrás, ordené las palmeras de chocolate para que quedaran bien simétricas y entonces hice esta foto:



Archivo personal de los autores

11.

SE DICE QUE JACK DORSEY, NOAH GLASS, BIZ STONE Y EVAN WILLIAMS  
FUERON LOS FUNDADORES DE TWITTER,  
ESA RED DONDE, ENTRE OTRAS COSAS,  
LAS NOTICIAS SE DIFUNDEN Y AMPLIFICAN.

HAY FUNDADAS SOSPECHAS DE QUE ESTOS NOMBRES SEAN SOLO UNA TAPADERA QUE OCULTE LA VERDADERA  
IDENTIDAD DE LOS CREADORES DEL  
MAYOR Y MÁS RÁPIDO SISTEMA DE PROPAGACIÓN DE NOTICIAS:  
CUATRO JUGADORES DE GUIÑOTE EN EL BAR DE UN PUEBLO.  
CUANDO DIGAS ALGO, NO SUBESTIMES EL ECO QUE PUEDA TENER,  
TANTO EN LA VIDA REAL COMO EN LA VIRTUAL.



Sí, el abuelo, en contra de lo que decía la abuela, se empeñó en contarlo.

Cualquiera lo paraba. Al abuelo nunca se la había puesto nada por delante.

«Tengo cáncer», soltaba, como quien dice «Llueve». No, mejor dicho, como quien dice «Hace sol», porque lo otro, que lloviera, aún habría sido noticia aquel verano sin lluvia.

Salimos con dos barras de pan y una bolsa de rosquillas.

No es difícil imaginar lo que dejábamos detrás: un rastro de pena y compasión. Yo ya lo sabía. La gente, en la panadería, no tardaría ni cinco segundos en empezar a susurrar: «Fíjate», «Tan joven», «El día de su jubilación», «Pues mi tío tuvo un cáncer», «Pues mi hermana», «Pues mi primo»...

Pero el abuelo o no se daba cuenta o le importaba un pimiento. Iba por el camino tan pancho, agarrándome del brazo, dejando él su propio rastro, este envidiable y feliz: el aroma de las rosquillas.

—Hala, vamos a ver a tu hermano —me dijo sin darme opción.

Había ido con la abuela a lo de las pistolas de agua.

Yo, de vez en cuando, me llevaba la mano al bolsillo. Había puesto el móvil en silencio, con vibración.

Desde lejos podíamos oír el jaleo en la plaza: la música, los gritos de los niños, el ruido de la máquina que hacía espuma...

—Menudo guirigay —comentó el abuelo. Pero no parecía una queja.

Por un momento me imaginé a mamá, sumida en el silencio de la anestesia.

Casi igual.

Los bancos estaban todos ocupados, pero al ver llegar al abuelo, o sea, al enfermo de cáncer, la gente se levantó. Palomas al vuelo.

—Siéntate aquí, Ratón.

—Coge mi sitio. Yo ya me iba.

—Uy, si yo ya estoy cansada de estar sentada. Siéntate, siéntate.

Mi abuelo no dijo que no.

De un tiempo a esta parte, se cansaba enseguida.

Se dejó caer en el banco que antes ocupaba la tía María (no sé cómo se llamaba, pero seguro que he acertado).



—Siéntate, Garbancita. ¿Quieres una rosquilla?

Y antes de que yo dijera que sí, ya estaba abriendo el nudo suave que había hecho la panadera. El cofre de las esencias, el ambientador portátil. Mi hermano vino corriendo al momento, como un perro sabueso.

—¡Aléjate, Enano!

Estaba empapado.

Y armado. Llevaba una pistola de agua en la mano.

—¡Hermanita! —gritó, y me dio un abrazo.

Aún no hacía tanto calor para que agradeciera que me mojara.

—¡Imbécil! —le grité, y me levanté del banco.

Al dar dos pasos, me crucé con la abuela, que venía hacia al banco.

—Pero ¿qué le pasa a Marta? —oí que preguntaba al abuelo.

Me pasaba que me sentía una traidora rodeada de tanta alegría. Que si rosquillas, que si música, que si espuma, que si fiesta...

Me pasaba que me había vibrado el móvil.

Me pasaba que necesitaba ver si había noticias de mamá.

Me pasó que lo que me encontré fue un «GRACIAS» junto a una foto de unas palmeras de chocolate. Unas malditas palmeras de chocolate.



¿Y yo cómo iba a saber que a la chica de la peca le ponían una bandeja de palmeras de chocolate delante cada vez que le daban una mala noticia?

Ni que la culpa fuera de las palmeras de chocolate. De ahí a creer en los pájaros que dan mala suerte hay un paso. Pero claro, estaba hablando con la chica que creía en el horóscopo.

En fin, que las palmeras de chocolate le daban mal rollo ya lo sospeché cuando recibí como respuesta a mi foto y mi «Gracias» un simpático «Métetelas por donde te quepan».

Pero ¿qué había hecho yo ahora?

«Mira, me rindo —pensé—. Eso me pasa por intentar ser amable. Pero que le den.» Que vale, que sí, que estaba la chica pasando por un mal momento, que creía que el destino estaba escrito en las estrellas y que las palmeras de chocolate eran símbolo de mala suerte, pero eso no le daba derecho a tratarme así.

Y mientras masticaba una palmera y mi abuela me gritaba «¡Pablo, las migas! ¡Coge un plato!» me prometí a mí mismo que no volvería a cruzarme un solo mensaje con aquella tarada.

12.

DESDE QUE NACEMOS, LAS PERSONAS VAMOS ACUMULANDO EXPERIENCIAS QUE DETERMINAN NUESTROS MIEDOS, NUESTRO COMPORTAMIENTO, NUESTRA FORMA DE SER Y ESTAR EN EL MUNDO.

ES IMPOSIBLE CONOCER POR COMPLETO A UNA PERSONA; POR TANTO, NO SIEMPRE ENCONTRAREMOS EXPLICACIÓN PARA SU COMPORTAMIENTO. ANTE UNA REACCIÓN APARENTEMENTE



iNEXPLICABLE...

Archivo personal de los autores



El-chico-que-no-cree-en-las-señales podía decir misa, pero fue llegar su foto y mi abuelo empezó a encontrarse mal. Y yo había olvidado ponerme mi colgante de la suerte. Justo ese día.

—Ay —dijo el abuelo.

Solo «ay».

Pero bastó ese «ay» para que yo me diera la vuelta y para que la abuela dijera:

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

La respuesta estaba en su cara.

No, no estaba bien. Nada bien.

—Ay —volvió a repetir el abuelo.

Y la abuela dijo un «no-será-nada» que sonaba a «te-me-mueres».

—¿Qué te pasa, Ratón? —repitió la abuela. No le cabía más preocupación en la voz.

El abuelo meneaba la cabeza.

—No sé, no sé —decía sin fuerzas—. Me duele.

La abuela me miró como si yo tuviera el secreto.

Pero de camino a la panadería y luego a la plaza el abuelo no había dicho que le doliera nada.

No gritó nadie. Ni la abuela ni el abuelo. Pero se sentía como un revoloteo y la gente empezó a mirar.

—Bebe un poco de agua —dijo la abuela disimulando (mal) lo nerviosa que estaba—. Ya verás como se te pasa.

Y miró alrededor buscando una botella. Como si en la plaza crecieran las botellas en el suelo como setas.

Allí cerca, custodiada por Misi, que tomaba el sol encima de ella, estaba la fuente. Pero en ese momento para el abuelo era como si estuviera a años luz de distancia.

El Enano tuvo una idea:

—¡Te doy agua yo con la pistola!

Y ahí estaba el abuelo, como un pajarito, abriendo la boca mientras Marcos le apuntaba con su pistola naranja de plástico. Al abuelo se le caía el agua por las comisuras y daba pena verlo. Pero enseguida balbuceó «Todo en orden», que era lo que siempre decía para que estuviéramos tranquilos.

Entonces el Enano dijo:

—Abuelo, estás amarillo. Pareces un Simpson. El abuelo de los Simpson.

Habría sido divertido.

Habría podido ser divertido.

Como casi todo aquel verano.

Si no hubiera sido por el puto cáncer.

mb

Lo siguiente que supe fue que habías bajado al hospital.

Nos lo dijo la abuela. A ella se lo había contado la tía María, que estaba en la plaza en ese momento.

—Conchi se puso nerviosísima —nos contó—. «¿Llama a tu madre! ¡Llama a tu madre!», le decía a la cría. Y la pobre cría, yo creo que de los nervios, se echó a llorar.

Y yo pensaba: «Es que "la pobre cría" sabía que en ese momento su madre no podía cogerle el teléfono porque estaban operándola. Y también sabía que no podía decirlo. Con lo difícil que es guardar un secreto, si yo mismo estoy a punto de soltarlo todo ahora mismo...».

—Al chico se lo llevaron con los nietos de Julia, para que no viera la que se estaba montando —seguía contando mi abuela—. Y el Ratón, cada vez peor, que se ve que le dolía un montón, porque arrugaba la cara así —dijo, e hizo un gesto como si quisiera hacer desaparecer los ojos de la cara—, igualico, igualico que papá cuando tuvo los cólicos.

Entonces mi abuela empezó a hablar de cuando el abuelo estuvo malo y dio un rodeo de los suyos. Pero mi madre volvió a centrarla.

—Pero, al final, ¿lo han bajado al hospital de Barbastro?

Yo me tocaba la escayola. Aún seguía blanca.

—No, creo que a Zaragoza. Así por lo menos ya están en casa, y además que no parecía tan grave. Vamos, que podía llegar a Zaragoza. Lo ha bajado Julián, que se ve que justo bajaba hoy. Ha adelantado un poco el viaje y ya está.

—¿Y los niños? ¿Se han quedado en el pueblo? —preguntó mi madre.

En mi fuero interno, le di las gracias por ser tan cotilla.

—El crío, sí. Se ha quedado con su tía, con Pili. La mayor se ve que se ha empeñado en bajar con los abuelos. Pobre, se la veía fatal. Es que el Ratón y ella son uña y carne. Desde que nació. ¿Sabes que nacieron el mismo día?

—¿Quiénes?

Mi madre se perdía. Pero yo ya sabía la respuesta.

—El abuelo y la nieta —explicó mi abuela.

Mi madre sonrió.

—Qué bonito —dijo, y me miró—. ¿No te parece, Pablo?

Yo no dije nada.

—Pero ¿tú me escuchas? ¿Tas visto qué bonito? —insistió mi madre.

—Sí. Precioso —dije sin ninguna entonación en particular.

Se ve que no era la reacción que mi madre esperaba.

Se ve que a ella esa coincidencia estadística en el natalicio de dos personas unidas por lazos de consanguinidad le parecía algo fascinante, algo que se merecía un «oh» y un «ah» y un «uh».

—Hijo mío, desde luego... —se quejó—. Eres como tu padre, un cardo borriquero.



## Guapa, ¿no?

13.

EN UNA CONVERSACIÓN, CUANDO UNA PERSONA SE EMOCIONA POR ALGO,  
SORPRENDENTEMENTE

ESPERA QUE SU INTERLOCUTOR SE EMOCIONE TAMBIÉN.

SÍ AL HABLAR CON ALGUIEN, TE ENCUENTRAS EN UNA SITUACIÓN SEMEJANTE  
Y COMPARTES LA MISMA EMOCIÓN QUE TU INTERLOCUTOR

(TRISTEZA, ALEGRÍA, ASOMBRO, ADMIRACIÓN, ASCO...),

BIEN POR TI.

EN ESE CASO, VUESTRA CONVERSACIÓN FLUIRÁ COMO EL AGUA DE UN RÍO.

SÍ, POR EL CONTRARIO, TU INTERLOCUTOR SE EMOCIONA CON ALGO

Y TÚ TE QUEDAS EN PLAN «PUES BUENO»,

TIENES DOS OPCIONES:

1. SIMULAR QUE SÍ COMPARTES ESA EMOCIÓN Y DECIR:

«¡OH, SÍ! ¡QUÉ BONITO!/¡QUÉ HORROR!/¡QUÉ SORPRESA!/¡QUÉ ESPANTO...!»

Y DEJAR QUE LA CONVERSACIÓN SIGA SU CURSO.

2. O BIEN NO FINGIR Y DECIR «PUES BUENO» O ALGO PARECIDO, O NADA.

HAS DE SABER QUE TU RESPUESTA SERÁ ENTONCES COMO UNA PRESA Y QUE

VUESTRA CONVERSACIÓN SE ESTANCARÁ.





—¿Me escuchas? —preguntaba la abuela desde el asiento de atrás.

Ella y el abuelo se habían sentado detrás y yo iba en el asiento del copiloto.

Y claro que la escuchaba. Cómo no iba a escucharla, si me lo había repetido cien veces. Que llamara a mamá. Que le mandara un wasap. Que insistiera. Que llamara si no a papá. Que si ya me había respondido. Que si había marcado bien el número (como si lo marcara). Que si es que no tenía cobertura. Que si avísale que llegamos en poco más de una hora.

Pero yo no podía ni hablar. Reconstruía en mi cabeza los últimos minutos.

—Abuela, yo voy con vosotros —dije en cuanto decidieron que llevarían al abuelo al hospital.

La abuela no dijo ni que sí ni que no. Igual ni se enteró de lo que le decía. Pero yo me lo tomé como un sí.

Fuimos corriendo a casa, a coger cuatro cosas.

Yo había subido a la habitación.

Puse el móvil a cargar para tener batería durante el viaje.

Me había acordado de ponerme mi colgante de la suerte. Estaba en la mesilla.

La abuela me llamó desde el salón. Bajé.

Estaba cogiendo del cajón los papeles del médico.

Me pidió que fuera a la cocina y cogiera la caja de las medicinas del abuelo.

Subí al baño.

Mientras hacía pis, oí la bocina de un coche, el coche de Julián. Y luego a la abuela:

—¡¡¡Martaaa!!!

Bajé a todo correr.

Julián le abrió la puerta derecha del asiento de atrás a la abuela. Dentro del coche, en el asiento de detrás del conductor, estaba el abuelo. Amarillo.

Fuera del coche, detrás, estaba el Enano llorando en brazos de la tía Pili. Habían venido corriendo desde casa de Julia, siguiendo al coche.

—Tú te quedas conmigo aquí, en el pueblo. Ya verás qué bien —le decía la tía Pili al Enano.

—Pero si va Marta, ¿por qué no puedo ir yo? —preguntó él entre puchereros.

Debajo de ellos se estaba formando un charco que podía estar hecho de agua del traje de baño mojado, lágrimas y descargas de la pistola de agua.

Yo veía la carita del Enano apoyada en el hombro de la tía Pili y la espalda de la tía Pili

cruzada por la pistola de agua que sostenía mi hermano. En todo ese rato, no la había soltado.

Eso, no soltarlo, es lo que tenía que haber hecho yo con el móvil.

Pero no.

Y ahora yo estaba en un coche camino de Zaragoza mientras mi móvil estaba cargándose en la habitación de mis padres, en la casa del pueblo.

Y por eso no podía avisar a mamá.

Por eso, porque, imbécil de mí, con las prisas me había dejado el móvil, y porque en ese momento, mi madre estaba tumbada sobre la mesa de operaciones del mismo hospital al que nos dirigíamos.



Bueno, sí, me había prometido a mí mismo que no volvería a cruzar un mensaje más con la chica que se olvidó el móvil pero no olvidó el colgante «de la suerte», ejem... Pero eso lo cambiaba todo. ¿O no?

¿Por qué actuamos distinto con las personas cuando sabemos que están enfermas?

Vale, ya sé que no es lo mismo, pero yo acababa de pasar por algo parecido. Cuando llegué a la piscina con la escayola, gente que normalmente no suele dirigirme la palabra, me habló.

¿Me extrañó? Sí.

¿Me molestó? No.

Solo me molestó que intentaran escribir en la escayola.

¿Chorradas afectuosas por escrito a la vista de todo el mundo? No, gracias.

Me gusta el blanco. Me gusta el silencio. Creo que los sentimientos son como helechos. Necesitan agua, sí, regarlos de alguna manera. Y, sobretodo, exponerlos al sol puede ser perjudicial para su salud. Crecen mejor en la sombra.

Cuando fui a escribir a Marta, eché de menos no poder mandarle precisamente eso: un mensaje en blanco. Una muestra de interés sin más. Un decir sin decir: «Siento que te hayas tenido que ir y que se hayan tenido que llevar a tu abuelo al hospital». Habría estado bien eso: un mensaje en blanco.

Pero eso habría sido peligroso (y ahora, en la lección 14 te explicaré por

qué). Así que simplemente le escribí:

«Hola, Marta. Me he enterado de lo de tu abuelo. Espero que todo vaya bien».

#### 14.

ATENCIÓN. HAY PERSONAS (LLAMÉMOSLAS X)  
QUE TIENEN UNA TENDENCIA NATURAL A RELLENAR LOS SILENCIOS.

##### 14.1.

A MENUDO LOS SILENCIOS SON INTERPRETADOS DE FORMA NEGATIVA.

##### EJEMPLO PRÁCTICO:

X ESTRENA UNA PRENDA DE ROPA Y NADIE LE DICE NADA AL RESPECTO.

X RELLENA ESE SILENCIO Y PIENSA:

«NO ME HAN DICHO NADA PORQUE LES HA PARECIDO HORRIBLE».

##### 14.2.

TAMBIÉN PUEDE DARSE EL CASO CONTRARIO,  
QUE UNA PERSONA INTERPRETE UN SILENCIO COMO UN SÍ.  
ESTA MODALIDAD SE CONOCE COMO «QUIEN CALLA, OTORGA».

##### EJEMPLO PRÁCTICO:

X PREGUNTA A SU MADRE SI PUEDE SALIR. SU MADRE NO DICE NADA.

X INTERPRETA QUE SI NO HA DICHO QUE NO ES QUE LE DEJA SALIR.

##### CONCLUSIÓN:

LOS SILENCIOS SON AMBIGUOS.

SI QUIERES EVITAR LA CONFUSIÓN, EVITA LOS SILENCIOS.

##### 14.3.

LAS PALABRAS TAMBIÉN PUEDEN SER AMBIGUAS.

HASTA LOS EMOTICONOS (VÉASE LA LECCIÓN 35).



El camino a Zaragoza fue una tortura.

Fuera hacía un calor infernal y teníamos puesto el aire acondicionado. Pero la abuela decía que atrás no llegaba bien, así que lo pusimos a todo meter. Fuera del coche, el sol, los campos agostados, las ovejas polvorientas, los ríos medio secos... Dentro..., la Antártida. Me sentía como un pingüino. El pingüino del Somontano.

De vez en cuando me volvía a ver cómo iba el abuelo.

A ratos él cerraba los ojos.

—¿Te duele? —preguntaba entonces la abuela.

No hacía falta que le respondiera.

La cara del abuelo era un meme del dolor.

Pero él decía:

—Todo en orden.

Julián intentaba darnos conversación.

—Ya verás, Ratón. Mañana estás de vuelta, a tiempo para ganar el campeonato de guiñote —gritó para que le oyeran atrás y luego giró un poco la cabeza hacia mí y añadió—: Tu abuelo ha ganado tres años seguidos. Nadie ha ganado nunca cuatro años seguidos.

Creo que le sonó tan mal como a mí. Como a maldición, como a sentencia de muerte.

Creo que por eso decidió dejar de hablar y puso la radio.

A la segunda canción, saltó la voz de Aitana: «Hoy he dejado mi teléfono». Bum.

Yo no sé si Julián conducía lento o solo me lo parecía a mí.

Cuando la abuela no estaba mirando al abuelo con cara de preocupación, se dedicaba a llamar o a mandar mensajes a mamá. Para entonces ya sabía que no podía contar con que yo llamara desde mi teléfono. Después de revisar mi mochila cien veces en busca de mi móvil, había acabado rindiéndome a la evidencia: «Hoy he dejado mi teléfono». Se lo dije a la abuela. Desde ese momento ella no paró de llamar a mamá.

—Tu madre no responde —me informaba.

Como si hiciera falta.

Yo ya sabía que no iba a responder. Pero la abuela insistía. Llamaba, escribía mensajes, volvía a llamar. Y mamá no respondía.

Llamaba a la tía Pili. Que sacara no sé qué cosa del congelador, le pedía. Que ya quedaba

menos para llegar a Zaragoza. Que se enterara de quién era el próximo en bajar a Zaragoza para darle mi móvil y que me lo bajara. Llamaba a la peluquería, para anular la cita. Llamaba a una amiga del pueblo de al lado para decirle que no se extrañara si subía al pueblo y no la veía en las fiestas. Llamaba a una vecina de Zaragoza y le decía que no se extrañara si oía ruidos en casa.

A cada uno le explicaba que estábamos bajando a Zaragoza.

Era como si no quisiera estar en aquel coche. Cada llamada la llevaba a otro sitio.

Entre llamada y llamada, miraba al abuelo y decía:

—Ya queda menos.

No te joroba, no iba a quedar más.

—Voy a volver a llamar a tu madre —decía de vez en cuando. O—: Voy a llamar a tu padre.

Mi padre —qué sorpresa— tampoco contestaba.

Para entonces yo ya había visualizado en mi mente veinte formas distintas de encontrarnos con papá y mamá (o solo con papá, o solo con mamá, o solo con el coche de papá) en el hospital. Todas eran catastróficas. Incluso una vez, cuando vimos Huesca desde lo alto, estuve a punto de contarles todo, lo de mamá, lo de que estaba en el hospital. Pero entonces sonó en la radio una canción antigua que decía *Don't Speak* y pensé que era una señal.

Es verdad, no podía decírselo, no ahora. El abuelo no podría soportar más dolor.

Y yo sabía que dolía.

A mí me dolía el cáncer de mamá.

Entonces se me ocurrió una idea. No sé cómo tardé tantos kilómetros en tenerla.

—Mándale un mensaje a papá. Avísale de que vamos a Zaragoza, al hospital, con el abuelo. Igual no te puede contestar si está en el trabajo, pero es más fácil que vea el mensaje.

La abuela se puso las gafas y empezó a teclear lentamente.

—¿Te lo escribo yo, que voy más rápida? —se me ocurrió entonces. Podría decirle a papá que yo también bajaba. Podría dejarle caer más información.

Me volví hacia atrás. La abuela me miró por encima de las gafas. El abuelo no tenía los ojos cerrados. Por un momento, parecía que no sentía tanto dolor. Fue él quien respondió:

—Tranquila, Marta. Creo que tu abuela logrará escribir el mensaje antes de que lleguemos a Villanueva de Gállego.

Me reí. Todos nos reímos: la abuela, Julián, el propio abuelo y yo. Nos reímos por encima de la gracia del chiste. Nos reímos de que el abuelo hubiera hecho un chiste. Nos reímos y nuestras risas casi duran hasta Villanueva de Gállego.

Casi.



Bueno, esto es injusto.

Mientras el Pingüino del Somontano sin móvil está en un coche viajando al hospital donde están operando a su madre, con su abuelo enfermo y esa risa que cualquiera que esté leyendo puede adivinar que va a quebrarse pronto, yo tengo que contar lo de Lucía.

Pero, en fin, así es como sucedió y así es como pasan las cosas. Mientras una persona lee un libro en un sillón, otra está siendo asesinada en un callejón, un bebé nace en un hospital, un chico deja un libro en la biblioteca en el lugar incorrecto, una mujer se electrocuta intentando arreglar una lámpara, un niño pedalea solo por primera vez (y se cae después), un gato salta a la rama de un árbol y 337 personas sobrevuelan el Atlántico en un 737 MAX. Tres de ellas están en el baño.

En fin, no voy a justificarme ni voy a adornarlo.

Mis padres me insistieron para que saliera. Mi padre amenazó con confiscarme el móvil, así que salí. La vi, a Lucía, sí. Estaba con los demás. Me vio. Estaban comentando lo del Ratón, sí. Era la comidilla del pueblo. Lucía dijo (me acuerdo): «Pobre». Se refería a Marta, a ti. Claro, sois, erais amigas.

Pero eran fiestas.

Y hablamos. Vaya, Lucía me habló por primera vez en su vida. Y sí, todo empezó hablando de ti, Marta, y acabó, no sé cómo, en mi escayola.

Era ya la séptima que me lo preguntaba: que por qué no tenía ningún dibujo ni nada.

Explicarle la verdad era largo y complicado, así que le endilqué la

explicación abreviada: no me gustaba que la gente pusiera tonterías.

—Vaya —dijo Lucía—. Eres un chico serio.

Yo dije que sí muy seriamente.

Y ella se echó a reír.

Es un hecho objetivo: Lucía tiene los dientes blancos, perfectamente alineados y unos labios del grosor de los de Gigi Hadid (reconozco que este dato es aproximado, ya que no he podido realizar las oportunas mediciones).

El caso es que fue peor ponerme serio. Cuanto más me negaba a que escribiera nada en la escayola, más empeñada parecía ella en que dejara de estar en blanco. Y bueno, Lucía, aunque vive en Barcelona, es aragonesa y, por tanto, tozuda, y no dejaba de insistir y sonreír...

Bueno, que al final me rendí.

Eso sí, le hice prometer que cumpliría tres reglas:

1. Lo que pusiera tenía que caber en un centímetro cuadrado.

Como Lucía no se aclaraba con los centímetros cuadrados, le dije que tenía que caber en una uña. Ella enseguida dijo que vale, pero que la del dedo gordo del pie.)

2. Nada de palabras. En ningún idioma o alfabeto, ni en chino ni en griego ni en arameo.

3. No podía poner nada cuyo significado conociera mi abuela.

—Y mi abuela tiene WhatsApp —le advertí.

Con esa tercera regla, confiaba en librarme de que me pusiera para putearme una mierdecilla, una esvástica, un pene, una calavera, una hoja de marihuana o cualquier otro símbolo chungo o humillante.

Eso descartaba también que dibujara un corazón.

Y Lucía fue a por un rotulador. La siguió un gato.



Por la sonrisa con la que se fue, imaginé que ya sabía qué iba a dibujar.

15.

LA GENTE AMA LOS RETOS.

SI TE MUESTRAS MUY CONTRARIO A HACER ALGO,

LA GENTE SE TOMARÁ COMO UN RETO HACERTE CAMBIAR DE OPINIÓN.

ES COMO DARLES UN CARAMELO.

NO LO HAGAS.

MUÉSTRATE SERENO.

SI NADA TE IMPORTA, NADA TE DAÑA.



Lucía, además de aragonesa, es tauro. Cualquiera, menos quizá el-chico-de-los-hechos-objetivos, sabe que los tauro son cabezotas y que consiguen lo que se proponen.

Hasta cierto punto, claro.

Creo en estas cosas, pero no soy idiota. Yo, en ese momento, podría haberme propuesto volver al pueblo, a las fiestas, en vez de estar entrando en Zaragoza, camino del hospital, pero eso no habría sucedido ni aunque fuera tauro.

Pero es que encima soy cáncer.

Como mi abuelo.

El poste que da la hora y la temperatura al lado del Parque Grande anunciaba 41 grados. En el coche debíamos de estar a -10. Yo tenía la piel de gallina. Pero si temblaba, no era solo de frío.

Lo presentía. Estábamos a punto de darnos de bruces con mis padres. Ahora llegaba el momento en que mi abuelo entraba en el hospital, un celador lo ponía en una silla de ruedas, mi abuelo divisaba una camilla a lo lejos con alguien que le resultaba familiar, decía al celador: «¡Siga a esa camilla!», comprobaba que, efectivamente, aquella mujer anestesiada era su hija y le daba un infarto o algo, mi abuela se echaba a llorar y mi padre me gritaba que por qué no le había avisado. Mi madre no decía nada porque aún estaba con la anestesia.

Y el coche avanzaba. Ya cruzaba el túnel hacia Urgencias. Ya subía la rampa. Ya se veían las ambulancias y los taxis al fondo.

Dicen que los cáncer somos imaginativos y fantasiosos, y eso no está mal, pero lo que ya no está tan bien es que nos creemos miedos irracionales...

Yo ya veía a mi padre, tan alto, tan inconfundible, en la puerta de Urgencias.

Miraba hacia los coches que venían y, en cuanto me distinguió dentro del coche de Julián, se puso a hacernos señas.

Lo veía con mis propios ojos. No era la imaginación de un pingüino cáncer.

Y aquella fue la primera de las muchas veces que jugamos al gato y al ratón.

Mientras esperaba a que Lucía volviera con el rotulador, me pregunté qué podría dibujarme.

Pero la imaginación no es mi fuerte. (Se ve que no soy cáncer.)

No se me ocurría nada.

Además tampoco tuve tanto tiempo de pensarlo. Lucía no tardó en volver con el rotulador y su sonrisa.

—No mires —me advirtió empujando el rotulador.

—¿Es indeleble? —pregunté—. Solo faltaba que se corriera.

Ella se rio.

—La tinta —precisé.

Como no tenía dónde apoyar el brazo, no tuve más remedio que colocarlo encima de sus piernas.

Llevaba unos pantalones cortos vaqueros, me acuerdo.

Podría decir que su piel era suave, pero eso solo podría contarlo mi escayola. Yo, a través de ella, no sentía nada. Si acaso, un leve hormigueo, pero eso era constante. Creo que era del sudor. Me picaba la piel y no podía rascarme.

Aunque hubiera querido espiar lo que hacía, no habría podido.

Inclinó la cabeza y el pelo formó una cortina que me impedía ver lo que estaba dibujando.

Estaba tan cerca que podía oler perfectamente su champú.

Olía a coco.

Era raro estar en aquel pueblo del Pirineo oliendo a coco, que no es

precisamente una fruta autóctona.

Cuando Lucía levantó la cabeza de su pequeña obra maestra, me quedé perplejo.

—¿Qué? —dijo sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué te parece?

Lo que me parecía era que igual mi abuela no lo entendería. Pero yo tampoco.

¿Qué era aquello?

¿Por qué me habría pintado una M tan extraña? ¿Eme de qué? En fin, ya, la imaginación no es mi fuerte y todo lo que se me ocurría era bastante absurdo: ¿Mañana? ¿Merluzo? ¿Mentira? ¿Mira? ¿Madre? ¿¿¿Marta???

¿¿¿Eme de...???

Pero Lucía seguía mirándome esperando una respuesta, y mi respuesta fue (¿eme de...?):

—Mola.

## 16.

CUANDO UNO NO PUEDE ANDAR BIEN,

SE APOYA EN MULETAS.

CUANDO UNA CONVERSACIÓN COJEA,

PUEDE APOYARSE EN MULETILLAS.

LAS MULETILLAS SON PALABRAS QUE NO SIGNIFICAN GRAN COSA

Y QUE PUEDEN SIGNIFICAR VARIAS COSAS DISTINTAS A LA VEZ.

RESULTAN PRÁCTICAS CUANDO UNO NO TIENE MUY CLARO QUÉ DECIR

O QUÉ SE ESPERA QUE DIGA.

ALGUNAS PALABRAS COMODÍN SON:

«EN PLAN», «GUAY», «VALE», «CLARO», «MOLA», «YA»,

«BUENO», «¿VERDAD?», «YA SI ESO», «Y TAL» Y TAL.



Mi padre se precipitó hacia la puerta del coche. Yo salí como un muñeco de una caja sorpresa y él me atrapó en un abrazo.

—No sabía que tú... —me dijo. Yo me eché a llorar. No podía más. Papá me dijo bajito al oído —: Todo ha ido bien. Mamá está bien.

Pero la abuela lo reclamaba.

—¡Ay! ¡No sabía si habrías recibido mi mensaje! Pero ¡cómo no me has dicho nada!

Yo me limpiaba la cara para que no se notara que estaba llorando.

—¿Y Silvia? —Pero ni esperó a que papá le dijera dónde estaba mamá—. Anda, ayúdame a sacar al abuelo.

Y el abuelo, ya fuera del coche, iba del brazo de Julián.

—Ni que fuera un inválido, Conchi. Puedo andar perfectamente.

Mi madre dice que mi padre es un libro abierto. Lo es.

En ese momento, en la cara de mi padre se leía: «El abuelo está fatal».

Supongo que yo ya me había acostumbrado a que el abuelo pareciera un personaje de los Simpson. Pero mi padre se llevó un buen susto al verlo.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —preguntó por si acaso, para ver si el abuelo le decía algo distinto de lo que él veía con sus propios ojos.

Y así fue. El abuelo dijo:

—Todo en orden.

—Vamos, Pedro, yo te acompaño.

Julián se despidió de nosotros y entramos en Urgencias.

—Necesito ir al baño —dije, aunque no sé si alguien me oyó.

Seguí los carteles que indicaban los baños.

Entré en el baño de chicas y me encerré en uno de los cubículos.

Y lloré todas las lágrimas que me había aguantado en el coche.

Me lavé la cara. Me sequé las manos en la nuca y en las piernas.

Cuando salí, mi padre me estaba esperando delante de la puerta del baño de chicas.

—¿Por qué no llamaste a la abuela?! ¡¡¡Casi me muero de los nervios!!! ¡¡¡He estado a punto de contarles lo de mamá!!! —le dije, y por poco no me echo a llorar otra vez.

Papá me acarició la cabeza. Supongo que, desde su altura, olería mi champú de huevo. De

huevo «autóctono». Ejem.

—Perdona, cariño. No se me da bien disimular, ya lo sabes —me dijo. Otro que tal—. Y tu abuela es muy lista. Las pilló al vuelo. Tenía miedo de... —Y se le quebró la voz—. De esto —dijo señalándose a sí mismo a punto de llorar—. ¿No ves que se me nota todo?

—¿Y un mensaje? ¿No podías escribir un pu... un mensaje? ¿No podías avisar de que ibas a venir, y así a mí no me hubiera dado un ataque al corazón como el que me ha dado cuando te he visto ahí, en la puerta, pensando que se iban a enterar de lo de mamá?

—No sabía que venías con ellos. Te estuve llamando. Debes de tener mil llamadas perdidas más y wasaps que no has leído. Míralo, mira tu móvil.

—¡Qué más quisiera yo!

Entonces le expliqué que me lo había dejado en el pueblo.

—Pero ¡mamá está bien!, ¿no? —pregunté—. ¡Dijiste que estaba bien!

—Sí, sí —dijo mi padre recomponiéndose—. Todo ha ido muy bien. Está descansando.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Pero ¿seguro seguro?

—Más seguro que los seguros —contestó, que era una tontería que solía decirme. Solía hacerme gracia.

Miré a mi padre a los ojos.

Es un libro abierto.

Me decía la verdad.

Todo había ido bien.

De momento.

Con el cáncer de mama.

Con el cáncer de mamá.

Que aquella eme asimétrica no era una eme tuvo que descubrirmelo... mi abuela.

Se iba a enterar Lucía. Había incumplido la regla número 3 («No poner nada cuyo significado conozca mi abuela»).

Llegué a casa a la hora de comer medio mareado por el olor a coco y por lo que pasó después de que Lucía me pintara en la escayola, que fue, digamos, que ciertas partes de mi cuerpo no rodeadas por escayola entraron en contacto con ciertas partes del suyo. Que no se me entienda mal: estoy hablando solo de la parte superior de ambos cuerpos, de la zona craneal, para ser más precisos.

—Qué sonriente vienes —dijo mi madre nada más verme entrar.

En ese momento me di cuenta de que sí, por alguna misteriosa razón, se me había quedado anquilosado cierto rasgo facial que podría interpretarse como una sonrisa.

Mi abuela me pidió que pusiera la mesa y, cuando fui a sacar los cubiertos del cajón, señaló hacia el dibujo con el cucharón que llevaba en la mano.

—¡Anda, qué gracia! ¡No sabía que creyeras en el horóscopo!

—¿El horóscopo? ¿Qué horóscopo? —pregunté yo mientras contaba cucharas.

La abuela se acercó a observar bien el dibujo y, sin dejar de mirarlo, exclamó:

—¡Virgo!

Se me cayeron las cucharas al suelo.

Creo que si la abuela no se echó a reír directamente fue porque, cuando pasó lo que pasó en el baile, ella ya se había ido a casa.

Mi padres, que andaban poniendo los vasos y los platos, acudieron como moscas a la miel.

—¿Virgo? —preguntó mi madre.

Yo iba a esconder la escayola, pero la abuela me la sujetó con el brazo que tenía libre y volvió a señalar el dibujo con el cucharón.

—Es el símbolo de Virgo.

—Pero ¡sí es una eme! ¡No puede ser! —grité. Mi lógica era aplastante.

—¡Y a mí qué me cuentas! —dijo la abuela—. Ese es el símbolo de Virgo, seguro. Lo sé porque el abuelo era virgo y yo soy escorpio, y yo le leía el horóscopo, y Escorpio es una eme que acaba con una flechita así —hizo un gesto en el aire con el cucharón— y Virgo es una eme que acaba así. —Y señaló otra vez con el cucharón el dibujo de mi escayola.

Mis padres, que sí habían presenciado mi humillación pública en el baile de las fiestas, se carcajaban. Mi padre se puso a silbar la melodía de la cancioncilla esa de las narices, *Like a Virgin*.

—¿Quién te lo ha hecho? —preguntó mi madre.

—¡Yo mismo! —mentí rabioso—. ¡No necesito a nadie!

—Hombre, no sé yo... —dijo mi padre.

Mi madre le miró con cara de «calla, calla», pero a continuación se puso



a reír a carcajadas con él.

Sus risas tendrían que haberme enfadado aún más, pero la verdad es que hacía tiempo que no los veía reírse juntos y casi me gustó, aunque lo hicieran a mi costa.

Luego volvimos a lo de antes. Se hizo un silencio durante la comida.

Pasadas las risas, mis padres no encontraron otro tema de conversación. Era así últimamente, raro. Y yo tampoco dije ni palabra en toda la comida. Ni siquiera «Pásame la sal», y eso que el gazpacho estaba sosísimo. Soso y como picante, porque a la abuela se le había ido la mano con el ajo.

Mientras comía, rumiaba las palabras de Lucía, que, ahora que sabía lo que significaba el maldito dibujo, adquirirían otro sentido:

«Tranquila, que no es como un tatuaje. Llegará un momento en que lo perderás...»

Y yo que creía que hablaba de la escayola...

Solo de pensarlo creo que me puse más rojo que el gazpacho.

La abuela terminó de comer antes que los demás y se sentó en el sofá. Cogió una revista y me dijo:

—Ven, Pablo, que te leo tu horóscopo.

Quise escapar, pero el brazo de mi madre me mantuvo sentado en la silla donde yo mareaba las natillas que había de postre.

—«Te sentirás dividido entre dos opciones contrapuestas. Es el momento de tomar decisiones. No te precipites y medita bien antes de elegir.»

En la portada de la revista, se leía: «Paula y David, vacaciones románticas». Creo que el momento de tomar decisiones había caducado hacía unos meses. O años.

OJO CON LAS ELIPSIS. LAS ELIPSIS SON COSAS QUE NO SE DICEN.  
EN UNA HISTORIA, POR EJEMPLO, ES UNA PARTE QUE NO SE CUENTA, PERO QUE HA PASADO. EN UNA CONVERSACIÓN,  
LAS ELIPSIS SON COSAS QUE  
NO SE DICEN PORQUE SE ENTIENDE QUE SE ENTIENDEN, O SEA, SE SOBRENTIENDEN. PERO NO SIEMPRE ES ASÍ. A  
VECES, EN VEZ DE SOBRENTENDERSE, PUEDEN MALENTENDERSE, Y CAUSAR MALENTENDIDOS. NO SÉ SI SE ME  
ENTIENDE.



La abuela quiso quedarse con el abuelo mientras esperaban en el box a que lo ingresaran o lo que fuera. Solo podía haber una persona.

—Me llevo a Marta a la cafetería a que coma algo —dijo mi padre.

—Sí, sí —dijo la abuela—. Mira qué caruchina trae la pobre. Que coma, que coma.

Todos los males del mundo los arreglaba mi abuela con un poco de comida.

Pero mi padre tenía otros planes.

—Te quiero presentar a alguien —me anunció mientras me llevaba por un laberinto de pasillos.

Estábamos yendo de la parte de Urgencias a la zona donde estaba ingresada mamá.

—Así te quedarás más tranquila. Él te lo explicará todo mejor. Ya verás. —De repente se paró en medio de un pasillo—. Porque tú prefieres saber, ¿verdad?

—Claro, papá.

Y fue entonces cuando conocí a Julio.

Encantado, Marta. Soy Julio, amigo del colegio de tu padre y el oncólogo que trata a tu madre.

¿Has buscado información en Google, Marta?

El doctor Google no puede enseñarte a besar, y tampoco lo que es el cáncer. [Con lo del beso te pillé desprevenida.] Ni idea. No tiene ni puta idea. [Eso, reconócelo, también te impresionó. Un hombre con bata blanca diciendo palabras no tan asépticas.] Es uno de esos casos que los médicos llamamos intrusismo profesional. No pasa consulta, no ha visto a un paciente..., pero todos le preguntan. Ir a la consulta del doctor Google es como preguntarle a las nubes, solo que esta es digital. Es peligroso si no sabes dónde mirar. Como mirar una nube de tormenta: un rayo puede acabar partiéndote. Las nubes buenas, las webs de médicos, están escritas con letra de médicos y palabras de médicos para que no las entendáis.

[Y tú, Marta, claro que habías mirado en Google. Todos miran en Google. Lo supe sin que me lo dijeras porque tus ojos lo decían. Yo no puedo quitar de la cabeza a la gente lo que ha leído, todos esos negros pronósticos, ese festín para los hipocondríacos que ofrece la red, pero puedo intentar deslegitimarlo, y es lo que intenté hacer aquel día, el día que nos conocimos.]

Al doctor Google le dieron el título en una feria. Se sacó el grado en curandero y el máster de magia y homeopatía. En el Colegio Hogwarts forman mejor. [Entonces casi sonreíste, aunque no sé si con desdén.] Hay ordenadores que sí saben de cáncer, pero el doctor Google, no. La informática tiene un papel esencial en la lucha contra el cáncer, pero el doctor Google no es su general del Aire. Si acaso, un almirante de la Marina que te lanza un torpedo para ahogarte. Los ordenadores se necesitan para

todo, ¡hasta para leer el ADN y encontrar mutaciones! Pero hace falta una mirada humana. Hay superordenadores como Watson de IBM al que le están enseñando a mirar muchísimos oncólogos. Se mete la historia clínica, vemos todos los datos del paciente y todo lo que le han hecho, sus mutaciones, los tratamientos, sus escáneres... y le están enseñando. Y Watson, aprendiendo. Dentro de unos años, con un análisis del ADN que flota por la sangre, la tecnología permitirá leer las mutaciones presentes, saber si puede haber un tumor y prescribir el tratamiento más adecuado. Pero hacen falta muchos datos, muchos ordenadores, muchos superdatos y muchos superordenadores.

[Noté que eso, en aquel momento, te caía muy lejos, que tú entonces solo querías saber sobre tu madre.]

Pero perdona, que me he ido por las ramas.

Te cuento todo esto para que sepas, Marta, que si quieres información, puedes preguntarme a mí siempre que lo desees.

Si quieres saber sobre el cáncer, pregunta a Julio, Marta. No preguntes al doctor Google. Pregúntame, siempre, lo que quieras.



«Google no puede enseñarte a besar», dijo el médico.

Vale, pero entonces, ¿quién?

Nadie. La persona que te besa, si es que sabe.

¿Y cómo saber si lo haces bien o mal? Debería haber un manual. Todo puede reducirse a una serie de sencillos pasos. Primero abre ligeramente los labios. Después inclina ligeramente la cabeza... ¿O es al revés? Seguramente hay pasos anteriores. Primero comprueba que no te huele el aliento...

Yo intentaba repasar lo sucedido con Lucía y dividirlo en pasos, pero el recuerdo se me resistía. Me aparecía todo de golpe.

Miré el WhatsApp. Los mensajes que había mandado a Marta seguían sin contestar. Al parecer, ni siquiera los había leído.

Volví a escribirle para preguntar qué tal iban las cosas. Supuse que en algún momento lo leería.

Pero a lo que iba: escribí a Lucía.

«Has roto la regla número 3. Mi abuela sabía que era virgo.»

Ella respondió al momento.

«Tú abuela y todo el pueblo, guapo 😊».

Malditas elipsis. No aprendo ni mis propias lecciones. Yo quería decir que mi abuela sabía que el símbolo que me había dibujado era Virgo, no que yo fuera virgo.

«Ja, ja, ja.»

Que no era un «ja, ja, ja» de «me parto de risa», sino un «ja, ja, ja» de «muy graciosa», con ironía.

Y hubo un silencio. Bueno, lo que puede entenderse por un silencio, un estar los dos en línea esperando ambos que el otro se arrancara a escribir.

Ya lo he dicho, a mí me gusta el silencio. No me incomoda. Pero estoy dispuesto a aprender de mis propias lecciones, y he dicho que los silencios generan confusión, y no quería que Lucía se confundiera.

Tenía que decir algo.

«¿Tienes noticias de Marta?»

Y otro silencio. Yo no lo entendía. Mi pregunta cumplía todas las condiciones que debe reunir una pregunta (véase la lección 18). Marta había abandonado el pueblo con urgencia porque su abuelo se encontraba mal, Lucía era amiga de Marta...

Lucía me contestó un rato después.

«No. No sé nada. ¿¿¿Y tú???»

«Tampoco.»

Y ella dejó de estar en línea.

Bueno, igual se había quedado sin batería, o le habían castigado sin móvil, o cualquier cosa.

Y, además, yo entonces no sabía que ese era su último día en el pueblo antes de marcharse a Barcelona.

18.

A LA HORA DE HACER UNA PREGUNTA,  
PROCURA QUE SEA CONCRETA, PERTINENTE, EDUCADA  
Y QUE ESTÉ FORMULADA A LA PERSONA ADECUADA.  
SI TU PREGUNTA CUMPLE TODOS ESOS REQUISITOS,  
NO PODRÁ RESULTAR OFENSIVA.

¿o sí?



La pregunta que yo quería hacer a Julio en ese momento era muy concreta:

—¿Puedo ver a mi madre?

Y su respuesta también fue concreta:

—Sí.

Fui con papá.

Me cogió de la mano.

Mi mano estaba sudada. La suya estaba fría.

Otra vez arrojados a aquel laberinto de pasillos, el esqueleto de un Ikea arrasado por la fealdad, y aquel olor.

Olor a hospital, dicen. Pero para mí ese olor ya es para siempre el olor del miedo.

Seguí a papá con miedo por pasillos y escaleras.

Por el camino me advirtió que mamá estaría cansada, que la operación había sido larga, que después había pasado un par de horas en una sala para recuperarse de la anestesia, pero que acababan de subirla a la habitación.

Llegué ante la puerta de la habitación con miedo.

Empujé la puerta con miedo.

Entré con miedo.

Y entonces la vi.





Y entonces la vi.

Vi a Lucía delante de la casa de sus abuelos.

No puedo decir que yo llegara allí por casualidad. Me extrañaba que no hubiera continuado la conversación. Después de preguntarle por Marta, dejó de estar en línea y ya no volvió a decir nada más.

«Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma», dice mi madre. «Si no te llega el mensaje, acércate al terminal», digo yo.

Y efectivamente, allí estaba Lucía con su móvil en la mano, pero no me estaba escribiendo a mí.

Estaba rodeada de maletas, bolsas y mochilas.

De repente levantó la vista y me vio.

Lo que pasó entonces me pilló desprevenido. Se levantó de golpe y corrió a acercar su cuerpo a mi cuerpo mientras me rodeaba con sus brazos.

Como era poco simétrico que yo dejara los brazos colgando, los elevé a la altura de sus hombros y también la rodeé.

—No me lo puedo creer —me dijo—. Nos vamos. ¡Hoy! Me dijeron que nos iríamos el martes. ¡Y nos vamos! ¡Hoy!

Parecía a punto de llorar.

Sus padres estaban haciendo la ronda. Nadie se va del pueblo a la francesa. Hay que despedirse casa por casa. De cada casa, uno se lleva un achuchón y, a veces, algo de verdura.

—No me lo habían dicho porque no era segura, dicen. Y para que no me quejara —me explicó enfurecida—. ¡No podían consultarme, no! ¡Todo lo

deciden de espaldas a mí! ¡Todo! Es como vivir en una dictadura, de verdad. Antes me habían quitado el móvil. Por eso no pude contestarte.

Yo obvié el hecho de que cuando la encontré estaba con el móvil en la mano. Supongo que acababa de recuperarlo y estaría haciendo algo más urgente.

—Además... —dijo bajando el tono—. Además..., no quiero despedirme de ti.

Yo estoy muy en contra de que la gente haga cosas que no quiere hacer, y por eso le dije:

—Pues no lo hagas.

No era mi intención, pero a ella le debió de sonar como algo romántico porque en ese momento miró a los lados, como comprobando que no había nadie alrededor, y además de su tronco, que ya estaba pegado a mi tronco, inclinó la cabeza hacia un lado para esquivar el choque de nuestros tabiques nasales y pegó parte de su cabeza a parte de la mía, lo que vienen a ser los labios, vaya.

Ella sabía a chicle de sandía, pero yo... yo...

A mí me repetía el gazpacho.

19.

UNA DE LAS FORMAS NO VERBALES DE INTERACTUAR CON OTRA PERSONA

SON LOS BESOS Y LOS ABRAZOS.

UN BESO PUEDE SER EL SUSTITUTO DE UNA GRAN CANTIDAD DE PALABRAS.

PERO ESTE ES UN MANUAL DE CONVERSACIÓN,

NO DE EFUSIONES MÁS O MENOS ROMÁNTICAS.

SENTIMOS NO PODER OFRECER MÁS INFORMACIÓN AL RESPECTO.

DE MOMENTO.

SOLO UN CONSEJO: DI NO AL AJO.



Solo llegué a ver el bulto de sus pies.

Antes de que pudiera ver más, mi padre entornó la puerta y me devolvió al pasillo.

—Espera, Marta.

Y mi corazón: BUM BUM, BUM BUM.

Miedo.

Todo lo que podía llegar a imaginar después de esas dos palabras era horrible. Más vale que mi padre se diera prisa en decirme lo que fuera o me estallaría el corazón.

Y sí, fue un alivio.

—No digas nada a mamá del abuelo. No quiero que se preocupe ahora. Que esté tranquila, ¿vale?

Otra vez, otro secreto, otro peso. ¿Estaba empezando a acostumbrarme? Sí, pero eso no hacía que pesara menos...

¿No había nadie que me librara a mí de saber tantas cosas?

Espera, ¿y si realmente me estaban ahorrando información? ¿Y si solo sabía la mitad de la mitad? ¿Y si también me mentían y estaban dejando de contarme cosas?

Tenía que entrar y verlo con mis propios ojos.

Asentí e hice a mi padre a un lado.

Allí estaba, tumbada en la cama.

Las sábanas blancas.

Tan morena, tan guapa.

Había estado yendo a la piscina antes de la operación. El sol le sentaba bien.

Abrió los ojos y me miró.

Sonrió.

Y luego no.

Estaba asustada.

—¿Marta? ¿Qué haces aquí?

Mi padre habló a mis espaldas.

—Ya sabes cómo es tu hija. Cabezota como ella sola. Se ha empeñado en venir a verte. Y como bajaba Julián del pueblo, se ha venido en coche con él.

Qué mal disimulaba mi padre.

—¡Sorpresa! —dije.

—Eso, eso. Sorpresa —dijo mi padre.

Mi madre se rio flojito.

—Qué susto...

Puntos suspensivos.

Y una sonrisa que llenó toda la habitación.

Mi madre estaba bien. La operación había salido bien.

Yo corrí a abrazarla.

—Ay —se quejó.

Había un gotero junto a la cama, y no quería imaginar lo que debía de haber bajo las sábanas.

—Me alegro de que Julián bajara —dijo—. ¿Qué tal el abuelo?

—Bien, bien —respondió mi padre por mí, demasiado rápido.

Qué mal disimulaba.

—Ahora descansa, cariño. Acompaño un momento a Marta para que coma algo, que aún no ha comido.

Era lo mismo que le había dicho a la abuela. Se ve que el repertorio de excusas de mi padre era así de pequeño. Pero lo cierto es que hacía horas que había pasado la hora de comer y yo me moría de hambre.

Mi madre me sonrió.

—¿Todo en orden? —le dije, imitando al abuelo.

—Todo en orden —me mintió.

me

Lucía estaba sentada con su hermano en la parte de atrás de un coche que se alejaba camino de Barcelona y yo estaba tumbado en la cama de mi cuarto.

Me había estado escribiendo desde el coche hasta que se había quedado sin batería.

Supongo que ahora ella estaría mirando por la ventanilla del coche. Yo miraba al techo.

El techo era blanco, como mi escayola. Como mi escayola antes de que Lucía escribiera aquella eme que no era una eme.

Y yo tenía una sensación muy extraña.

Estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero. Saco buenas notas. Meto goles. Gano carreras. Me siento bien cuando eso sucede. Me guardo esa sensación de triunfo, y es fácil de manejar, porque es mía.

Pero esta sensación de ahora, esta sensación no era solo mía. Estaba Lucía, y estaban los mensajes de Lucía, y estaba una persona entera, otra que no era yo, teniendo una sensación que se suponía que era la misma, pero ¿cómo iba a ser la misma? ¿Y si crecía a otro ritmo? ¿Y si se apagaba? ¿Y si no se parecía en nada a la mía? ¿Y la mía? ¿Qué sensación era esa que sentía? ¿De triunfo? Porque era igual de agradable, pero ¿era eso? ¿Era que lo había conseguido y ya estás? ¿Y qué pasaba ahora?

¿Tenía novia?

¿Eso se pregunta?

20.

LA REALIDAD HABLA POR SÍ MISMA.

UNO PUEDE PREGUNTAR: «¿VA A LLOVER?» O ESPERAR A VERLO.

POR MÁS QUE UNO PREGUNTE LA METEOROLOGÍA NO CAMBIA.

PERO HAY PALABRAS QUE PUEDEN CAMBIAR LA REALIDAD

(NO LA METEOROLÓGICA).

ES CONVENIENTE PENSAR EN ELLO

ANTES DE PRONUNCIARLAS.



Tendría que haber tirado miguitas de pan para poder encontrar el camino de vuelta a donde estaba la abuela.

Así por lo menos habría tenido algo que comer.

Cuando volvimos con la abuela, el médico ya había pasado.

—¿Qué ha dicho?

A mí me rugieron las tripas.

—Pero ¿tú no habías ido a comer? —preguntó la abuela—. ¿Y tu madre? ¿Cuándo va a venir?

Yo miré a mi padre.

—Pues... la verdad... —empezó a decir.

—Cuéntaselo —le dije a papá. Él me miró con cara de susto—. Cuéntale lo del viaje. Lo de que ha tenido que irse.

Él me miraba con los ojos como platos.

—Eso, eso. Lo siento mucho. Es que...

Mi abuela miró a mi padre. Me miró a mí. Y luego otra vez a mi padre.

—Es que no quiero preocuparla —dijo él, y sonó tan sincero... Porque ni una de esas palabras era mentira. Es más: era una doble verdad, porque no quería preocupar a mamá y tampoco quería preocupar a la abuela, a la que a veces, por hacer broma, trataba de usted.

—Es que es un viaje de trabajo. Importante —me lancé yo, decidida a ayudar a papá.

La abuela sabía que había habido recortes en la empresa donde trabajaba mamá. Durante un tiempo, había temido que la echaran. Algunos compañeros habían perdido su trabajo.

Suspiró.

—No me había dicho nada —dijo.

—Era por no preocuparos —zanjó mi padre.

En ese momento me di cuenta de que las familias son cajas de ahorros de preocupaciones. Supongo que las familias lo hacen por el mismo motivo que la gente lleva el dinero a la caja de ahorros. Por seguridad.

Pero últimamente había visto cerrar tres cajas de ahorros cerca de casa. Esperaba que el sistema de las familias de ahorrar preocupaciones funcionara un poco mejor. Aunque, por lo que iba viendo, tampoco parecía un método muy sólido. Sentía que en cualquier momento ese sistema, basado en mentiras y secretos, se iba a desmoronar y me iba a pillar debajo.

—Bueno, esperaremos a ver cómo va la cosa. Tampoco vamos a preocuparla si al final no es nada, ¿no? —dijo la abuela, y papá respiró—. ¿Cuándo vuelve Silvia del viaje ese?





Cuatro días después, era yo el que estaba metido en el asiento de atrás de un coche.

Delante iban mi madre y mi abuela. Mi padre se había ido hacía dos días. Le bajamos a Huesca y allí cogió el tren. Yo intenté fugarme con él. Ya no quedaba casi nadie de mi edad en el pueblo.

—¿Y dejar a tu madre aquí, sola, con la suegra? Ni hablar —zanjó mi padre.

Aunque últimamente mi madre parecía llevarse mejor con mi abuela, su suegra, que con mi padre.

Y me quedé, muerto del asco; fui uno de los últimos en irse del pueblo.

—Pobrecico —le oí comentar a mis espaldas a mi abuela. Se creen las muy ilusas que no se oye desde mi cuarto lo que se dice en el salón—. Anda como perro sin dueño.

—Yo creo que desde que se fue aquella chica... —oí decir a mi madre.

—¿Cuál? —preguntó mi abuela—. ¿La de los Garbanzos? ¿La nieta del Ratón?

Mi madre y mi abuela nunca han exigido precisión en sus relatos de la realidad. Les basta con que suene verosímil.

—Se pasa todo el día con el móvil —comentó mi abuela.

Pero eso sí que atentaba contra la verosimilitud, y así se lo hizo ver mi madre:

—Buena, que con el móvil ha estado siempre. Además... Ya te digo yo que no es con ella con la que habla. ¡El móvil! ¡Precisamente! Que no se me

olvide...

Entonces no sabía a qué se refería, qué era aquello que tenía que recordar.

Pronto lo averiguaría.

Solo faltaban unos kilómetros.

—¿Vas bien de temperatura, Pablo? —preguntó mi madre entonces, en el coche.

—Sí.

Habíamos pasado Peñalba y yo estaba atento porque había algo que no quería perderme. Por fin lo vi. Preparé el móvil para hacerle una foto y se la mandé a Lucía.



Archivo personal de los autores

Me alucinaba que el meridiano de Greenwich, el meridiano cero, pasara por ahí. El mundo entero se plegaba en dos por ese punto de la autovía de

Huesca. Empecé a escribirle un mensaje.

«¿No es increíble? El meridiano es, por definición, una línea imaginaria. Pero, por un momento, la línea imaginaria se vuelve real.»

Me gustaba mucho más así, real, que imaginaria.

Pero antes de que terminara de escribir mis reflexiones sobre el meridiano, me llegó la respuesta de Lucía.

«Cada vez estás más lejos.»

Como apreciación geográfica no era muy sofisticada, pero era cierta, supongo.

Lucía estaba en Barcelona y yo iba camino de Madrid.

Pasando por Zaragoza.

Decidí no enviarle mi mensaje sobre líneas imaginarias que se hacen realidad.

Mejor se lo enviaría a alguien a quien pudiera interesarle, alguien que vivía a caballo entre la imaginación y la realidad, alguien que creía en amuletos de la suerte y constelaciones que determinan tu futuro.

Ella, claro, ni leyó el mensaje. Cómo iba a hacerlo.

21.

A CADA PERSONA LE APASIONAN COSAS DISTINTAS.  
A VECES ENCUENTRAS PERSONAS A LAS QUE LES APASIONA  
LO MISMO QUE A TI.  
ENTONCES PODÉIS ESTAR HORAS HABLANDO DE ESO,  
YA SEA UN VIDEOJUEGO, UN EQUIPO DE FÚTBOL,  
UNA DISCIPLINA CIENTÍFICA, UN CANTANTE, UN LIBRO  
O UN SISTEMA OPERATIVO.  
A VECES, LAS PERSONAS CON LAS QUE TE RELACIONAS  
NO COMPARTEN TU ENTUSIASMO.  
EN ESE CASO, ES MEJOR NO INSISTIR EN EL TEMA.

HACERLO TE CONVIERTE EN UN PESADO.



Mientras operaban a mamá y los días que siguieron, papá custodió su teléfono y se dedicó a borrar los mensajes de la abuela, de la tía Pili y de toda la gente del pueblo que la iba llamando o escribiendo para saber qué tal estaba el abuelo.

Alguna vez me lo dio a mí para que lo vigilara.

—Pero esto no se hace —dijo al entregarme el móvil de mamá y darme la contraseña—. Hay que respetar la intimidad de los demás.

Sí.

Ese día, trasteando con el móvil de mi madre, descubrí que es mejor no meterse en eso que llaman «intimidad», las cosas que uno guarda solo para uno mismo, cosas que no quiere que descubra nadie. Y no solo por respeto al dueño de esa intimidad, sino también por nuestro propio bien. Hay cosas de los demás que es mejor no saber.

Pero eso es algo que prefiero no recordar.

—Le miramos el teléfono solo porque es una emergencia —insistía papá cada vez que yo lo veía trajinar con el móvil de mamá.

Eso esperaba yo.

Era alucinante ver con qué facilidad, con qué morro, mi padre leía los mensajes de mi madre sin decirle nada, los borraba... Me daban ganas de cambiar de contraseña en mi móvil. Cuando volviera a tenerlo, claro. Pero me habían hecho firmar el típico contrato de padres que se creen modernos, uno que habían copiado de no sé dónde, y el punto número uno o dos era: «Tus padres siempre sabrán la contraseña. Tus padres prometen no fisgonear en tus llamadas y mensajes, pero se reservan el derecho de revisar el estado de la configuración del móvil y de su estado de seguridad y vulnerabilidad, así como las aplicaciones instaladas, en cualquier momento y siempre que lo consideren necesario. Tú podrás estar delante».

—Dame el teléfono, Jaime —le reclamaba mi madre.

Él remoloneaba.

—No llames a tu madre —le decía—, que con lo lista que es, en cuanto te oiga, sabrá que te pasa algo. Además, le he dicho que estás en un viaje de trabajo.

Mi madre se sorprendía de que mi padre hubiera mentido.

—Pero ¡si tú nunca mientes!

Con mi hermano le dejaba hablar unos segundos, pero enseguida le quitaba el teléfono, no fuera

a ser que el Enano acabara preguntando por el abuelo o metiendo la pata.

A veces era difícil recordar quién sabía qué, aunque básicamente, menos papá y yo, que estábamos embudidos de información como chorizos a punto de reventar, nadie sabía casi nada.

—Acércame el teléfono —pedía mi madre una y otra vez.

—Estás enganchada. Deberías desconectar —le decía papá. Y le pasaba su tableta para que viera algo en Netflix.

Sentía pánico a que en cualquier momento entrara un mensaje que la pusiera sobre aviso.

Y tenía motivos, porque eso es exactamente lo que sucedió.

Mamá ya había vuelto a casa. Apenas pasó dos días en el hospital. Tenía el móvil en la mano y entró un mensaje grabado por la tía Pili. Le gustaba mandar mensajes de voz a través del WhatsApp.

No nos dio tiempo a quitarle el móvil para impedir que oyera a la tía Pili.

«Silvia, soy yo, la tía. Que hoy baja Alicia del pueblo. Lleva el móvil de Marta, que ya sabes que se lo dejó aquí con las prisas y eso. Alicia te llamará para quedar. Ya le ha dado tu número. No sé si estará para visitas, pero igual podéis quedar en el hospital, que Fina le tiene mucho cariño a tu padre y así lo ve un momentito. Supongo que tú andarás todo el día por el hospital con él, ¿no? Ay, qué susto más grande. Ya me ha dicho tu madre que va mejor, pero vaya susto, hija, vaya susto. ¡Ah! El niño bien. Aunque un poco trasto. Pero tú tranquila, tú solo preocúpate de tu padre, que ya bastante tienes con eso. Hala, besos a todos. Sobre a todo a Pedro. Nosotros dentro de tres días nos bajamos y ya os ayudo yo a hacer turnos o eso».



Me mareaba si estaba mucho con el móvil y se me hacía pesadísimo el viaje.

—¿Tenemos que entrar en Zaragoza? —me quejé cuando vi que cogíamos el desvío.

Como respuesta, vi la silueta del Pilar allí enfrente, al otro lado del río Ebro. Parecía que la hubieran plantado como un decorado para decir al viajero: «Y esto, señores, estas torres, estas cúpulas con tejas de colorines, este mamotreto imponente y todas las palomas que cagan sobre él es Zaragoza».

Mi madre y mi abuela se miraron y la abuela soltó una risita. Jijijiji.

Y yo:

—¿Qué tiene tanta gracia?

Y mi madre:

—Ya lo verás.

Y lo que tenía gracia era aparcar debajo del Pilar, subir en el ascensor del aparcamiento y, debajo de la escultura de la Virgen..., encontrarte a ti.

Nada más verte, noté que me ponía colorado.

Tú todavía no me habías visto. Llevabas una camiseta con unas letras. Yo no quería mirarte las tetas, pero no lo puedo evitar: soy incapaz de ver un letrero y no leerlo. Ponía: «¿tasta cuándo te quedas?».

Cuando levanté la vista de tu camiseta, tú me estabas mirando.

Me estabas mirando mirarte las tetas, pero juro que lo que miraba era la camiseta.

Y pasé de estar colorado a ponerme rojo bermellón.

22.

HAY PERSONAS QUE, CUANDO SIENTEN VERGÜENZA,  
SE RUBORIZAN. LA SANGRE FLUYE DE FORMA INVOLUNTARIA  
A LA CARA, QUE SE PONE ROJA.  
EN ESOS MOMENTOS, LA CARA HABLA SIN NECESIDAD DE PALABRAS.  
TRATAR DE PARECER MUY SOBRADO EN ESE INSTANTE ES UN ESFUERZO INÚTIL;  
TU CARA LLEVA UN CARTEL LUMINOSO QUE DICE:  
«ME MUERO DE VERGÜENZA».  
EN UN CÍRCULO VICIOSO INFERNAL, RUBORIZARSE PUEDE SER  
OTRO MOTIVO MÁS PARA AVERGONZARSE.  
AL MIEDO A RUBORIZARSE SE LE LLAMA ERITROFOBIA.  
DICEN QUE BEBER AGUA (ANTES), SONREÍR Y RESPIRAR HONDO (MIENTRAS),  
Y QUITARLE IMPORTANCIA (DESPUÉS)  
AYUDA EN ESOS CASOS.  
DICEN.





(Haré como que no he leído lo de las tetas.)

Rojo como un pimiento, sí, lo recuerdo.

Tan rojo que al principio dudé de si no te habrías quemado. Pero como el color iba y venía, acabé deduciendo que no. Que lo que pasaba es que te morías de vergüenza.

No creas. A mí tampoco me dijeron nada.

Y no sería porque no preguntara como ochocientas veces al día: «¿Cuándo van a traerme el móvil?».

Te parecerá una chorrada, pero cuando te vi, lo primero que pensé fue: «Mierda».

Pero no por ti.

«Mierda» porque mi padre me había traído directa de la piscina y llevaba un pelo y unas pintas que, como dijo mi abuela al verme luego, parecía que iba a pedir limosna. Y esa camiseta. La camiseta de «¿Hasta cuándo te quedas?». Llegué a pensar si no estarías tan rojo de la vergüenza que te daba que te vieran conmigo.

Tú ibas andando con ese cuello tan largo que tienes y la cabeza gacha. Hacía un sol como solo hace en Zaragoza, en la plaza del Pilar, y tu sombra parecía la de una jirafa.

Recuerdo que cuando llegaste a mi lado, te llevaste la mano a la escayola. Te la tapabas todo el rato.

Tu abuela y tu madre se pusieron a hablar con papá del abuelo, y de las fiestas, y de las vacaciones, y de la vuelta al trabajo, y del hospital, y de los medicamentos, y del pueblo, y del tratamiento. Y tú me dijiste como aparte, en bajito: «¿Qué tal todo?».

Y yo supe, o quise creer, que estabas siendo discreto, y que con ese «todo» me estabas preguntando por mi madre, porque ese era nuestro secreto. Tú sabías lo del cáncer de mi madre, pero no se lo habías dicho a tu madre ni a tu abuela, porque yo te lo había pedido, y porque eres virgo, y los virgo son discretos. Pero, en cualquier caso, tú habías hecho lo que yo te había pedido. Tú y yo teníamos un secreto. Y eso me hizo un poco feliz.

Aunque no tanto como lo que pasó al final.

Me refiero al final cuando tu abuela te dijo que si no me dabas un beso de despedida y moviste un poco la mano y la vi.

Tapabas el final de la letra con el pulgar. Pero se veía claramente: una eme dibujada en tu escayola.

Eme de Marta, claro. De qué iba a ser si no.  
Entonces me puse más roja que tú.



¿De verdad pasó eso? ¿Pensaste eso?

Y yo qué sabía.

Vale que nuestro cuerpo diga cosas por nosotros que no podemos controlar; vale que nos ruboricemos, que nos dé un tic en el ojo o en la pierna, que se nos ponga la piel de gallina o que se nos seque la boca; vale que, buena, sí, hablo por los chicos, tengamos una erección...

Pero no vale que se malinterpreten señales que ni siquiera emitimos.

Yo no había escrito esa eme que ni siquiera era una eme. Porque esa es otra: ¿cuánta gente en el mundo podría saber que esa eme era un símbolo de Virgo? ¿Un escaso 10 %? Pensaba que la chica que creía en el horóscopo sería una de ellas. Pero, al parecer, no, o como yo intentaba mantenerlo medio tapado, no lo había visto bien.

Yo tampoco sabía que la chica que me contó un secreto sin yo pedirselo iba a pensar que eso significaba algo.

Y menos aún sabía que el móvil que acababa de entregar a la chica que no necesita peinarse al salir de la piscina estaría lleno de mensajes de Lucía.

Mensajes sobre mí.

23.

A VECES CONOCEMOS A ALGUIEN DIRECTAMENTE.

NOS HACEMOS UNA IDEA DE CÓMO ES

POR LO QUE VEMOS, POR LO QUE LE OÍMOS DECIR, POR SUS ACTOS...

OTRAS VECES CONOCEMOS A ALGUIEN INDIRECTAMENTE.

SON OTROS LOS QUE NOS HABLAN DE CÓMO ES.  
COMO DECÍA BALTASAR GRACIÁN:  
«CUÍDATE AL INTERPRETAR LO QUE TE CUENTAN.  
DEPENDEMOS MUCHO DE LO QUE NOS CUENTAN.  
ES MUY POCO LO QUE PODEMOS VER DIRECTAMENTE,  
Y HAY POR ELLO QUE OÍR LO QUE NOS DICEN.  
EL OÍDO ES LA SEGUNDA PUERTA DE LA VERDAD Y PRIMERA DE LA MENTIRA.  
RARA VEZ TE TRAEN LA VERDAD PURA, Y MENOS CUANDO VIENE DE LEJOS.  
SIEMPRE LLEGA CON ALGUNA MEZCLA: DEL SENTIMIENTO DE QUIEN LA LLEVA,  
DE LA PASIÓN DE LAS PERSONAS QUE LA TOCAN, YA ODIOSA, YA FAVORABLE».

23.1.

SÉ PRUDENTE CUANDO HABLES DE TERCERAS PERSONAS.  
NO CREAS CONOCERLO TODO DE ELLAS.  
EL 80 %\* DE LAS VECES NO TENEMOS NI IDEA  
DE LO QUE LES PASA A LOS DEMÁS.

\*PORCENTAJE ESCASAMENTE CIENTÍFICO PENDIENTE DE VERIFICACIÓN.



Pero en ese móvil, entre las miles de historias y mensajes pendientes de ver, también había algunos del chico que, ejem, tiene erecciones.

Confieso que fueron los primeros que miré.

Había mensajes preguntando por mi abuelo. Eran del día que fuimos al hospital, el día que operaron a mi madre, una fecha imborrable como un cumpleaños.

Me deseaba —esta vez sí— que todo fuera bien. No me mandaba ninguna carita.

Había mensajes de otro día, preguntando qué tal iban las cosas.

Había también un mensaje enviado hacía muy poco. Tenía que haberlo mandado desde el camino.

Sí, de hecho, era una foto desde la autopista. Una foto de una línea imaginaria. Piénsalo. La FOTO, no la PINTURA (o sea, REAL), de una línea IMAGINARIA. Como si te digo una foto de un unicornio. No me digas que no es interesante ¡y gracioso! Aunque era como los buenos chistes, esos que tardas un poco en pillarlos y luego te sientes superlisto por haberlo conseguido. Y eso era lo malo, que para mí que ese chico era superlisto (al menos para algunas cosas), y qué le iba a decir yo. Tampoco es que yo sea tonta, pero no se me ocurren grandes aportaciones al tema «meridiano de Greenwich».

Pero tampoco quería dejarlo sin respuesta. Al fin y al cabo, agradecía que me escribiera, y que no solo me escribiera preguntándome por el cáncer. Me gustaba pensar que había pensado que yo podría entender una cosa tan «de listos» y reírme con ella. Total que al final ya había puesto tres caritas llorando de risa, ya iba a mandarlas cuando de repente me acordé de una cosa. Era una genia yo. Bueno, puede que no. Pero lo iba a parecer. Porque de lo que me acababa de acordar era de una cita de Picasso. Estaba en una libreta muy chula que me habían traído de Madrid. Por eso me acordaba. Le escribí como si citara al pintor.

«Ya lo decía Picasso “Todo lo que puedes imaginar es real”».

Envié el mensaje y me arrepentí al segundo. Iba a parecer una pedante.

¿O no?

Bueno, ya estaba hecho. Y él acababa de leerlo.

Y... MILAGRO. Me llegó una carita sonriente.

El chico que no entendía el uso de los emoticonos me había enviado una carita sonriente. A mí.

Y yo sonreí, como si la pantalla del móvil fuera un espejo.

Pero todo eso fue antes de leer los mensajes de Lucía.  
Los mensajes de Lucía hablando de él.

Lucía me escribía. Mucho.

No citando a Picasso precisamente. Me mandaba muchos mensajes que a veces —decía— luego se arrepentía de haberme enviado. No sé por qué. La mayoría de los mensajes decían lo mismo con pequeñas variaciones en la forma de contarlo: me echaba de menos y quería verme.

También me reprochaba que yo no le escribiera tan a menudo.

Yo no sabía qué contarle.

O cuando encontraba algo curioso o interesante que compartir con ella, como cuando descubrí lo de las escamas de las piñas o el cuadro ese de Escher, a ella parecía no interesarle demasiado. Y yo no quería ponerme pesado (véase la lección 21).

Sin embargo, creo que daba mucha importancia a mis mensajes. A veces los citaba o me mandaba pantallazos de cosas que había dicho.

Tampoco tenía mucho tiempo para escribirle. Estaba ocupado con los preparativos de principio de curso.

Cuando empezaron las clases, aún me quedaba una semana de escayola. Pero no llegué al instituto con la escayola blanca y aquella eme que no era una eme.

Me la rayé por completo.

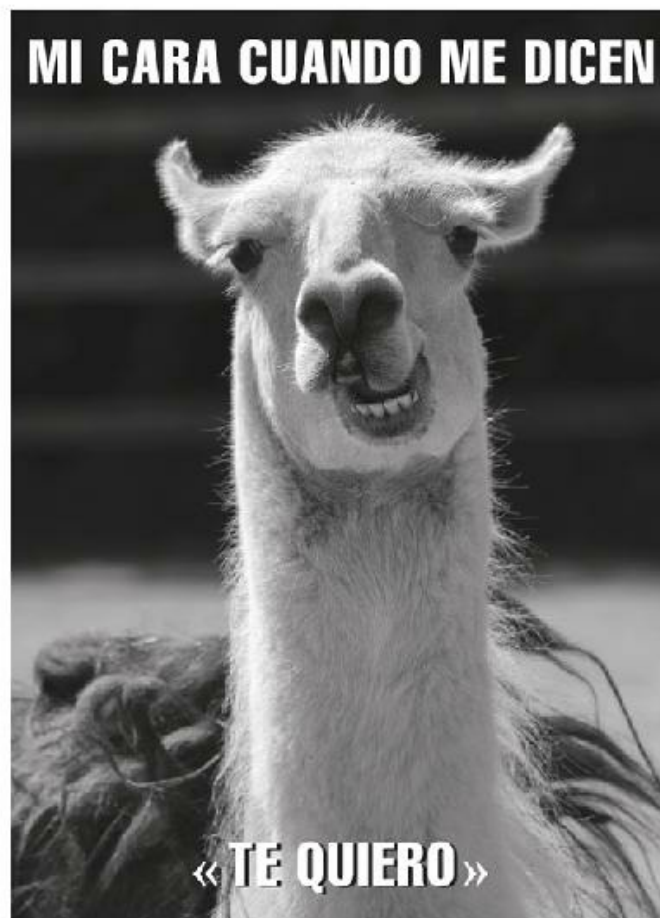
Hice una cuadrícula casi perfecta. Algunas de las líneas parecían trazadas con regla. Siempre se me ha dado bien el dibujo a mano alzada, y era una suerte que el brazo escayolado fuera el izquierdo y yo fuera diestro.

Lo hice una tarde lluviosa, dos días antes de empezar las clases. Mi madre

se había marchado de casa dando un portazo. Yo tampoco estaba contento. Empleé casi dos horas en rayarlo. Cientos de cuadros de apenas medio centímetro de lado. Los cuadros que dibujé encima de la eme los rellené. No todos. Solo los cuadrados alternos.

Si lo mirabas atentamente, podías ver que detrás había algo escrito, aunque era imposible saber qué. Pero yo sí sabía que ahí debajo Lucía me había dibujado el símbolo de virgo, y eso no se había borrado; solo había conseguido taparlo.

Y un día Lucía me escribió (fue en Snapchat; desapareció horas después): «Te quiero».





24.

ANTIGUAMENTE SE ESCRIBÍA EN PAPIROS O PERGAMINOS.

NO ES QUE UNO FUERA A LA PAPELERÍA

Y PUDIERA COMPRAR UN PAQUETE DE 500 PERGAMINOS,

ASÍ QUE, COMO ERAN DIFÍCILES DE CONSEGUIR,

SE APROVECHABAN AL MÁXIMO.

A VECES SE BORRABA LO ESCRITO SOBRE UN PERGAMINO

Y SE ESCRIBÍA ALGO NUEVO ENCIMA.

A ESTOS MANUSCRITOS TAN BIEN APROVECHADOS

SE LES LLAMAN PALIMPSESTOS.

A VECES, CON TÉCNICAS SOFISTICADAS, SE PUEDE VER

LO QUE HAY ESCRITO DEBAJO.

LO QUE APORTA ESTO A ESTA GUÍA DE CONVERSACIÓN PARA *DUMMIES*

ES ESTA BONITA ENSEÑANZA:

«TODO LO DICHO ES SUSCEPTIBLE DE DEJAR HUELLA,

AUNQUE SE INTENTE BORRAR DESPUÉS,

O ESCRIBIR ENCIMA.

PIENSA EN LOS PALIMPSESTOS».



Lo supe.

Supe que Lucía quería a Pablo porque me lo había dicho ella. Bueno, no había dicho «querer», pero tampoco hacía falta.

En los mensajes que leí en mi móvil recién recuperado, Lucía me contaba que se había besado con Pablo. Sí, con el chico ese que tiene erecciones.

Me preguntaba —«tú que sabes de eso»— que si creía que la cosa podía funcionar, siendo ella tauro y él —«ya sabes» y una carita guiñando un ojo y sacando la lengua— virgo. (Yo, imbécil de mí, ya había pensado antes en lo increíblemente compatibles que eran virgo y cáncer.)

Y no me contaba más porque «bastante tendrás tú con lo de tu abuelo...».

Y eso que solo sabía la mitad de la mitad.

Porque a ella tampoco le había contado lo de mi madre.

Y sí. Lucía tenía razón. Bastante tenía yo con «lo de mi abuelo...». Con ver al abuelo malito, que era la sombra de lo que fue, y que lo tendrían que operar. Con hacer el paripé con mi hermano, que había vuelto del pueblo y no debía enterarse de lo que le pasaba a mamá. Con la pesada de la tía Pili, que no hacía más que dar la lata al abuelo. Con ver a mamá, que ya sabía que el abuelo se había puesto malo en el pueblo, tan cansada, tan dolorida, que no podía mover el brazo después de la operación, no podía ni abrazarme, y tan enfadada con papá porque no le hubiera contado antes lo del abuelo. Bastante tenía yo con acompañar a mamá a ver al abuelo, que fingía que lo cuidaba, y volvía a casa hecha polvo porque —le decíamos al Enano— había pillado una gripe en el viaje y había que dejarla descansar, y además le había dado una luxación en el hombro y no podía mover el brazo. Bastante tenía yo con dos cánceres de verdad, una gripe y una luxación de mentira y un curso a punto de empezar, me decía.

Y si alguna vez me sorprendía pensando en el chico de la escayola, me decía a mí misma que era solo por distraerme de todas las cosas horribles que me estaban pasando. Pero es que dime si es o no es como una incógnita sin solución, uno de esos acertijos a los que no puedes parar de dar vueltas: «Si P besa a L, ¿por qué P tiene una M en su escayola?».

Y empezó el curso y no fue mejor.

A mi abuelo le hicieron todas las pruebas, y resultó que no podían operarlo; mi madre había empezado con la quimio y mi hermano había empezado a tener unos misteriosos dolores de tripa que le llevaban a Urgencias cada dos por tres.

Intenta borrar eso. Táchalo. Porque a mí me encantaría.

Me encantaría tachar aquel septiembre entero. Tachar la imagen de mi abuelo, delgado como un pajarito. Tachar los mensajes de la tía Pili que inundaban el móvil de mamá recordándole todo el rato que el abuelo estaba fatal. Tachar los aullidos de dolor del Enano que me despertaban por la noche cada vez que le dolía la tripa (y cada vez era más a menudo), su cara de sufrimiento, abrazado a Oso. Tachar también esa otra cara con la que me miraban mis compañeros de clase.

Yo no les había contado nada, no. Pero la noticia voló. Mamá se lo había contado a otras madres del cole, que eran amigas, y esas madres a más padres y madres, y esos a sus hijos y...

La cara. Esa cara. La de «me das tanta pena que mejor no te miro». Ese apartar de ojos. Ese yo-sé-(aunque-debería-ser-«yo-creo-saber»)-por-lo-que-estás-pasando-pero-no-tengo-ni-idea-de-qué-hacer-o-qué-decir-así-que-mejor-no-me-cruzo-contigo-y-así-no-tengo-que-hacer-ni-decir-nada.

Eso, casi todos. Pero también hubo otras cosas. Recibí varios abrazos de los buenos, como el de Lara. Algunos me los esperaba. Otros me pillaron por sorpresa.

Recibí algún reproche: «¿Por qué no me lo has contado?». Esa fue Cecilia.

Me pareció fatal. Era como si encima me riñera.

Pero si lo pensaba, si pensaba en las razones por las que no había contado lo de mi madre, tampoco era capaz de explicarlo. Simplemente era así. No me salía.

Además, tampoco es que no se lo hubiera dicho a nadie.

Lo había contado.

A alguien.

Alguien que aquel septiembre me enviaba «quetales» de vez en cuando mientras otra persona le enviaba «tequieros».



Bueno, a ver, que así contado, parece como si yo fuera un monstruo de la promiscuidad.

Precisemos:

1. El pobre Pablo recibió UN «te quiero» desde Barcelona sin solicitarlo previamente.
2. El pobre Pablo, hijo de médico, curioso por naturaleza y consciente desde niño de las cuítas que provoca la enfermedad, se interesaba periódicamente por el avance (con suerte, por el retroceso) del cáncer de la madre y el cáncer del abuelo de la chica que quería borrar otoño.
3. Reenviar por Instagram cosas de Street Art Globe y fotos de bebés llama no cuenta como comunicación.

Comunicación habría sido que Marta me hubiera preguntado a mí qué tal estaba, porque vale que las cosas que pasaban en mi casa se quedaran en casa y no pasaran por un hospital, pero pasaban cosas.

Comunicación habría sido que Marta hubiera contestado alguna vez alguno de mis mensajes. Aunque fuera con una de esas caritas absurdas que tanto aprecia.

Pero en mi teléfono, cuando abría el chat con ella, a partir de aquella cita de Picasso y precisamente después del primer emoticono que había mandado en mi vida, todos los mensajes aparecían en el lado contrario: el

mío.

Y si yo seguía escribiéndole, si no me retiraba prudentemente por no parecer un pesado, era porque, aunque Marta no me dijera nada, sabía que le gustaba recibir mis mensajes.

Y lo sabía porque Lucía me lo había dicho.

25.

LA COMUNICACIÓN ES UN TOMA Y DADA.

HABLAS (O ESCRIBES) – ESCUCHAS – HABLAS – ESCUCHAS –

HABLAS – ESCUCHAS...

SI SOLO HABLA UNO, A ESO SE LE LLAMA

MONÓLOGO.

TODO EL QUE ESCUCHA

ESPERA EN CIERTA MEDIDA QUE

EN ALGÚN MOMENTO

SU INTERLOCUTOR LE ESCUCHE A ÉL.

25.1.

AUNQUE EL TÉRMINO «MONÓLOGO» RECIENTEMENTE

SE HA ASOCIADO AL HUMOR,

NO TODOS LOS MONÓLOGOS SON GRACIOSOS.

DE HECHO, LOS MONÓLOGOS ANTES

ERAN DE LO MÁS DRAMÁTICO,

DRAMÁTICO NIVEL QUITARSE LA VIDA (O NO).

EL FAMOSO «SER O NO SER, ESA ES LA CUESTIÓN» DE *HAMLET*

ERA UN MONÓLOGO.

SHAKESPEARE NO ESPERABA QUE NADIE SE RIERA AL OÍRLO.



¿Comunicación?

Espera que te cuento qué decía mi horóscopo sobre la comunicación aquel septiembre: «Cáncer, este septiembre se presenta muy interesante para ti. Ten muy presente la comunicación a lo largo de todo el mes, pues una buena comunicación, fluida, te ayudará en muchos campos de tu vida». Pero ¿cómo iba a fluir la comunicación si no podía hablar del cáncer de mamá con los abuelos ni con la tía Pili (aunque, mejor) ni con el Enano ni...? Y el Enano se iba a enterar. Iba a acabar enterándose, porque la noticia ya había corrido. Pero si había llegado hasta Barcelona. Lo sabía hasta Lucía, que su padre se había enterado porque se lo había contado no sé quién que era primo de no sé quién que trabajaba en el hospital. Lo sabía medio vecindario, y nosotros vivíamos a solo dos calles de los abuelos. Lo sabía medio colegio. Aunque, claro, mi hermano tampoco lo pisaba mucho. Empezó a faltar a clase porque tenía esos misteriosos dolores de tripa por la noche, y por la mañana no podía levantarse. Que esa es otra: lo de los dolores del Enano. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué, por más que probaran a darle medicinas, seguía doliéndole? Por más que mamá insistiera en que el cáncer no era contagioso, ¿cómo iba a saber yo que no era eso, que lo del Enano no era algo grave que ahora ellos me estaban ocultando?

¿Cómo podían haberle hecho ya no sé cuántas pruebas los médicos y no tener ni idea de lo que le pasaba? Que hasta llevaron cacas en un bote para que las analizaran. Y empezamos a comer raro, por si acaso. Por si los dolores de tripa eran que tenía una intolerancia a la leche, al gluten, a los pepinillos en vinagre... Yo qué sé. Y por mamá. Porque había encontrado un libro de recetas anticáncer, y fue entrar el libro en casa y salir el azúcar.

—¿Brócoli otra vez? —pregunté harta. Era un sábado.

Mamá suspiró y miró hacia mi hermano. Su gesto, unos enormes puntos suspensivos que significaban: «No te voy a volver a explicar lo maravilloso que es comer brócoli cocinado en vaporera de bambú porque está tu hermano delante y sabes que no puedo hablar a las claras del cáncer. No me lo pongas más difícil, por favor».

Y el Enano mustio, como una plantita sin regar. Que yo me quejaba cuando no estaba mal, pero ahora que se estaba tan quieto, tan callado, echaba de menos cuando le daba por hablar y no callaba. Qué le pasaría a Marcos. Era horrible saber que mamá y el abuelo tenían cáncer, pero era aún peor no saber qué tenía Marcos.

—Y de postre, alberges —anunció mi madre, como quien anuncia el premio gordo. Sabía que

me encantaba el albaricoque—. Aprovecha, Marta, que ya serán los últimos de la temporada. Se acaba el verano.

—¿Cómo? —pregunté.

—Hoy precisamente. Veintidós de septiembre —anunció mi madre—. Hoy empieza el otoño.

Y entonces recordé algo más que sucedía ese día. Era el último día de Virgo. A partir del siguiente entrábamos en la constelación de Libra.

Y pensé que no tenía ni idea de si se me había pasado el cumpleaños del chico que de vez en cuando me mandaba chorradas por Instagram.

Por un momento pensé si escribirle para felicitarle, quizá con retraso, o para preguntarle si ya había sido su cumpleaños.

Pero ese mismo día lo averigüé.

En el Instagram de Lucía.



No soy muy de colgar mi vida en Instagram.

No soy muy de selfis ni de postueros. Tengo que encontrar algo verdaderamente excepcional para que decida subirlo.

Supongo que si yo fuera tan guapo como Lucía (su belleza es un hecho objetivo), igual subiría más fotos mías. Es normal que ella lo haga. Es guapa, se hace fotos chulas, las comparte, a la gente le gustan, ella se siente bien al saber que sus fotos gustan, al saber que ella gusta. No se lo puedo reprochar. Es todo muy lógico y natural.

Lo que pasa es que sí me habría gustado que me pidiera permiso para poner esa foto en la que sale conmigo. Ella sale muy guapa, claro.

Seguro que eligió la foto donde sale mejor. Tampoco se lo puedo reprochar. Yo también, cuando miro una foto de grupo donde salgo, primero me busco a mí. Para ver qué tal he quedado. ¿No lo hacemos todos?

Pero yo en esa foto parezco un idiota, con ese sombrero de cumpleaños con velas en la cabeza que me había mandado por correo y que me obligó a ponerme. Además, mi cara aparece como grumosa porque la foto la hizo cuando hablábamos por Skype. Ella se hizo un selfi al lado de mi imagen en la pantalla del ordenador.

#tanlejostancerca fue uno de los hashtags que puso.

#cumpleaños, otro.



LAS HOJAS CAEN, LOS ÁRBOLES FLORECEN, LA TIERRA GIRA...,  
Y LO HARÍA AUNQUE NOSOTROS NO ESTUVIERAMOS DANZANDO ENCIMA.  
NUESTRO ÚNICO MÉRITO AL RESPECTO  
ES HABER BUSCADO UN BONITO NOMBRE PARA CADA COSA.  
«DÍA», «AÑO», «PRIMAVERA», «OTOÑO»...  
EN LA VIDA DE LAS PERSONAS  
TAMBIÉN HAY ACONTECIMIENTOS QUE SE REPITEN CÍCLICAMENTE  
(CUMPLEAÑOS, NAVIDADES, SANTOS...).  
EN ESOS MOMENTOS DE CAMBIO DE CICLO,  
LAS PERSONAS RECIBEN MÁS MENSAJES DE LOS HABITUALES,  
A VECES DE OTRAS CON LAS QUE NO TIENEN TANTO CONTACTO.  
SON OCASIONES PERFECTAS PARA  
ENTABLAR CONVERSACIÓN CON PERSONAS LEJANAS  
O DE LAS QUE NO SE TIENE NOTICIA HACE TIEMPO.



En mi último cumpleaños —nuestro último cumpleaños, el del abuelo y el mío—, hicimos una celebración a lo grande. La hicimos en mi casa, en Zaragoza, poco antes de ir al pueblo.

Mi abuela fue a Canudo y compró los banderines y los carteles de cumpleaños más bonitos de toda la tienda.

—Vas a comparar estos con los del Tiger —dijo toda orgullosa de nuestra casa-verbena.

Mis padres pusieron comida «para un regimiento».

Eso dijo mi abuelo. Eso y:

—¡Que no va a ser mi último cumpleaños!

Mi madre se echó a llorar. La pillé en la cocina. Estaba escondiéndose para que no la vieran. Yo pensé que era por el abuelo, porque tenía cáncer.

Yo aún no sabía —me lo dijeron al día siguiente— que ella también tenía cáncer. Aún no sabía que posiblemente estaba llorando también por ella misma.

Vamos por la vida dando por hecho que después de un cumpleaños viene otro, pero de repente el cáncer nos recordaba que algún día dejaríamos de cumplir años. Eso era el cáncer, una tarjetita de esas, un recordatorio. Vamos a morir todos. Solo que en los recordatorios suele poner la fecha de lo que sea, de la boda, del nacimiento..., y en este recordatorio de morirnos no tenemos ni idea de fechas, y además estamos dispuestos a creer que la nuestra será lo más lejana posible. Desde pequeña di por hecho que mis abuelos, mis padres, yo misma... viviríamos cien años. Y podría ser, me esforzaba en recordarme a mí misma. Porque el cáncer se cura, el cáncer se cura, el cáncer se cura, el cáncer se cura, el cáncer puede curarse..., me repetía como un mantra.


Como dijo el bruto del abuelo en el pueblo a uno mucho más joven que él cuando prácticamente le dio el pésame:

—Calla, que igual te mueres tú antes que yo.

Pero ahí estábamos, llorosos en un cumpleaños, en mi cumpleaños, en el cumpleaños del abuelo, con nuestros bonitos banderines y aquel recordatorio invisible de que teníamos los cumpleaños contados. No sabíamos cuántos, pero contados.

—El cumpleaños es una celebración de la vida —dijo mi padre poniéndose filosófico. No le pegaba nada. Y eso también tenía que haberme hecho sospechar, lo intensos y sentimentales que estaban mis padres. Pero entonces papá añadió—: ¡A brindar! Pásame el cava, Conchi —y ya eso me pareció más normal.

Y luego hubo risas. Porque siempre ha sido así en casa, antes y después del cáncer, una ristra de gritos, susurros, lloros, risas, mimos, broncas, y vuelta a empezar, que parecemos bipolares. Nosotros también tenemos nuestros ciclos.

Y será por eso, porque sentí que había llegado a un nuevo ciclo con el chico que cumplía años, por lo que le mandé un «Felicidades!!! ».

Pero pasaron las semanas y los únicos «ciclos» de los que se hablaba en casa eran los de la quimioterapia.

Yo al principio, cuando mamá me habló de los ciclos, pensé que tendría que ir varias veces al hospital a repetir el tratamiento, y estaba aterrada pensando en la que se nos venía encima: el juego del gato y el ratón. Con el Ratón, con mi abuelo. Ya veía a mamá esquivando al abuelo en un pasillo porque coincidía que los dos tenían quimio a la vez. Porque yo creía que los ciclos tenían que ver con repetir. Pero tenían más que ver con esperar, como casi todo.

Mamá iba al hospital a que le dieran la quimio. Primero le hacían un análisis. Esperaba el resultado. Si estaba bien, le daban la quimio. Luego esperaba tres semanas y volvía a pasar lo mismo. Y eso era el ciclo: enchufar la quimio y el tiempo de espera.

Esperábamos también a ver si al Enano no le dolía la tripa esa noche.

Esperábamos los resultados de su último análisis.

Esperábamos que el abuelo empezara con la quimio.

Esperábamos que no volviera a darnos otro susto como cuando se puso a vomitar sangre y tuvieran que ir mis padres corriendo a llevarlo al hospital. «Episodio de hemoptisis», apuntaron en Urgencias. «Episodio final», pensé. No fue así, pero la espera entre episodio y episodio se hacía más larga que una espera entre temporada y temporada.

Esperaba mamá horrorizada el día en que se le empezara a caer el pelo. «Según el médico, puede que hoy», dijo un día, y bingo. Aquel día, el cepillo se disfrazó de Chewbacca. Mamá me cogió un jersey con capucha, se la subió y no se la quitó hasta que Marcos se fue a la cama. «¿De qué vas disfrazada, mamá?», le preguntó el Enano. Mi madre le hizo un gesto que pretendía ser de rapero, pero que en realidad era de surfero. Al día siguiente, mientras el Enano estaba en clase, vino Rosa a casa, le rapó el pelo y juntas eligieron la peluca que siempre llevaría en presencia de Marcos.

Y, entretanto, entreteniéndome la espera, los wasaps de los valientes que se atrevían a preguntar qué tal, como Lucía, que me sorprendió para bien, porque empezó a escribirme más, y era la única amiga, con Lara, que me hablaba del cáncer como si fuera lo que es, o sea, una enfermedad, no necesariamente un drama. Bueno, ella y... Ella y él. Pablo. La diferencia es que yo los mensajes de Pablo no los contestaba.

Pero hacían que me sintiera menos sola.

Tu madre tampoco estaba sola en la sala de quimio. Junto a ella, en otros sofás, otros pacientes pasan las horas enchufados al gotero hasta que todo aquel líquido se mete en su cuerpo. Porque es líquido, sí, no un gas como tú imaginabas.

Tú querías saber si eso de la quimioterapia era tan malo como lo pintaban.

Hay quien tiene más miedo a la quimio que al bisturí. A la gente le suena a química, como si fuera algo malo, en lugar de medicina que damos para curar. Eso, y que antes tenía muchísimos efectos secundarios. Ahora los tiene, pero muchos menos. ¡Hasta una aspirina tiene efectos secundarios! Qué mala prensa tiene la química. Pero la química es buena, muy buena. Somos química, cuando nos enamoramos tenemos química. [El prefijo «quimio» te sonaba a gas asesino, confíesalo, Marta. Y eso que no te había contado cómo había nacido, en plena guerra. La primera quimioterapia fue el gas mostaza, un gas de la guerra. En autopsias de soldados y gente expuesta a este veneno, vieron que estas personas tenían menos células de la médula ósea y pensaron que se podía usar contra tumores de esas células, los linfomas y las leucemias.]

La quimio no entiende de células buenas y células malas. Ataca a las que se dividen más porque un tumor, un cáncer, es eso: células que crecen y crecen sin control. Por tanto, las células del tumor son las más sensibles a la quimio. Otras células sanas que se dividen mucho también son sensibles, como las del pelo. Por eso se cae con muchos de estos tratamientos.

Para dividirse, las células deben copiar el ADN, y muchas quimios van a atacar ese proceso de copiado. Al ADN a veces le pasa como a un ovillo de lana o a los cables de los auriculares, que se hacen nudos y se enrollan. Algunas moléculas lo desenredan para que los genes puedan funcionar y copiarse. Inhibirlas con quimio es como poner

un palo en los radios de la rueda de una bicicleta, esa en la que pedalean las células tumorales. Otros tratamientos hacen que se peguen las hebras de ADN e incitan a la célula tumoral a suicidarse. La función de otra quimio muy común es unirse a los microtúbulos, esa especie de cuerdas que hacen que los cromosomas se separen en el proceso de reproducción (la mitosis) correctamente. Les genera un caco en el tira y afloja del reparto de los cromosomas durante la mitosis que hace que muchas células terminen inmolándose. [Creo que con todos esos nombres que usé te confundí, Marta. La palabra «cromosoma» debía de ser la única que recordabas de tus clases de biología. Pero entonces dijiste que básicamente para tratar el cáncer de tu madre íbamos a convertir el ADN de sus células tumorales en ovillos enredados, pegar sus fibras y hacer que repartiesen mal los cromosomas para matarlas. Lo entendiste.]

Las quimios se comparan con cañonazos, pero son cañonazos que funcionan y que sabemos disparar. Hay de más tipos. Los fármacos de ahora son más como misiles teledirigidos, contra objetivos concretos. Hay otros tratamientos como la radioterapia, la inmunoterapia... Contamos con un arsenal cada vez más grande, variado y mejor.

mb

Lucía me bombardeaba a mensajes de forma también variada: escribía por WhatsApp, Snapchat, Instagram... Los últimos mensajes tenían un objetivo concreto: teníamos que vernos. Ella había estado a punto de venir a Madrid con su padre, pero al final no había podido ser. Decía que ya no podía esperar más. Yo también tenía ganas de estar con ella, de verla, muchas.

Y entonces propuso vernos en Zaragoza, a mitad de camino entre Barcelona (donde estaba ella) y Madrid (donde vivía yo).

«¿¿¿Y si nos vemos en Zaragoza???».

Fue una enorme casualidad que justo en ese momento, encima de su propuesta, apareciera el mensaje de la chica de Zaragoza que se dedicaba a esperar.

«Felicidades!!! 🍦🍦🍦.»

Una casualidad y una sorpresa. No lo esperaba, después de tantos mensajes sin contestar.

De vez en cuando había preguntado a Lucía si sabía algo de Marta. Ella me iba contando. Ya se había enterado de que su madre también tenía cáncer. Se escribían a menudo. Una vez me dijo que Marta le había dicho que yo le había escrito.

«Sí, claro. A veces le pregunto qué tal. Pero no responde.»

«Ah.»

«¿Le molesta que le escriba?»

No soporto la idea de resultar pesado.

«¿A quién? ¿A Marta?»

«Claro, ¿a quién va a ser?»

«No. «Al contrario.»»

Y se quedó en silencio.

Yo no pregunté más.

La verdad es que no se me ocurrió preguntar a Lucía si era a ella a la que le molestaba que yo escribiera a Marta.

Pero algo noté. Me pareció que no le gustaba que le hablara del asunto. Así que no volví a sacar el tema. Lógico, ¿no?

Por eso, cuando Marta me felicitó por mi cumpleaños, yo no se lo comenté a Lucía, igual que tampoco le comentaba cada vez que mi madre me interrumpía preguntándome algo o cada vez que me rascaba detrás de la oreja. Terminé de hablar con Lucía, fantaseamos con la idea de vernos un fin de semana en Zaragoza, y cuando, después de mandarnos varios besos (pero no era lo mismo que dárnoslos), nos despedimos, respondí a Marta.

Y fue por eso, por no molestar, por lo que tampoco comenté a Lucía que, a partir de entonces, las conversaciones entre Marta y yo dejaron de ser monólogos y pasaron a repartirse de forma más o menos equitativa entre el lado derecho y el izquierdo de la pantalla de mi móvil.

Tampoco tenía tanta importancia. ¿O sí?

27.

SI TODAVÍA NO TIENES UN GRAN DOMINIO DE LA CONVERSACIÓN,  
ES MEJOR QUE NO INTENTES MANTENER MÁS DE UNA CONVERSACIÓN

AL MISMO TIEMPO,

NI A DISTANCIA NI EN PERSONA.

HABLAR, CHATEAR, WASAPEAR... CON ALGUIEN

REQUIERE GRANDES DOSIS DE ATENCIÓN.

RECUERDA LA CANTIDAD DE VECES QUE,

AL HABLAR CON ALGUIEN A DISTANCIA,

TE HAS DADO CUENTA DE QUE ESTABA OCUPADO EN OTRA COSA  
(MIRANDO ALGO EN EL ORDENADOR, LA TELE, TENIENDO  
OTRA CONVERSACIÓN A LA VEZ...).

ES FÁCIL DARSE CUENTA, ¿EH?

TAMBIÉN LOS DEMÁS SE DARÁN CUENTA DE SI TÚ NO ESTÁS EN LO QUE ESTÁS.  
LA GENTE NO TIENE NI UN PELO DE TONTA.

POR TODO ESTO:  
CONVERSACIONES, MEJOR DE UNA EN UNA.

27.1.

AMORES, TAMBIÉN.





Mi madre ya no tenía ni un pelo, ni de tonta ni de lista.

Mi abuelo tampoco, pero el abuelo ya era calvo. No cambiaba tanto respecto a antes.

Salvo por lo de las pestañas y las cejas. Prueba a imaginarte tu cara sin tus cejas. Ya no es tu cara. Es un borrador.

Pero el que tenía unas bonitas cejas, unos pestañones como los que tenía mamá antes y un pelazo, porque siempre habían dicho de él que vaya pelo bonito tenía, era el Enano. Pelo bonito, sí; pelo de tonto, no.

Se había resuelto el misterio.

Los dolores de tripa.

Ya no tendría que seguir yendo a la unidad de digestivo. Lo que le pasaba lo descubrieron en otra unidad: psiquiatría.

No sé si el Enano se dio cuenta de que habían cambiado de «sección».

Recuerdo que mamá me contó que supo que tenía cáncer antes de que se lo dijera el propio médico porque la citó en oncología. Cuando entró en la consulta, antes de que el médico dijera nada, mamá ya estaba llorando.

No sé si el Enano lloró en la consulta de psiquiatría. Pero sé que allí encontraron el origen de todos sus males.

—Es ansiedad —me explicó papá—. Creímos que era lo mejor, pero por lo visto...

—¿Que era lo mejor qué?

—No contarle nada de lo del cáncer de mamá. Nos dijeron que se lo contáramos, pero pensamos que estaría más tranquilo y más feliz sin saberlo.

«¿Y yo? —pensé por un momento—. ¿Y mi tranquilidad y felicidad? A mí que me zurzan, ¿no?»

—Pero tu hermano no es tonto. Se oía que pasaba algo. Lo notaba. Por más que mamá llevara la peluca puesta en casa todo el día. Y como no le contábamos nada, era aún peor.

Bueno, vale, igual no tenía nada que envidiar a mi hermano. Igual es mejor estar en el ajo que estar en la inopia. Aunque sea un ajo difícil de digerir.

—Tendríamos que haberle dicho la verdad desde el principio.

Papá se quedó callado un momento, pensando cuál era la verdad o cuál era la verdad que me iban a contar a mí. Yo ya no me fiaba de aquellos dos.

—Le teníamos que haber dicho que mamá tiene cáncer y que se va a curar. Y que el abuelo

también. Y ahora tu hermano también se va a curar.

—¿Ya no tendrá más dolores de tripa? —pregunté.

—Hombre, si se atiborra a tortitas con chocolate, igual sí.

Papá lo decía porque yo una vez me puse a morir después de comer diez tortitas con chocolate.

Sonreí.

—Marcos va a ir a un psicólogo. Y... Bueno...

Parecía que le costaba decirlo.

—¿Y tú? —me preguntó al final—. ¿Tú cómo estás?

Supongo que me quería preguntar si yo también necesitaba ir al psicólogo.

Supongo que al psicólogo vas cuando necesitas hablar con alguien.

Pero yo ya estaba hablando con alguien.

Puede que no tuviera un diploma de grado, máster o doctorado en Psicología colgado en la pared, pero confieso que me hacía sentir bien.

Y eso le dije a mi padre:

—Yo... Yo... estoy bien, papá. Todo en orden.

Nos reímos, porque eso era lo que siempre decía el abuelo.

Y a partir de aquel día, mamá dejó de llevar la peluca por casa y empezó a llevar aquel pañuelo-gorrito que tanto me gustaba atarle como si fuera una actriz antigua.



Me contaba cosas. No todas eran sobre el cáncer de su madre o de su abuelo.  
Algunas sí.

Me contó cuando se probó la peluca de su madre. Tenía flequillo. Decía que con ella su madre estaba más guapa que con su pelo de verdad. Me mandó una foto. Era cierto.

Me contó que su abuelo era tan despistado que, cuando por fin su madre apareció en su casa, después de varios días sin verla (ella había evitado ir para que los abuelos de Marta no se enteraran de que tenía cáncer), ni se fijó que llevaba peluca.

«Pero, entonces, ¿aún no habéis dicho nada del cáncer de tu madre a tus abuelos? ¿A tu abuela tampoco? A ver si van a empezar con misteriosos dolores de tripa como tu hermano...»

«Ya. Yo creo que en cualquier momento nos van a pillar y va a ser peor. Lo de mi madre empieza a saberlo la gente, y alguien meterá la pata, ya verás. El otro día casi mi abuelo la pilla. Fue a acompañarlo a quimio y una voluntaria del hospital le dijo: "¡Hombre, Silvia! ¿Ya estás por aquí otra vez?". Menos mal que, al ver la cara de mamá, dijo: "Perdón, me he equivocado". Pero qué casualidad equivocarse de Silvia... Eso, si no acaban coincidiendo en el hospital. Aunque mi madre se sabe las citas del abuelo y las va cuadrando, mejor dicho, descuadrando con las suyas. No veas qué control lleva.»

«Entonces, ¿no se lo piensa decir?»

«Mi madre dice que, de poder elegir, ellos elegirían no saberlo. Que los conoce. Yo a veces pienso que nadie conoce a nadie.»

Que es algo que yo también he pensado más de una vez.

Pero antes de que pudiera darle la razón, saltó una de sus paridas, porque con ella siempre era así: decía algo profundo y era como si se asustara y salía de esas profundidades de un salto con una tontería.

«Menos a ti. A ti te conoce todo el pueblo. Eres virgo. Un virgo de manual».

La chica cáncer me contó que una vez a su madre el cierzo se le llevó la peluca volando mientras esperaban el tranvía.

«Tenías que haber visto la cara de los que estaban esperando el tranvía. Y la peluca. Parecía una de esas bolas que cruzan el desierto.»

«Capitana. Mi abuela las llama "capitanas".»

Marta mandó tres caritas riendo. Después estuvo un minuto sin escribir nada, pero al final recibí otro mensaje suyo.

«¿Sabes? Eres tan raro que no me siento mal riéndome de esto contigo.»

«¿Soy raro? No lo sabía.»

Marta siguió escribiendo.

«No sé. Es como si la gente esperara que estuviera todo el rato triste.»

Supongo que la chica cáncer se veía obligada a cumplir con las expectativas de los demás, componer un personaje dramático ad hoc.

«Pero tú no. Los virgo parecen fríos, como si no tuvieran sentimientos. Igual es por eso. Porque, como no tienes sentimientos, no juzgas los sentimientos de los demás. Lo malo de la gente que tiene sentimientos es que espera que tú tengas los mismos que ellos. No sé si me explico. Pero... A tu lado, se puede ser un salvaje emocional.»

Intenté defenderme de la salvaje emocional aquella.

«Eh, que yo tengo sentimientos.»

Ella se quedó un rato en silencio. Al final respondió.

«Sí, claro. Por Lucía.»

Y luego mandó un montón de corazoncitos.

Eso fue raro, porque teníamos un tabú, y no era el cáncer. Del cáncer hablábamos. De Lucía, no.

Yo no supe qué decirle. ¿Qué mandarles? ¿La carita sonrojada? Ese soy yo. No hizo falta. La salvaje emocional siguió escribiendo.

«Por cierto, ¿no habíais hablado de veros en Zaragoza?»

28.

LAS PERSONAS SOMOS CAPACES DE SENTIR LO QUE OTRAS PERSONAS SIENTEN.

ESTÁ DEMOSTRADO CIENTÍFICAMENTE:

NUESTRO CEREBRO PUEDE ACTUAR COMO ESPEJO

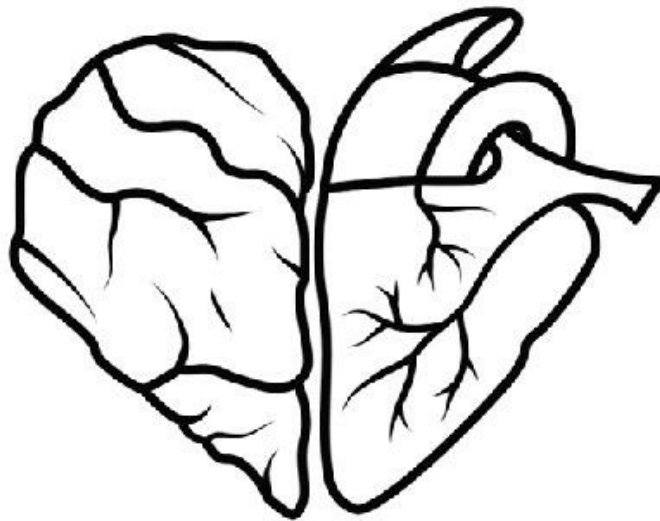
DE LOS SENTIMIENTOS DE LOS DEMÁS.

POR ESO, CUANDO VEMOS UNA DESGRACIA EN UNA PELÍCULA

O EN UN LIBRO, LLORAMOS.

TODO EL MUNDO, EXCEPTO GENTE CON TRASTORNOS ANTISOCIALES,

TIENE ESTA CAPACIDAD, LLAMADA EMPATÍA.





Yo seguía yendo con el abuelo al cine. Como siempre, solo que ahora en taxi.

La primera vez que pisé un cine fue con él.

Fuimos a ver *Up*. Cuando se apagaron todas las luces, a mí me entró miedo y me eché a llorar. El abuelo me sentó encima y vimos toda la película así, juntos, yo sentada en sus rodillas. Cuando acabó la película, tuvimos que esperar para salir porque al abuelo se le habían dormido las piernas. «Ay... Uf... Ay...», se quejaba.

Cuando volvimos de ver la última de Woody Allen, llegué a casa y me encontré a mamá y a la abuela muy serias. Mientras nosotros estábamos en el cine, ellas se habían ido a hacer recados. Había varias bolsas en el suelo y, en el aire, una sensación extraña. Se notaba que estaban hablando de algo y que se habían callado de golpe nada más entrar nosotros. Al menos yo lo noté. No sé el abuelo.

Él comentó como si nada, a modo de saludo:

—Este chico cada vez va a peor.

—¿Qué chico? —preguntó la abuela.

—El Woody Allen.

Mamá ofreció al abuelo un *smoothie* de brócoli, jengibre, apio, remolacha o no sé qué cosas sanísimas.

—¿Un qué? —preguntó el abuelo.

Cuando mamá se lo explicó, el abuelo respondió:

—Para mí, las verduras, rehogadas y con ajo.

—Papá, tienes que cuidarte...

En esos puntos suspensivos cabían los ochocientos reproches que ya había recibido el abuelo desde que le dijeron que tenía cáncer. Por tomar vino, por tomar pan, por tomar sal, por tomar flan, por no tomar...

La abuela estaba obsesionada con que el abuelo comiera, ella, que todo lo solucionaba con comida. «Tranquilidad y buenos alimentos» era su lema. Le hacía croquetas, porque al abuelo le encantaban. Se iba hasta el bar El Circo a comprarle la ensaladilla rusa, su favorita. Pero el abuelo no engordaba ni a tiros.

—Deja, deja, hija —dijo la abuela—. Ya le doy de cenar en casa. Cuídate, cariño.

Dio dos besos a mamá, arrampló con las bolsas de la compra y con el abuelo y se fue hacia la

puerta de casa, pero antes de salir se volvió hacia mí, me miró a los ojos y me dijo:

—Cuida a tu madre, cariño.

Y cerró la puerta.

—¿Qué le pasa a la abuela? —pregunté cuando creí que ya no podía oírnos.

Mamá se quitó la peluca.

A mí todavía me daba cosa verla así.

Por lo menos, por la calle no iba sin peluca.

—Lo sabe.

Nuestra caja de ahorros de preocupaciones se desmoronaba poco a poco. Ya me parecía a mí que no era un sistema muy seguro. Era como esas inversiones de alto riesgo, y cuanto más tiempo pasara desde el secreto hasta el momento de averiguarlo, más grande sería la caída. Seguro que alguien dotado para las matemáticas —y no miro a nadie— sería capaz de hacer una fórmula de esto.

—Lo ha sabido desde el principio —dijo mamá—. No había dicho nada, pero lo sabía. Sabía que yo estaba mal.

—Pero ¿cómo sabes que lo sabe? ¿Cómo te has enterado? —pregunté—. ¿Se lo has contado tú y entonces te ha dicho que ya lo sabía?

—Qué va —contestó mi madre—. Solo me ha dicho: «¿Tú estás bien, hija?». Y yo... Y... Y entonces me ha dicho que lo sabía. Que le contara los detalles, pero que lo sabía. Las madres lo sabemos todo.

Y mi madre me miró como si estuviera leyendo por telepatía todos los wasaps de mi móvil y el historial entero de Instagram y todos los snaps, incluidas las historias desaparecidas, y también todo lo que no escribía ni decía, lo que solo pensaba, lo que no compartía con nadie.

Lo que pasa es que luego me enteré de que eso de la omnisciencia de las madres es un bulo. No es que la abuela supiera lo de mi madre (su hija) por ciencia infusa, por no sé qué intuición infalible que mi madre quiso hacerme creer que tenían todas las madres del mundo. No. A la abuela se lo había soltado una amiga, que se había enterado por su hija, que es madre de un compañero de clase del Enano.

Mejor, porque eso significaba que entonces mi madre, por mucho que me mirara a los ojos como una vidente en acción, no tenía ni idea de que yo había maniobrado con Lucía para darle la coartada de venir a Zaragoza supuestamente a verme a mí, la pobrecita de mí, cuando en realidad a quien vería sería a Pablo.

Y —en el apartado de cosas-que-no-compartes-con-nadie— tampoco tenía ni idea de lo mucho que eso me fastidiaba.

Con lo poco que me gusta mentir a mí. Pero Lucía insistía.

«Que no es mentir».

«Bueno, pues ocultar la verdad. Lo mismo me da.»

«No es lo mismo.»

Lo que Lucía pretendía era que yo me escaqueara el máximo número de horas posible para estar con ella. Pero no era tan fácil. Íbamos a Zaragoza de visita familiar, por el cumpleaños de mis primos, los gemelos.

«Pero ¿qué digo?»

«Pues no sé, di que te vas al cine y vienes conmigo, y así no mientes.»

«Sí, a ver esa película tan interesante que han estrenado en Zaragoza, pero no en Madrid.»

Era una gracia, pero por lo visto Lucía no se la encontró. No se rio. Al final le di la razón.

«Vernos a oscuras me parece un buen plan», admití.

Lucía, entonces sí, se rio.

Yo solo puedo hablar por mí mismo, en primera persona del singular. No por egoísmo, es por amor a la precisión y la verdad. Nunca puedes estar seguro de si puedes meter a otra persona en el mismo pack. Pero esta vez estoy seguro cuando digo, en primera persona del plural: qué ganas teníamos de estar juntos.

Lucía escribió al cabo de un rato.

«Pues si no se te ocurre nada mejor...»

«¿Qué?»



Parecía que Lucía tenía un plan, pero se resistía a contármelo.  
Tardó en contestar.

«Siempre podemos compartir mi coartada.»

Compartir la coartada de Lucía...

La coartada de Lucía era Marta.

Lucía me estaba proponiendo, a regañadientes, compartir a Marta.

29.

(AMPLIACIÓN DE LA LECCIÓN 7.)

ALGUNAS PERSONAS NO DICEN LAS COSAS QUE LES MOLESTAN.  
PERO SU TONO, SU LENGUAJE NO VERBAL, LA FORMA DE HABLAR,  
SUS SILENCIOS...

PUEDEN DARTE PISTAS DE SU POSIBLE MALESTAR.

EN CASO DE DETECTARLO,

PUEDES INTENTAR EXPONER TUS SOSPECHAS A TU INTERLOCUTOR.

NO DESCARTES QUE,

AUNQUE LO NIEGUE

(«¿A MÍ? ¿POR QUÉ IBA A MOLESTARME?»),

TUS SOSPECHAS SEAN CIERTAS.



Ahora lo veo claro. Se ve que aquella iba a ser la conversación en la que ibas a pedirme permiso para usarme como coartada. Pero no llegaste a decirlo.

«Dice Lucía que les diga que voy al cine.»

«Sí, claro. A ver el típico estreno mundial que llega a las pantallas de la inmortal ciudad de Zaragoza antes que a Madrid.»

Tú casi no me dejaste terminar.

«¡Lo mismo le he dicho yo a Lucía! ¡Lo mismo!»

Intercambiamos unas cuantas caritas riendo. Luego hubo un silencio.

Y entonces fui yo la que te hice una propuesta.

«Ven a verme a mí».

Hubo otro silencio.

«¿Cómo?»

«Digo que digas que vienes a verme a mí. Utilízame de excusa. Ahora mismo soy una buena excusa. Doy pena.»

Y como tú seguías callado, me embalé a contarte cosas que no venían a cuento.

«Yo no lo he elegido, pero es así. ¿Qué le voy a hacer? ¿Cabrearme? Es una opción. Y otra es sacarle partido. Mira, mi madre lo hizo el otro día. Quería devolver una camiseta en Zara y se había pasado el plazo de devolución. Entonces les vino con el cuento del cáncer y la quimio, bueno, el cuento..., tú ya me entiendes, y que si no he podido y que qué más quisiera yo y... ¡Camiseta devuelta!»

Lo que tú no me decías, mientras estabas callado, es que tú y Lucía ya habíais estado barajando esa opción, la opción de la «pobrecita Marta». Pero que ninguno de los dos, ni tú ni ella, había tenido aún las narices de pedírmelo. Y, oh, qué suerte, ahora nadie tendría que andarse con tiento para proponérmelo sin que yo me sintiera utilizada, porque yo misma os lo había puesto en bandeja.

«Entonces... De verdad... ¿No te importaría quedar conmigo? Digo, decir que has quedado conmigo para que yo pueda quedar con Lucía.»

Yo mentí.

«No, claro.»



Tardé en hablar con mi madre porque pensé que se iba a cebar más conmigo, la verdad.

Creo que ella y mi abuela seguían pensando que a mí me gustaba «la chica del Garbanzo», que diría la abuela. Así que cuando, después de días dándole vueltas, me armé de valor y, rojo como un tomate, le propuse a mi madre aprovechar la visita a Zaragoza para ver «un momento» a «Marta, ¿te acuerdas?, la chica del pueblo», me esperaba algo de sarcasmo y resistencia.

Pero lo que me encontré fue:

—Sí claro cómo no me voy a acordar te puedes creer que me enteré el otro día de que su madre también tiene cáncer ay pero no digas nada que por lo visto su abuelo no lo sabe ay y qué tal estará él tendría que haberles llamado bueno tendría que haberles llamado tu padre que para eso es él el que es del pueblo pero tu padre va a lo suyo mira menos mal que en eso no te pareces a él vamos que me parece estupendo que quedes con ella.

Así, seguido, sin comas, sin puntos, sin respirar.

Y entonces respiré yo.

Y así fue como me encontré un sábado de octubre en Zaragoza, quedando con una chica con la que quería quedar y con una chica con la que tenía que quedar como retorcida excusa para ver a la otra chica, con un plan que hacía agua por todas partes, un plan condenado de antemano al desastre.

ANTE UNA CONVERSACIÓN, UNA PROPUESTA...  
A VECES ESA POSIBLE REACCIÓN TE PUEDE PRODUCIR MIEDO.  
PERO QUE ESE PRE-JUICIO NO TE BLOQUEE.  
LAS PERSONAS A VECES TE SORPRENDEN  
Y SE MUESTRAN MÁS COMPENSIVAS DE LO QUE UNO PODRÍA ESPERAR.  
EN PRINCIPIO.



Lo que no conté a los «tortolitos» fue que casi no puedo ser su excusa y que si estuve borde fue por lo que pasó solo una hora antes de quedar con ellos.

Supongo que estaba nerviosa por lo que no podía contar, y eso que, con el cáncer de mamá, ya estaba entrenada. Aunque la abuela ya lo sabía, habían pactado no decírselo al abuelo. «Por su bien.» Y ahora Lucía venía a pasar el fin de semana en casa para estar conmigo y yo sabía que al cabo de un rato, casualmente, iba a recibir un wasap muy casual en el que ese chico del pueblo, el nieto de Fina, sí, el virgo del baile, decía que casualmente también estaba en Zaragoza y, mira, podríamos vernos, qué casualidad, los tres; sí, podríamos ir al cine. Porque era mejor proteger ante los padres de Lucía y también ante los padres de Pablo sus coartadas, que eran la misma: yo. La pobrecita de mí. Y así nadie mentía.

Total, que dentro de nada iba a ver al chico que *tenía* que quedar conmigo para ver a la chica a la que *quería* ver, y yo, entre unas cosas y otras, estaba nerviosa.

Papá había ido a buscar a Lucía a la estación y yo me había quedado acompañando a mamá, que no se encontraba muy bien. Y entonces mamá se quejó por milésima quinta vez de que yo no había fregado, y de lo cansada que estaba, y de que yo no hacía nada para ayudarla, encima de que estaba enferma, que yo creo que fingía estar peor de lo que estaba, porque ya me lo había dicho Julio, que la quimio tan mal, tan mal no sentaba.

Y ahora, te lo pido por favor, ejercita esa cosa llamada empatía. Ya sabes, eso del lado ese del cerebro. Ponte en mi lugar. Ponte en el lugar de la hija responsable que cuando no está estudiando, está fregando los baños o visitando a su abuelo enfermo sabiendo que está enfermo o preparando un bocadillo a su hermano pequeño o haciéndose un selfi con una «amiga» para que ella se lo mande a su madre y vea lo «bien» que lo están pasando, lo mucho que apoya a la «pobrecita». Y esa pobrecita, esa bomba era yo y exploté.

—¡Te aprovechas de la situación! —le grité a mi madre—. Haces que todo ¡TODO! lo que te pasa tenga que ver con el cáncer. ¡Y no, mamá! Hay más cosas en la vida que el maldito cáncer.

Mi madre me miró como si fuera un monstruo. Eh, yo también sé ejercer la empatía. No niego que para ella, en ese momento, yo actuaba como un monstruo. Ni me contestó. Y eso, ese silencio de víctima con el que se cubría de razón, me enfureció aún más. El silencio de las víctimas produce monstruos.

—De verdad, yo no sé si es la medicación o qué, pero no hay quien te aguante. De repente estás

genial y supercariñosa y de repente estás fatal.

Era así. Mi madre parecía una cáncer bloqueada de libro: «Un signo de cáncer bloqueado cambia bruscamente de estado de ánimo, a veces sin motivo aparente; se queja a menudo porque las cosas no se hacen como esperan o como se hacían en el pasado; reacciona de forma desproporcionada ante nimiedades...». Solo que mi madre era Piscis. Que, claro, los Piscis, también tienen sus cambios de humor. Igual es porque también son un signo de agua... Pero lo de mi madre era exagerado hasta para un Piscis, ¡hasta para un cáncer bloqueado! Tan pronto estaba en una nube como decía estar fatal.

—Bueno, fatal... —seguí diciéndole—. Que tienes unas llagas en la boca y parece que se acaba el mundo.

Mi madre seguía en silencio, alimentando mi rabia.

—Has cambiado, mamá. Mucho. Y si al menos hubieras cambiado como el abuelo, para bien. Pero no. A ti el cáncer te ha cambiado para mal.

Mi madre se incorporó un poco y dijo con ese sarcasmo solo aparentemente sereno que se gasta:

—Vaya, qué casualidad. ¿Así que todo lo que hace el abuelo es maravilloso?

—¡Pues sí! —contesté—. Los dos estáis con quimio, ¿no? Y tú venga a quejarte del sabor tan asqueroso que te deja. ¿Te crees que al abuelo le gusta? Pues no, pero mira lo que hace. Se enjuaga con Coca-Cola hasta que le lloran los ojos. ¡Y dice que le encanta hacerlo!, que le quita el óxido metálico o no sé qué, que se siente humano enjuagándose una y otra vez. Más de cuarenta minutos he visto al abuelo enjuagándose con Coca-Cola como si fuera un anuncio de la chispa de la vida. No como tú, todo el rato quejándote.

Mi madre me miraba muy seria, en silencio, con esos ojos que, sin pelo, parecían mucho más grandes. Su mirada me hizo sentir ridícula con mi jersey de «Girls do not dress for boys», pero es lo que había decidido ponerme para mi no-cita con el-chico-que-tenía-que-quedar-conmigo-para-quedar-con-quien-quería.

Seguí contándole todas las cosas buenas que hacía el abuelo (los paseos, nuestras salidas al cine...), le dije que se notaba que el abuelo intentaba llenar lo que fuera que le quedara de vida de cosas bonitas, y que por eso iba al cine con él y hacíamos cosas chulas, en lugar de fregar y barrer y cocinar y... Era una chorrada, pero le conté entonces la anécdota de cuando en el pueblo estábamos a punto de encontrarnos con la pesada aquella y el abuelo la evitó.

—¿Ves? En vez de estar todo el día quejándose como tú, el abuelo intenta disfrutar de cada minuto. ¡Eso! ¡Eso es lo que tendrías que...!

Pero mamá no me dejó terminar. Soltó una risotada de película de terror.

De esas que dicen que te hielan la sangre.

—No tienes ni idea, hija —dijo luego, y no quedaba ni una pizca de risa en su voz, ni un amago

de sonrisa en sus labios—. Tu abuelo SIEMPRE ha sido así. De toda la vida. No soporta a los pesados. Siempre se ha quitado de encima a la gente latosa así —chasqueó los dedos—. ¿No ves que, si no, no terminaba a tiempo el reparto?

(El abuelo había sido cartero.)

Mi madre me miró a los ojos y me señaló con el índice.

—¿Sabes qué estás haciendo tú ahora, eh, Marta? Estás haciendo justo lo que me acusas de hacer a mí. Eres tú la que interpreta todo a la luz de la enfermedad.

Sonó un aviso de WhatsApp en mi móvil.

Ni lo miré.

Había dos universos: uno en mi casa y otro ahí fuera.

Y mi madre me tenía sujeta al universo que menos me apetecía habitar en ese momento.

—Qué bien te ha venido esto del cáncer —dije con toda la tranquilidad que fui capaz. El uso del sarcasmo lo aprendí de ella—. Cómo te gusta ir de víctima por la vida.

Y mi madre me arreó un bofetón.

Una hora después, borde, amargada y triste, estaba en el cine, intentando dejar atrás ese universo donde habían colisionado dos astros, fingiendo una sonrisa en un selfi en el que aparecíamos Lucía, Pablo y yo.

Pablo, en medio.

De mi jersey solo se leía la primera línea: «Girls do not».

Es increíble la cantidad de combinaciones que se pueden hacer con solo tres cuerpos. En el universo pueden adoptar infinidad de posiciones, pero tres cuerpos alineados, Sol-Tierra-Luna, son responsables de los eclipses.

Y el cine era un universo en el que tres cuerpos con sus respectivas masas ponían a prueba las leyes de la física y concretamente la ley de gravitación universal.

Se supone que la fuerza ejercida entre dos cuerpos de masas  $m_1$  y  $m_2$  separados una distancia  $r$  es proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que las separa: vaya, que cuanto mayor es su masa y más cerca estén, con más fuerza se atraen.

Pero...

No voy a entrar en el tema de la masa. Sé cuál es mi masa. No pienso ponerme a calcular ahora la masa de Lucía o la de Marta, aunque calculo que serán parecidas, porque Lucía es más alta, pero también más delgada.

Lo de la distancia era mucho más evidente. Yo estaba pegado a Lucía. Digamos que nuestra distancia era cero. Teníamos los asientos pegados, las rodillitas (mi izquierda y su derecha) pegadas, los codos pegados, los brazos pegados, a ratos la cabeza... Marta se quedó cuatro filas de asientos más atrás. Dudó de si sentarse delante de nosotros. De hecho, primero se colocó delante. Luego, antes de que empezara la película, se cambió y se fue atrás. No justo detrás. Estaba en diagonal. La sala estaba medio vacía y, aunque teníamos los asientos asignados, había cierto margen de maniobra. En el universo, me temo que la posición de los cuerpos no es algo tan flexible.



Y aunque las normas que rigen el universo, las normas que dicen que, a igualdad de masa, un cuerpo se siente más atraído por otro que está más cerca que por otro que está lejos, algo estaba fallando. No era exactamente así.

Porque el caso era que yo sentía la suavidad del tacto de Lucía, y era agradable. Y el olor de su pelo, y era agradable. Y oía su risa, y era agradable. Y veía su perfil, en la penumbra, tan guapa, porque estaba muy guapa. Pero cada vez que me giraba hacia ella, algo, una extraña fuerza, atraía mis pupilas hacia la derecha, y con el rabillo del ojo, sentía, en diagonal, cuatro filas más atrás, la presencia de Marta, la chica taciturna (yo diría más «taciturna» que «borde») que parecía estar en otra parte. Yo también soy taciturno a veces.

Me sentí mal por Lucía, pero en un momento dado, me pregunté si la chica con la que quería quedar no sería precisamente la que estaba más lejos de mí.

Alguna de las veces que la miré de reojo, me pareció que ella también me miraba. Como si, pese a la distancia, nuestros cuerpos se sintieran atraídos.

No se puede fiar uno ni de las leyes del universo.

31.

SE LLAMA «TACITURNO» O «TACITURNA» A UNA PERSONA TRISTE, MELANCÓLICA.

PERO TAMBIÉN SE LLAMA «TACITURNO» A ALGUIEN CALLADO,

SILENCIOSO, ALGUIEN A QUIEN NO LE APETECE HABLAR. DICEN QUE EINSTEIN ERA TACITURNO DE PEQUEÑO (DE HECHO, YO APRENDÍ ESA PALABRA EN UNA BIOGRAFÍA DE EINSTEIN), LO CUAL ES UNA PRUEBA DE QUE EL HECHO DE QUE UNO NO HABLE NO SIGNIFICA QUE NO TENGA NADA QUE DECIR. TAMPOCO CONVIENE CAER EN EL OTRO EXTREMO:

DOTAR AL SILENCIO DE UN PRESTIGIO AUTOMÁTICO AL ASUMIR QUE ALGUIEN ES INTELIGENTE SOLO PORQUE PERMANECE CALLADO. EN CUALQUIER CASO, RECUERDA EL CONSEJO DE MARK TWAIN (¿O ERA DE GROUCHO MARX?):

«ES MEJOR TENER LA BOCA CERRADA Y PARECER ESTÚPIDO QUE ABRÍRLA Y DISIPAR LA DUDA».



Aquella noche yo cerraba los ojos y veía delante de mí, como si la oscuridad de mis párpados fuera la penumbra del cine, aquel pelo abundante («pelazo», decía Lucía), la cabeza del chico taciturno. (A mí, ¿qué quieres que te diga?, «taciturno» me suena a alguien que bebe en taza por turnos.)

Dicen que una persona puede sentir que alguien le está mirando por la espalda. Tiene un nombre y todo. No-sé-qué-tesia. ¿Tendría el chico taciturno no-sé-qué-tesia? ¿Sentiría que yo me estaba perdiendo toda la película y que lo estaba friendo a miradas?

¿En quién pensaría esta noche cuando cerrara los ojos? ¿Vería el precioso bulto que tenía a su lado en el cine (Lucía), o vería ese bulto informe al que le ardía la mejilla abofeteada por su madre?



Pienso con los ojos abiertos.  
La verdad es que cuando cierro los ojos, duermo.  
Sueño, claro, como todo el mundo.  
Solo que cuando me despierto, no me acuerdo de mis sueños.  
(Pero, con los ojos abiertos, antes de dormir, pensé, hecho un lío, en las dos.)

32.

SE LLAMA «ESCOPAESTESIA» LA SUPUESTA  
CAPACIDAD PARA PERCIBIR UNA MIRADA ESTANDO DE ESPALDAS.  
DIGO «SUPUESTA» PORQUE NO ESTÁ CIENTÍFICAMENTE DEMOSTRADO  
QUE EXISTA TAL CAPACIDAD.  
VARIOS INVESTIGADORES INTENTARON DEMOSTRARLA SIN ÉXITO.  
EN UNA DE LAS PRUEBAS,  
UN GRUPO DE PERSONAS TENÍA QUE DECIR SI LES ESTABAN MIRANDO O NO.  
ACERTARON EL 53,1 %.  
EJEM.  
OTRO INVESTIGADOR, TITCHENER, EXPLICÓ QUE LO QUE SUCEDE A MENUDO  
ES QUE CUANDO ALGUIEN CREE QUE LE ESTÁN MIRANDO, GIRA LA CABEZA,  
Y AL GIRARLA,  
EL QUE ESTÁ DETRÁS, ATRAÍDO POR EL MOVIMIENTO, TE MIRA.  
ENTONCES, AL CRUZARSE LAS DOS MIRADAS, UNO TIENE LA SENSACIÓN  
DE QUE EFECTIVAMENTE LE ESTABAN MIRANDO.



El-chico-que-no-creía-en-la-escopaestesia podía decir misa. Además, en mi caso, era al revés. Si veía que se giraba, yo dejaba de mirarle.

De cualquier forma, era un alivio pensar en eso. Porque mientras tuviera la mirada oblicua y el pelazo del chico taciturno en la cabeza, no tendría los ojos de mi madre ni su calva ni aquella discusión tan horrible. De todas maneras, con eso de que teníamos invitada en casa (Lucía), las dos, mamá y yo, habíamos hecho todo lo posible por tapar todo aquello que nos dijimos... Más bien, todo aquello que dije.

El bofetón, todo, quedó tapado en un segundo, como la calva de mamá quedaba tapada con la peluca.

Pero yo sabía que era un triste apaño.

En realidad, en mi cabeza, lo tenía todo: el taciturno, los ojos de mi madre, las manos de mi abuelo, cada vez más delgadas...

Sin dejarme dormir.

Y a mi lado, abajo, en la cama nido que habíamos sacado, tenía a Lucía, que al principio tampoco podía dormir de la emoción.

—¿A que es especial? —me dijo.

—¿Quién? —pregunté medio atontada.

—¿Quién va a ser? Pablo. —Y así, en la oscuridad, me confesó—: Por un momento tuve celos de ti...

Y me contó que al principio Pablo le preguntaba mucho por mí y que ella llegó a creer que yo le gustaba.

—Hasta que te diste cuenta de que solo le daba pena —terminé de decir por ella.

—¡Ay, Marta! ¡No! ¡No es eso!

Pero para entonces a mí ya me caían lagrimones por los dos lados de la cara.

A las cinco de la mañana sonó el teléfono, el fijo. El teléfono de las malas noticias.

Antes de saber lo que estaba pasando, yo ya me puse a llorar.

Y otra vez las sienes mojadas.

Las personas están hechas para llorar de pie.

Llorar tumbada boca arriba es una mierda.

Me preguntas, Marta, por qué la quimio no está funcionando con tu abuelo, por qué han tenido que ingresarlo. Todavía es pronto para saber si la quimio le funcionará. Don Pedro tendrá que venir al hospital a menudo, no solo para el tratamiento. Es más mayor y su cáncer es más peligroso. Además está localizado en una zona que presiona al estómago y no deja pasar bien los alimentos, por eso vomita tanto. También se ha expandido a una zona de nervios cercana y le causa esos dolores. Tiene alguna metástasis, pequeños tumores que desde el páncreas se han instalado en el hígado.

La quimio puede ayudarle. Va a ayudarle. Tal vez no tan bien como le funcionará a tu madre. No podemos darle la misma quimio porque en su caso no funcionaria. El cáncer no es una enfermedad, son más de doscientas. Es como si llamamos a la gripe, un herpes o al ébola «virus». Si, las tres enfermedades las causa un virus, pero tienen síntomas diferentes y tratamientos diferentes. El herpes lo tratas con una pomada, pero no te tratas la gripe con una pomada, ni el ébola.

Entendiste muy bien que la quimio de tu madre convierte el ADN en ovillos enredados y hace que se peguen sus fibras y que se repartan mal los cromosomas. El tratamiento que lleva tu abuelo también ataca al ADN, pero de otra manera. Reemplazamos una de las letras del ADN por esa quimio. De este modo la célula tumoral se vuelve loca y, al no ser capaz de seguir las instrucciones de su ADN, se suicida. Aunque una goma molecular puede corregir estas faltas de ortografía en el ADN, la goma se gasta, no da abasto. Esta quimio funciona un tiempo, pero al final las células tumorales normalmente aprenden, como todos aprendemos a cantar en campamentos con una sola vocal (*Astaba al cacadralla a al arangatán, das pacanas sarpantas a al ágala raal...*). Las células tumorales menos adaptadas, las que se han

quedado sin su goma molecular se suicidan, pero las que tienen mucha goma, sobreviven y se reproducen.

[«Y terminan matándote», pensé. No sé si también lo pensaste tú.]

Llegado el momento, si esto ocurre, daremos otros tratamientos, buscaremos nuevas opciones terapéuticas. Vamos paso a paso.

mb

Supe que habían ingresado al abuelo de Marta porque me lo contó Lucía. La pobre (sí, en una historia puede haber más de una) no sabía qué hacer. Cuando uno está invitado en una casa, nunca sabe muy bien qué hacer. (Nota mental: escribir en un futuro una guía de invitados para dummies.) Es fácil sentirse fuera de sitio, porque es cierto que uno está fuera de sitio. Pero si encima sucede algo imprevisto, imprevisto y malo, como lo que sucedió con el abuelo de Marta, uno se siente fuera de sitio al cuadrado.

Y eso que los padres de Marta hicieron todo lo posible para que se sintiera bien.

—Lo siento lo siento lo siento —les dijo ella.

—No te preocupes, Lucía. Mejor que estés tú. Así te quedas con Marta y con Marcos mientras vamos al hospital.

—Pero yo quiero... —empezó a decir Marta.

Marta quería ir al hospital. Quería ir con su abuelo.

Sus padres le dijeron que no.

Por un momento Lucía pensó que esa nueva situación podía facilitarnos un nuevo encuentro. Pero imposible. Yo tenía que quedarme con mi madre, mi abuela y mis primos.

Y Lucía me mandó algún «quiero vivir siempre en ayer», incluso un «te quiero», y varios «¿cuándo nos veremos otra vez?». Por eso me costó tanto entender que de repente dejara de escribir y que, cuando yo le pregunté: «¿Todo bien?», ella respondiera: «Pregúntale a Marta».

A partir de ahí, no escribió una sola palabra más.

Pero yo cómo iba a preguntar a Marta en aquel momento.

33.

CADA CONVERSACIÓN TIENE UN RITMO DIFERENTE.

LAS HAY RÁPIDAS, TRANQUILAS, ATROPELLADAS...

HAY CONVERSACIONES SALTARINAS QUE SUENAN A POP;

CONVERSACIONES DURAS, ROCK; IMPROVISADAS, JAZZ;

CONVERSACIONES REPETITIVAS COMO UN REGUETÓN...

CUANDO UNA CONVERSACIÓN CAMBIA DE RITMO BRUSCAMENTE,

SUELE HABER UNA CAUSA.

A VECES ESTÁ EN ALGO DICHO DURANTE LA PROPIA CONVERSACIÓN.

A VECES HAY QUE BUSCAR LA CAUSA FUERA DE LA CONVERSACIÓN.





El experto en música de las conversaciones podría haberme preguntado. Habría estado bien que me preguntara por Lucía. Habría sido preguntarme por la vida, que no se detiene ante una enfermedad, que no es una línea paralela, que si estás enfermo es porque estás vivo y por eso la vida transcurre con la enfermedad, a su lado, se entrecruza, la rodea, hace carreras con ella. Pero no.

Menos Lara, mis amigas de antes me habían aislado con ese cordón sanitario que rodea a los enfermos y a los familiares. Como si no pudiéramos ocuparnos de nada más, estar para nada más. Durante un tiempo había tenido, aunque fuera a distancia, a Pablo y a Lucía como personas «normales» con las que podía hablar del cáncer de mi madre, o de mi abuelo, o del último vídeo de Sebas, o de mis nuevas Adidas, o del examen de inglés.

Y ahora Pablo se sumaba a esa condena de aislamiento.

Yo habría preferido mil veces ocupar mi tiempo explicándole la movida con Lucía por culpa de mi teléfono.

Sí, Pablo, habría preferido explicarte cómo mientras yo me duchaba, había llegado tu mensaje a mi móvil preguntando por el abuelo y cómo Lucía lo había abierto inocentemente, para gastarte una broma haciéndose pasar por mí (o eso dijo), y había descubierto entonces todas esas conversaciones. Y ahí Lucía, dentro de su paranoia, estuvo bien porque al menos no pensó ni un momento en «la pobrecita de mí». Olvidó que estaba hablando con la hija de una enferma de cáncer, con la nieta que acababa de enterarse de que su abuelo estaba peor, en el hospital, y cargó contra mí como si fuera un delito hablar contigo.

—¿Quién te ha dado permiso para mirar mi teléfono? —le dije.

—Ah, perdone usted. No sabía que tenías algo que ocultar.

—Eres como esos tíos celosos que fisgan los wasaps de sus novias.

—Entonces, ¿admites que Pablo te escribe como si fueses su novia?

—Estás mal de la cabeza —contesté—. Pero ¿tú ves las tonterías que dices? ¿Tú has leído nuestras conversaciones? No sé ni por qué te estoy dando explicaciones. No tienes ningún derecho a pedirme cuentas de lo que hablo o dejo de hablar con Pablo. Son conversaciones normales y corrientes.

Mis padres estaban en el hospital y nos estábamos gritando como posesas en el salón de casa.

Marcos jugaba a la Play y de vez en cuando nos miraba alucinado.

Igual fue porque Lucía se dio cuenta de que mi hermano nos miraba por lo que se quedó un rato en silencio. Luego bajó la voz para decirme:

—Pero a ti te cuenta cosas.

Lo dijo como si fuera algo tristísimo. Bueno, como si a ella no le «contara cosas» y eso fuera lo más triste del mundo.

—Y contigo se ríe.

¿Acaso no se reía con ella? Al parecer, no.

—No me había contado que hablaba contigo. Y tú tampoco.

¿Acaso teníamos alguna obligación de hacerlo? ¿Acaso era algo malo?

No.

Habría preferido contarte todo esto antes que estar haciendo deberes en el hospital, después de despedir a mamá-con-peluca en la puerta del hospital, después de subir a planta, recorrer aquel pasillo, localizar la habitación del abuelo, después de sentarme en la butaca de las visitas. Pero ahí estaba, inclinada sobre la mierda de mesa donde ponían la bandeja de la comida, haciendo deberes, fingiendo normalidad, porque sería «muy bueno para los dos», dijo papá. El abuelo, oyendo la radio. Yo, haciendo deberes. Es un decir. Los ojos apuntando al papel, pero mirando a otro lado, mirando de reojo al abuelo. Tres líneas escritas en una hora. Haciendo deberes. Sin levantar la cabeza, sentada en la cama y mirando a otro lado. La mesa blanca, dura, pequeña y fría. Tan fría que el boli paraba de escribir.

Paraba de escribir.

Paraba.

Paraba



Ya volvería a escribir Lucía cuando quisiera. Y Marta.

Yo tenía una vida. Tenía un montón de amigos, tenía el fútbol, tenía exámenes, tenía un profesor que me tenía manía, tenía un padre que no me hacía mucho caso y una madre que me hacía demasiado, tenía el ruido de fondo de sus discusiones, tenía las clases de guitarra.

Ah, te sorprende que toque la guitarra.

No es de extrañar que no sepas mucho sobre mí. Es lo que pasa cuando uno está tan centrado en sí mismo que no ve más allá de su ombligo. Sí, a veces la enfermedad —propia o cercana— o el enamoramiento —¿no es otra enfermedad?— son la coartada perfecta para el egoísmo.

No se lo escribí a ninguna de las dos, pero lo pensé, y también pensé: «Que les den».

34.

HAY SONIDOS QUE NO SE EMITEN PARA ATRAER A MIEMBROS  
DE LA MISMA ESPECIE

NI PARA TENER UNA BONITA CONVERSACIÓN,  
SINO PARA ADVERTIR DE LA PROPIA PELIGROSIDAD.

HAY QUIENES, PUESTOS A DAR A CONOCER SU AGRESIVIDAD,  
LO HACEN A LO GRANDE. POR EJEMPLO, LOS LEONES CON SUS RUGIDOS.

A OTROS, COMO A LAS SERPIENTES DE CASCABEL  
O LAS HORMIGAS ATERCIOPELADAS,

LES BASTA CON EMITIR UN SONIDO MÁS SUTIL,  
UN CASCABELEO, UNA ESTRIDULACIÓN (ASÍ SE LLAMA).

DE FORMA SIMILAR, HAY PERSONAS QUE CUANDO ESTALLAN GRITAN MIENTRAS QUE OTRAS LO HACEN COMO CON

SILENCIADOR.  
ESO NO IMPLICA NECESARIAMENTE QUE  
LAS PRIMERAS ESTÉN MÁS CABREADAS QUE LAS SEGUNDAS,  
NI QUE SEAN MENOS PELIGROSAS.  
SE DICE QUE LA PICADURA DE UNA HORMIGA ATERCIOPELADA  
ES TAN DOLOROSA QUE PUEDE MATAR A UNA VACA.  
*COW KILLERS* LAS LLAMAN.



No seré yo la vaca muerta por la picadura de una hormiga aterciopelada.

Podría haberme hundido, pero me rendí. Y, por suerte, rendirse no era ahogarse, sino dejarse llevar por esa corriente suave y tozuda de gente haciendo gestos que hacían la vida más fácil. Un ejército de rescatadores que me llevaban hacia la orilla en cuanto sentía que dejaba de hacer pie:

El abuelo, llenando la habitación con el olor de su colonia, su champú, su gel, para sentirse mejor, para ser él, para que estuviera «todo en orden».

La auxiliar peruana, compartiendo recetas de ceviche con el abuelo.

Los voluntarios de la Asociación Española Contra el Cáncer, llamando al abuelo por su nombre, sabiéndose su historial mejor que yo misma.

Los MIR, esos médicos que estaban aprendiendo aún, pasando a ver el caso del abuelo, y el abuelo diciéndoles: «Mirad, mirad bien. No veréis otro igual». Y otra mañana que pasaba menos lenta entre ceviche, visita y prueba.

La enfermera, nuestra Carmen, compartiendo los cotilleos del pasillo, solo los que se podían contar; poniendo firmes a los médicos con ese acento suyo entre gallego y leonés que a mí, sin embargo, me parecía madrileño; trayéndome una mesa auxiliar, un tablero de verdad, de los buenos, sacado del cuarto de las enfermeras para que yo pudiera hacer bien los deberes; regañando a la tía Pili para que me dejase estudiar tranquila porque ponía el *Sálvame* y así no había quien trabajara.

El Enano, siendo de nuevo el Enano, el niño que parloteaba sin parar.

Papá, llevándome a mí a ver al abuelo, a la abuela a pilates, al Enano a yudo, a mamá a quimio, sin dejar nunca por error al Enano en pilates, a la abuela en yudo, a mí en quimio, a mamá a ver al abuelo. No, mamá tenía que cuidarse y no podía exponerse a coger una enfermedad en el hospital. Al abuelo le habíamos dicho que estaba de viaje de trabajo, y mamá, que no trabajaba, que estaba de baja desde que le diagnosticaron, le llamaba por Skype desde el vestíbulo de un hotel que había cerca de la estación. «Total —decía ella—. Estos hoteles parecen todos iguales. Podría estar en Cartagena, Vigo o Sevilla».

Mamá, con más ratos buenos que malos. Mamá, perdonándome por lo que dije. Mamá, pidiéndome perdón por el bofetón. Mamá, cuidándose. Mamá, a punto de terminar la quimio. Mamá, curándose.

Y me sumé a ese ejército. Mi gesto fue estar ahí, ser yo, con mis deberes, mi colonia, mi amor

incondicional por el abuelo, ese amor bendecido por todas las constelaciones del universo desde el día que nací, el mismo día que el abuelo.

Habría sido bonito que Pablo y Lucía se unieran a esta corriente de gestos salvadores. Pero mis conversaciones con ellos acabaron después de aquel fin de semana en Zaragoza y yo no pensaba nadar contra corriente.

Pero habría sido bonito, sí.

Recibir un mensaje.

mb

«Estoy con Jorge. Me retraso unos minutos.»

Eso le envié.

A Marta.

Más de un mes después. Su abuelo ya hacía tiempo que había salido del hospital.

En realidad, era un mensaje para mi madre, pero Jorge me empujó... Marta iba después de Mamá en mi agenda. Todo porque a Mario lo tenía por su apellido... En fin, que Marta acabó recibiendo un mensaje que no era para ella.

Me di cuenta nada más enviarlo.

El mensaje apareció como leído al segundo. Marta estaba en línea. Pero tardó como diez minutos en decir algo. Yo qué sé qué haría ese tiempo. Jorge me dijo que estaría analizando el mensaje sintácticamente, morfológicamente y según la cábala, que eso es lo que hacía su hermana. Conozco a la hermana de Jorge. No le culpo de que él tenga una visión un poco sesgada del género femenino.

—Mira, ahora debe de estar asignando un número a cada letra: 1-A, 2-B, 3-C... y luego va a sumar los números palabra por palabra y luego entre sí hasta dar con un número mágico.

Y eso que yo no le había contado que Marta tenía ciertas inclinaciones esotéricas.

Ahora tenía a Jorge a mi lado, pendiente de lo que respondería Marta.

Su respuesta llegó diez minutos después.

«😁»

Jorge se partía de risa.

—Sí que le ha costado encontrarlo —dijo.

«Muy graciosa. Cualquiera puede equivocarse. A ver quién no ha mandado un mensaje por error.»

«¿Por qué lo dices?»

—¿Se está burlando de mí, no? ¿Ese emoticono es que se está burlando, verdad?»

Jorge volvió a reírse.

—Que no, tío. Que eso es solo que está contenta. No es que se esté burlando.

Nos enzarzamos en una discusión tonta sobre el significado del emoticono.

—Como quieras —zanjó Jorge—. Pero ahora eres tú el que está en línea diez minutos, y no sé si un emoji da para un análisis sintáctico-morfológico-cabalístico tan largo.

Así que intenté tener una conversación normal con la chica que enviaba emoticonos confusos. Y resultó.

Hablamos.

Nos reímos. Sí, nos mandamos emoticonos que era imposible interpretar de otro modo que no fuera una risa.

Lo único malo es que ese día me llevé una bronca en casa por llegar tarde sin avisar a mi madre, que nunca llegó a recibir aquel «Estoy con Jorge. Me retraso unos minutos».



DE LOS EMOTICONOS.

HAY GENTE QUE NO SE PONE DE ACUERDO CON LO QUE SIGNIFICAN  
VARIOS DE ELLOS.

POR EJEMPLO, EN 🙄, ¿ESO QUE SALE DE LA CARA ES UN MOCO?,

¿UNA LÁGRIMA?,

¿ESTÁ TRISTE?, ¿ABURRIDO?

SI NOS GUIAMOS POR LA *EMOJIPEDIA*,

ESE EMOTICONO SIMBOLIZA UNA CARA SOMNOLIENTA.

ESTE HECHO NO RESULTARÁ EXTRAÑO A LOS LECTORES DE ANIME Y MANGA,

PUESTO QUE EN ESTAS HISTORIAS LA BURBUJA QUE SALE DE LA NARIZ

ES UN RECURSO HABITUAL PARA DAR A ENTENDER

QUE UN PERSONAJE ESTÁ DURMIENDO.

CUANDO LA BURBUJA SE REVIENTA, EL PERSONAJE DESPIERTA.

Y ESTE ES SOLO UN PEQUEÑO EJEMPLO

DE CÓMO LA AMBIGÜEDAD Y LA CONFUSIÓN NO SON EXCLUSIVAS

DEL LENGUAJE VERBAL Y NO VERBAL Y ALCANZAN HASTA A LOS EMOTICONOS.

INSISTO: LA COMUNICACIÓN ES COMPLICADA.



Ya, ya. Así que el mensaje era para tu madre.

El típico mensaje que uno envía por error. (Igual al chico-que-interpreta-todo-literalmente habría que explicarle que esto está dicho con ironía.)

Y voy yo y me lo creo.

Mira, al final esto de la comunicación es como lo del horóscopo. Las señales (las palabras, los gestos, los silencios, las estrellas) están ahí. Solo hay que saber interpretarlas.

Yo me había empeñado en negar las señales porque no quería llevarme un chasco. Me lo llevan diciendo toda la vida. Que me paso de imaginativa. Que vivo en un mundo de fantasía (empezando por todo eso del horóscopo, que a mis padres les pone malos, pero luego bien que quieren que les lea el suyo). Y yo, en esto, no quería vivir una fantasía. ¿Y si solo eran imaginaciones mías? Lo he visto alrededor. He visto amigas coladas por tíos que no les hacían ni caso, interpretando cada migaja de atención que ellos les daban, a veces por accidente, como si fuera una hogaza entera de cariño. También he visto a tíos colgados por chicas que les ignoran, creyéndose con posibilidades de ser algo más que amigos. Sí, la comunicación es complicada.

Pero yo tenía unas cuantas señales:

1. La eme que pintó en la escayola. Eme de Marta, claro.
2. Su piel enrojecida cada vez que me veía desde aquella vez que me trajo el móvil y en adelante.
3. Las conversaciones chispeantes en las que nos contábamos cosas y nos reíamos.
4. Su silencio ante Lucía, el que no le mencionara nuestras conversaciones.
5. Su cabeza girada hacia mí en el cine. Nueve veces. Contadas.
6. Su forma de mirarme al despedirme en Zaragoza, después de haberse despedido de Lucía (yo, la última).
7. Un mensaje enviado «por error».
8. El gran indicio que me hacía —lo confieso— tan feliz: Lucía y yo, después de una tregua que se inició poniéndonos un corazón en Instagram, habíamos acabado hablando de nuevo (menos que antes, pero con cierta normalidad) y ella me había dicho que pasaba de Pablo.
9. Y, por último, algo que había leído en un montón de sitios: «Es frecuente que virgo y cáncer sean amigos antes de convertirse en pareja, porque ambos signos saben estar ahí en los

buenos y en los malos momentos».

¿Era o no era para creer que el interés de Pablo por mí no era una fantasía mía?

¿Y yo? ¿Le había dado a Pablo suficientes pistas de mi interés?

mb

La cosa fue así:

Marta

Tú

Estoy con mi abuelo.

En su casa.

Me pregunta si estoy escribiéndome  
con mi novio.

¿Y tú qué le has dicho?

Que no tengo novio.

Ah.

Ah.

Jajajaja.

Jajajaja.

Me ha dicho que le avise cuando lo tenga.

Que le gustaría hablar con él.

Ok

Ok?

O sea...

Ah.

Ah.

Le estaba leyendo el horóscopo

NOS estaba leyendo el horóscopo.

Como los dos somos cáncer...

Ya me acordaba.

Del mismo día.

Así me gusta, que me escuches.

¿Buenas noticias?

¿?

En el horóscopo.

Sí. Buena, tenemos que

Espera. Copio y pego:

Los muchos planetas que hay en tu quinta casa podrían complicar las finanzas (aunque solo temporalmente), pero al parecer eso no te importa. La alegría de la vida es más importante que el dinero ahora, y te dejas llevar por ella. Claro que podrías gastar demasiado en actividades de ocio y juguetes (para adultos y para niños), pero ¿no está para eso el dinero?

Espero que el ministro de Economía no sea cáncer.

Ja ja.

A lo que iba.

He visto una cosita que me ha recordado otra cosita.

¿Y qué cosita es?



No me lo puedo creer.

Estaba en la revista.

¿Lo viste?

¡Pensaba que no lo habías visto!

¿¿¿Era lo que llevabas escrito en la escayola???

Qué vergüenza.

No lo vi entero. Pero hoy tapé con el dedo  
el símbolo en la revista y me recordó...

Que conste que no lo escribí yo

Creí que era una M

Fue Lucía

de Marta

[Ahí hubo un buen rato de silencio. Los nombres de Lucía y de Marta se  
quedaron flotando un rato uno a cada lado de la pantalla.]

Era el símbolo de Virgo

Ya

Lo sé.

No pasa nada.

Tonterías mías.

Te deja.

Me reclama el abuelo.

Adiós, M

36.

SI YA LA COMUNICACIÓN ES DE POR SÍ COMPLICADA, CUANDO ENCIMA SE HACE INTENCIONADAMENTE CONFUSA, LAS  
PROBABILIDADES DE FRACASAR EN EL ACTO DE COMUNICAR SE INCREMENTAN EXPONENCIALMENTE.

ES EL CASO DE CUANDO UNA PERSONA INTENTA MOSTRAR SUTILMENTE  
SU INTERÉS AFECTIVO POR OTRA PERSONA. UNO SE PODRÍA PREGUNTAR POR QUÉ NO SE EXPRESA CON CLARIDAD  
DICHOS INTERÉS.

EL MOTIVO EN LA MAYORÍA DE LOS CASOS ES EL MIEDO AL FRACASO.

LAS PERSONAS, EN GENERAL, PREFIEREN LANZAR INDIRECTAS,  
GLOBOS SONDA, TIRAR FICHAS...

PORQUE, EN CASO DE SER RECHAZADAS (OPCIÓN QUE SIEMPRE  
HAY QUE CONSIDERAR), PUEDEN EMPRENDER UNA RETIRADA DIGNA.



No es que mi abuelo fuera mal paciente, pero, como a todo buen cáncer (del Zodíaco), de vez en cuando le daban sus prontos.

—Estos médicos... —refunfuñaba—. A veces parece que quieren que no se les entienda. Dicen «cefalea» en lugar de «dolor de cabeza», y así parecen más listos.

A veces se quejaba de que no le contaban lo que le pasaba, que estaba a por uvas, y a veces se quejaba de que le explicaban de más, que no entendía ni papa.

El cáncer (no el del Zodíaco) nos amplió un poco el vocabulario a todos.

Sabíamos (antes no) qué significaba remisión. Recuerdo que de pequeña me costó siglos aclararme en un sobre con lo de la dirección y el remite. No tenía claro dónde se ponía cada cosa. ¿Remitir era enviar? Sí, pero remitir era también otra cosa. El cáncer podía remitir, los síntomas podían remitir, podían perder intensidad. «Remisión total» sonaba a película de acción, pero era lo que queríamos: que el tumor de mamá y el tumor del abuelo desaparecieran. Misión remisión. El Enano hizo un dibujo que parecía el cartel de una película con ese título y se lo regaló al abuelo. Lo tenía colgado en el salón.

En las calles no había carteles de *Misión remisión*, pero sí luces navideñas. Y yo quería creer firmemente en el éxito de esta doble misión, pero reconozco que esas Navidades fui a comprar colonia al abuelo y le compré la edición especial. Con estuche, desodorante, llavero... De todo. Por si acaso. Por si no tenía otra ocasión de regalársela.

Iban a ser unas Navidades especiales, seguro. Íbamos a tomar más helado de turrón que turrón, porque a mamá le aliviaba las heridas de la boca, pero de momento parecía que el abuelo estaba mejor, que mamá iba a mejor, que todo remitía un poco, perdía intensidad.

También mis conversaciones con Pablo.

Por eso no me enteré de que en Navidad iba a Jaca.

También.



Los monitores nos habían llevado a ver la Ciudadela, la catedral... y luego nos habían pastoreado hasta el Pabellón de Hielo para patinar. Parecía que el propósito de estos viajes era cansarnos todo lo posible para que luego no tuviéramos fuerzas para dar la lata. Yo tenía agujetas en los muslos y una rozadura en el pie izquierdo, de las botas de esquiar.

Tuve que pedir varios números porque todos los patines me apretaban mucho.

Al menos patinar sí sabía. Lo había hecho antes.

Cuando la vi, no me lo podía creer. ¿Qué probabilidades estadísticas había de que yo, Pablo, residente en Madrid, encontrara a Marta, residente en Zaragoza, en Jaca? Bajas, muy bajas. (Yo entonces no sabía que la probabilidad de los zaragozanos de encontrarse en Jaca o en Salou era la misma que la de encontrarse en su propia ciudad.) Por eso pensé que eran imaginaciones mías. Hasta que me di cuenta de que no tengo imaginación, así que no podía ser. Tenía que ser verdad. Esa chica del jersey rojo con capucha tenía que ser Marta.

Mi cara se puso a juego con su jersey, seguro. Buena, podría estar roja por el frío. Se llama «cuperosis» y no tiene nada que ver con el sonrojo. Se produce por la dilatación de los vasos capilares. Que conste.

El caso es que ahí estaba Marta. Yo la había visto y ella no me había visto. Era un hecho que me daba ventaja. Igual para cuando me viera mi cara habría conseguido rebajar tres tonos de rojez.

Pensé en cómo abordarla. Básicamente tenía dos opciones: recorrer la pista

en sentido contrario y encontrármela de frente o patinar en el mismo sentido que ella y sorprenderla (yo era más rápido) por detrás.

Me pareció que la primera opción podía tener un aire vagamente romántico. Pero entonces me acordé del encuentro del león y la cebra en Madagascar (de pequeño había visto mil veces esa película). Al principio, Alex y Marty corren el uno al encuentro del otro, pero de repente a Alex le entran ganas de asesinar a Marty y él se da la vuelta y sale corriendo. ¿Y si Marta se daba la vuelta y salía corriendo?

«Por favor, patinen en el mismo sentido y dejen el centro de la pista libre», dijeron por megafonía.

Soy un chico obediente. Por lo general.

Decidí que sí, que mejor me acercaría a ella por detrás.

Dí dos vueltas detrás de ella, sin que me viera. No patinaba mal.

Pero yo patinaba mejor.

Estaba con su hermano pequeño.

No ví a sus padres alrededor.

Y finalmente me decidí.

Bueno, no me decidí. Me acerqué, pero no sabía qué decir. Me quedé patinando justo detrás de ella.

Entonces su hermano se cayó, y ella se paró. Y yo choqué con ella.

Parecíamos dos bolos en una bolera, recién sacudidos por la bola. Se podían hacer apuestas sobre si acabaríamos cayendo o no. Pero Marta me miró con cara de susto y creo que prácticamente la sujeté con los ojos.

Por un momento, nos quedamos quietos mirándonos.

—¿Pablo? —dijo al final.

—¡Marta! —la reclamó su hermano.

Yo le ayudé a levantarse.

—Hola, Marcos. ¿Te has hecho daño?

Él me miró con el ceño fruncido.

—¿Tú quién eres? —me preguntó.

Me miró a mí y luego miró a su hermana. Los patinadores pasaban a izquierda y derecha. Uno nos abroncó: «¡Quitaos de en medio!».

Nosotros seguíamos ahí parados.

—¿No te acuerdas de Pablo? —preguntó Marta—. Del pueblo.

—No —contestó Marcos, y se quedó tan ancho.

«Por favor, patinen en el mismo sentido y dejen el centro de la pista libre.»

—¡Venga! —dijo Marcos, y se echó a patinar otra vez.

Marta seguía mirándome como si fuera una aparición. Patinaba más lento que antes de verme.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó.

—Patinar—respondí—. ¿Y tú?

—Patinar—dijo ella.

Y nos echamos a reír.

—¿De qué os reís? —quiso saber Marcos.

Era imposible contestar.

—No sabía que los de Madrid sabíais patinar—dijo Marta.

—Tenemos pistas de hielo —le informé—. Hasta palacios. El Palacio de Hielo...

«Despejen la pista durante quince minutos. Se va a proceder a su alisado», se oyó por megafonía.

Salió la Zamboni, la alisadora de hielo. La gente se agolpó camino a las salidas laterales. La pista estaba llena. Un idiota empujó a Marta. Yo fui a sujetarla y le agarré —involuntariamente, lo juro— un pecho.

37.

LAS CONVERSACIONES SE HACEN MÁS SOFISTICADAS Y COMPLEJAS CONFORME UNO CRECE. JUNTO CON LA EDUCACIÓN, UNO ADQUIERE UNA SERIE DE RECURSOS Y RESORTES (LA CONSIDERACIÓN HACIA LOS SENTIMIENTOS DE LOS DEMÁS, LA IRONÍA...) QUE HACEN LA CONVERSACIÓN MÁS COMPLICADA. PARA LOS NIÑOS ES MUCHO MÁS SIMPLE. DICEN LO QUE SE LES PASA POR LA CABEZA: SIN FILTROS, SIN DOBLES SENTIDOS, SIN MEDIR LAS CONSECUENCIAS DE SUS PALABRAS.



Me tocó una teta y fui yo la que me quedé de hielo.

Sé que fue sin querer.

Sé también que quizás, en otro momento, eso no me habría dejado congelada, sino todo lo contrario. Pero es que en ese momento...

No sirve de nada enterrar recuerdos. Es como enterrar cadáveres en un río. Salen a flote. Los recuerdos son de corcho.

Hay algo que habría preferido no recordar. Pero volvió a mí en el momento en que Pablo me tocó.

Era una imagen.

Se me aparecía mientras miraba hipnotizada cómo esa máquina besaba el hielo raspado, mientras sentía la presencia de Pablo a mi lado y oía a Marcos hablar con él.

Era la imagen de unos pechos.

No eran los míos.

Eran los que me habían criado.

Los pechos de mi madre.

Como nunca los había visto antes.

No cubiertos por un bikini o un sujetador. No entrevistos fugazmente en el vestuario o mientras se cambiaba en casa.

Era una foto que encontré en la galería de su móvil cuando, justo después de que la operaran, mi padre y yo se lo custodiábamos para que no se enterara de que mi abuelo estaba mal. De aquellos días en los que nos saltábamos su intimidad a la torera y contestábamos mensajes por ella, le borrábamos los mensajes que preguntaban por el abuelo...

Uno de esos días, en el hospital, me puse a mirar las fotos que tenía mi madre en el móvil.

Por entretenerme.

La primera que apareció era —tenía que ser— la última foto que había hecho. Era en el espejo del baño de casa. La habría hecho poco antes de entrar en el quirófano a que le quitaran el pecho. Antes de que, allá donde tenía un pecho, pasara a tener una cicatriz. Antes de que ese cuerpo más o menos simétrico que todos tenemos pasara a ser diferente.

Y aquella foto era la foto de sus dos pechos: el que aún tenía y el que ya no estaba.

Esa foto era una foto de recuerdo, un *souvenir*.

Y había algo en el aspecto del pecho que ya no estaba que podía hacerte pensar que no todo estaba en orden.

Detectados a tiempo, en etapas tempranas, nueve de cada diez tumores de mama se pueden curar. Tal cual. Hay que hacerse mamografías a partir de la edad recomendada. Mirarse y palparse el pecho de vez en cuando puede ayudar a notar que hay algo extraño, y acudir al ginecólogo. ¿Has visto la campaña de los limones? [Te quedaste mirando el póster de aquella pared. Era una foto de una huevera con una docena de limones. Cada uno tenía algo, una señal de que algo podría no estar yendo bien: un bulto, un hoyuelo, un enrojecimiento, un hundimiento, un fluido inesperado... Seguramente tu madre habría detectado alguna de esas cosas.]

Cada vez menos, pero las chicas sois muy reticentes a ir al ginecólogo. En tu caso tendrás que hacerte mamografías antes por tener un antecedente joven. [Parecía que te hubiera dicho que tenías antecedentes porque tu madre había cometido el delito de tener cáncer. Tener una enfermedad no es un delito. Es un problema de salud. Y punto. No es culpa suya. No tienes por qué tener cáncer.]

Dentro de un siglo los médicos y científicos se preguntarán por qué perdimos tanto tiempo en buscar tratamientos para las fases finales de un tumor si cuando se detecta a tiempo se eliminan más de la mitad de los tumores. Cada vez es más barato analizar ADN y ahora empezamos a detectar cambios en el ADN (mutaciones) en fragmentos de ADN y células liberadas por un tumor a la sangre. Es la famosa «biopsia líquida». En un futuro muy próximo este tipo de análisis serán rutinarios. Se incluirán en los análisis de sangre.

Eso, dentro de poco. Pero ya, en este momento, hay cosas sencillas que podemos hacer. En tu caso, ponte crema solar y revisa tus pecas.

Y no fumes. Esa es la mejor prevención. Uno de cada tres tumores están

relacionados con el tabaco. Fumar es al cáncer como beber a la conducción. Conducir borracho, sin retrovisores, con exceso de velocidad y en dirección contraria no te garantiza un accidente, pero aumenta muchísimo las posibilidades de que lo tengas. Es una tontería, como fumar. Hay estudios serios que indican que la gente que más fuma tiene menor coeficiente intelectual. Piensa en los que fuman en tu clase, seguro que ya hay alguno. Seguro que son los más gilipollas.

Más vale prevenir que curar, hija. Las chicas tenéis una vacuna para el virus del papiloma humano. Hay que estar atenta a las señales. Recuerda el póster de los limones. [Seguro que luego lo buscaste en internet.] Y los hombres, lo mismo. También deben cuidarse... A ver si hablo con tu padre; quiero saber si se ha hecho lo de la próstata. Y los test de sangre en heces para cáncer de colon, que es algo tan sencillo como mirar unas cacas. ¿No viste esa campaña de la mierda del WhatsApp? «¡Hola! Soy la mierda del WhatsApp y puedo salvarte la vida.» ¡No te imaginas la de vidas que pueden salvarse con cosas tan sencillas!



mp

No tenía ni idea de la existencia de aquella foto. Solo sabía que la mano que accidentalmente tocó un pecho a la-chica-hipnotizada-por-la-Zamboni me ardía.

Daba por hecho que Marta estaba así, tan seria, por lo que yo había hecho sin querer.

Marcos me hablaba como si nada.

—¿A que no sabes cuántos asientos hay aquí?

—¿Los has contado? —le pregunté de broma.

—No —contestó muy serio—. Pero lo sé. Adivina.

Yo miraba alrededor, intentaba contar a bulto cuántas filas había, cuántas sillas en cada fila.

—¿Dos mil?

Marta seguía hipnotizada por la máquina alisadora. Dos compañeros de campamento me hacían gestos para que volviera con ellos.

—Mil novecientos —dijo Marcos.

Yo sentía como si los 3.800 ojos que cabrían en esas 1.900 butacas vacías me hubiesen visto tocarle una teta a Marta.

Ella no me miraba.

Mis compañeros volvieron a hacerme gestos. El autobús iba a salir dentro de poco.

Pero yo solo quería dar una vuelta a la pista de hielo con Marta antes de irnos, y no tocarle nada más que la mano. Una vuelta cogidos de la mano, como dos patinadores profesionales. Seguro que si la tiraba al aire, acababa

poniéndole sin querer mi manaza en la teta otra vez.

No la lanzaría al aire, por si acaso. Solo daríamos esa vuelta, gráciles como bailarines, después de que terminaran de alisar la pista.

Cuánto tardaba la maldita Zamboni.

De repente, algo sacó a Marta de su trance.

Había distinguido a alguien a lo lejos, alguien que se acercaba.

Su padre.

Llevaba el teléfono en la mano. No llevaba patines puestos.

—Vamos, cariño. Rápido. Hay que devolver los patines. Tenemos que volver a Zaragoza.

Y Marta:

—¿Es por el abuelo?

Y su padre, en voz más bajas:

—Es por mamá.

Creo que su padre ni me vio. Y si lo hizo, no me reconoció.

Se encaminó hacia la salida con prisa.

Antes de seguirlo, Marta se volvió hacia mí, me miró con la cara más triste que he visto en mi vida y musitó un «adiós» para sordomudos. Marcos fue detrás de ella y de su padre y yo me encontré diciéndole adiós con la mano a su espalda. Pero ¿es «adiós» agitar la mano con la muñeca en una posición fija si nadie lo ve? ¿tace ruido un árbol al caer si nadie lo oye?

Cuando los perdí entre la multitud, se me escapó un suspiro. Lo sé porque lo vi. No es algo que se vea habitualmente, un suspiro. En circunstancias normales, un suspiro es invisible. Pero en una pista de hielo, un suspiro se convierte en una nubecilla de vaho. Qué curioso, lo invisible haciéndose visible. Es lo que tienen las circunstancias extraordinarias.

38.

SUSPIRAMOS SIN SABERLO UNAS DOCE VECES POR HORA.  
INCLUSO LOS RATONES SUSPIRAN,  
HASTA CUARENTA VECES POR HORA.  
LO HACEMOS COMO UN MECANISMO DE REGULACIÓN DE LA RESPIRACIÓN.  
A VECES, LOS SUSPIROS PUEDEN SER CAUSADOS  
POR UN ESTÍMULO EMOCIONAL EXTERNO.  
CUANDO UNA PERSONA VE A OTRA QUE LE CAUSA UNA EMOCIÓN FUERTE,  
INCONSCIENTEMENTE PUEDE DEJAR DE RESPIRAR.  
AL MISMO TIEMPO, EL CORAZÓN LATE MÁS FUERTE Y EXIGE OXÍGENO.  
PARA RESPONDER A ESA DEMANDA,  
LANZAMOS UN SUSPIRO.



Que no me preocupara.

La de veces que había oído eso.

Es justo lo que había intentado hacer esas Navidades. No preocuparme. Y lo había hecho muy bien. Casi, casi lo había conseguido.

Todo iba a ir bien. La quimio estaba funcionando. Hasta el agua de la Virgen de Lourdes que había traído la tía Pili estaba funcionando. Y el pensamiento positivo. Y el brócoli. Navidad, Navidad, dulce y verde Navidad.

Y de repente, tenían que ingresar a mamá en el hospital.

Que no era nada, que solo estaba baja de defensas y que iban a tenerla allí unos días hasta que se pusiera bien.

A la mierda el pensamiento positivo, el brócoli, la Virgen de Lourdes y la quimio.

Y mi padre:

—No, no. Que va todo bien.

Y mi madre, en el hospital:

—Si para mí esto es como un spa. Ya verás qué bien voy a estar aquí. Que me cuidan, que me lo hacen todo, que no tengo que hacer nada.

Y yo pensando que estaba diciendo sin decir: «Que no tengo que fregar». Por lo de fregar había empezado aquella discusión que acabó con una bofetada.

Volví a sentir miedo, mucho miedo.

Tendría que haber un orden.

Pero no siempre se respetaba ese orden.

Cuando yo iba a quinto de primaria, murió una niña de tercero en un accidente de coche. No, no siempre se respeta el orden.

El recuerdo del abuelo diciendo a alguien más joven: «Igual te mueres tú antes que yo». El recuerdo del abuelo diciendo con un hilo de voz: «Todo en orden».

Mi madre, sin pelo, sin fuerzas, en el hospital.

Y el-chico-que-suspiraba-visiblemente, el chico que nos vio salir corriendo, desde Madrid me mandaba mensajes.

«¿Qué tal todo?»

Yo le pregunté qué tal le iba con la guitarra.

Hablamos de todo, menos de Lucía.

Los dos lados de la pantalla se iban llenando de nuestras conversaciones. Yo diría que a la par. Él diría que «al 50 %». Aunque seguramente él sería más preciso, rollo «al 46,8-53,2 %». (¿Suma eso 100?) El 53,2 % seguro que sería mío.

Me sentía mejor después de hablar con él.

Puede que en su pared no colgara el diploma de psicólogo, pero al menos colgaba un cuadrante con los partidos de fútbol, y en el reverso ponía **HOSPITAL**.

Supongo que lo que mejor hacía era lo que NO hacía: no juzgaba, no montaba un drama, no esperaba... No esperaba ni que estuviera triste ni positiva ni animada ni hundida. Me dejaba ser. Y eso ya era mucho.



Yo solo hacía lo que podía. Acompañar.

Me alegré cuando Marta se alegró de que su madre saliera del hospital.

Me reí cuando, un mes después, me contó que tenía una madre tatuada. A su madre le habían marcado con tinta los puntos donde «apuntar» en la radioterapia. Tendría que ir al hospital una vez al día. Eran más veces, pero tardaba menos que cuando le daban quimioterapia.

«Ahora ya no puede impedirme que me tatúe yo también.»

«¿Lo harías? ¿Qué te pondrías?»

«Mi signo del Zodíaco.»

Y cambiamos de tema, porque ese tema —un signo del Zodíaco, quien dice «tatuado», dice escrito en una escayola— era Lucía. Después de lo de Zaragoza, a mí solo me había escrito una vez. Por sus fotos de Instagram, diría que tenía un amigo especial. Estuve tentado de preguntarle a Marta si sabía algo de ella. Habría sido una buena manera de hacerle saber que yo no. Pero no era el momento. Era el momento de acompañarla.

Me preocupé con ella cuando, más tarde, llegaron las novedades sobre su abuelo. El tratamiento no estaba funcionando como esperaban. La quimio no le estaba ayudando, su cáncer era muy resistente y tenía una especie de coraza que impedía que entrara bien la medicina, o algo así. Pero iban a intentar un tratamiento experimental, un ensayo, algo nuevo para intentar abrir esa coraza. De momento, la cosa no iba bien. O hacían algo distinto o...

Sin embargo, debo reconocer que secretamente me alegré.

Fue por un pequeño detalle de este nuevo tratamiento: se haría en

Madrid.

39.

EN UNA CONVERSACIÓN,  
UN TEMA TABÚ ES AQUEL QUE SE EVITA  
PARA NO CAUSAR MALESTAR, INCOMODIDAD  
O DAR PIE A DISCUSIONES EN LAS QUE ES DIFÍCIL  
O IMPOSIBLE LLEGAR A UN ACUERDO.  
A MENUDO SE CONSIDERAN TEMAS TABÚS  
LA POLÍTICA, LA RELIGIÓN, EL SEXO O LA MUERTE.  
LA ENFERMEDAD EN GENERAL Y EL CÁNCER EN PARTICULAR  
TAMBIÉN HAN SIDO UN TEMA TABÚ DURANTE MUCHOS AÑOS.  
ESTO VA CAMBIANDO POCO A POCO.

Cuando se descubre un posible tratamiento, hay que hacer muchísimas pruebas antes de que llegue a la farmacia. Primero en el laboratorio, generalmente con células y modelos animales. Después, cuando hay muchísima evidencia de que el tratamiento podría funcionar, se empieza a probar en pacientes. Es lo que llamamos ensayos clínicos. [Debías de pensar que íbamos a tratar a tu abuelo como si fuera un ratón de laboratorio.]

Todo está muy regulado legal y éticamente. Primero se prueba en un pequeño grupo de pacientes o voluntarios y se observa si el fármaco se tolera. Se estudia cómo administrarlo y se analiza su toxicidad. Hay dosis en las que los fármacos empiezan a funcionar y otras en las que son peligrosos. En medio está lo que llamamos «ventana terapéutica», que es todo el rango en el que podemos emplear la medicina sin ponernos en peligro. Elvis, Marilyn y Michael Jackson se envenenaron con sus medicinas, se suicidaron saltándose su ventana terapéutica.

Una vez completada esta fase satisfactoriamente, en una segunda fase se aumenta el número de pacientes para determinar el efecto que tiene el tratamiento e identificar posibles efectos secundarios. Todos los medicamentos pueden tener efectos secundarios.

Además, se incluye un grupo placebo. Es un grupo de pacientes a los que les dicen que les dan la medicina que cura, pero a los que no se la dan. [Me mirabas como a un criminal. Pero al paciente se le informa, tiene que firmar un consentimiento.] ¡Es para estar seguros de que el fármaco funciona! Pensar que puedes saltar más alto hace que saltes más alto, pensar que vas a meter un gol por la escuadra hace que la pelota entre por toda la escuadra. Pensar que te van a dar una medicina mágica hace que mejores y



te sientas mejor.

En la fase tercera, en la que va a participar tu abuelo, el futuro fármaco se administra todavía a más pacientes y durante más tiempo. Se ha visto que puede tener un efecto bueno y hay que confirmarlo. Al dárselo a más gente se pueden evaluar mejor los posibles efectos secundarios.

[Tu cara lo preguntaba y yo te contesté.] Sí, aquí también hay grupo placebo. En oncología no es que al paciente no se le dé nada, se le da el tratamiento estándar (a los del grupo placebo) o el estándar con el nuevo juntos (a los que realmente lo están probando). Nadie sabe si lo está tomando de verdad o no. Pero, tranquila, aunque en el sorteo a tu abuelo le tocase ser placebo, si se observa que el fármaco funciona muy bien, se lo darán inmediatamente. Además, cuando participas en estos ensayos, vas más veces a revisiones y estás más vigilado al tiempo que ayudas a la humanidad. [Tu mirada genocida me decía que la humanidad te daba igual. No te culpo.]

Hay una cuarta fase, una vez comercializado el medicamento, para seguir estudiándolo. No puedes imaginarte lo costosos en tiempo y dinero que son estos ensayos. Se habla de más de mil millones de euros y casi diez años. La de candidatos a fármacos que se quedan por el camino. Creo que apenas llega uno de cada mil. Los fármacos que usamos ahora son fruto de la investigación de hace más de diez años en su mayoría. Por suerte se está reduciendo el tiempo y el coste de los ensayos, y avanzando mucho en la investigación. ¡La investigación de hoy es la medicina de mañana! [No olvidaré tu cara de «necesito la medicina hoy». Ya dicen, ya, que los adolescentes no sabéis esperar. No se dice que los adultos tampoco. Solo disimulan.]



El abuelo no acababa de entender que mamá no lo acompañara, al menos unos días. No se lo decía a ella directamente, pero yo, desde el pasillo, le oí refunfuñar con la abuela:

—No me puedo creer que no le den un día de permiso para acompañar a su padre.

Mi abuela, la pobre, que sabía que mamá no podía acompañarles a Madrid porque tenía que ir a radioterapia, la defendía como una leona:

—¿Tú sabes el esfuerzo que está haciendo Silvia? ¿Tú sabes lo mal que está la cosa?

«La cosa» para mi abuelo era la situación económica. Para mi abuela era la salud de mamá.

—Además, ya te acompaño yo, y tu hermana —la tía Pili—. ¡Qué más quieres!

El abuelo ya iba a empezar a tronar en contra de que viniera la tía Pili, pero yo vi la puerta abierta... a Madrid. Y literalmente, porque en ese momento entré en el salón y dije:

—¿Que qué más quiere? ¡Que le acompañe su nieta favorita! ¿A que sí, abuelo?

El abuelo me miró sonriente.

—Pues eso no estaría mal.

—¿Y las clases? —preguntó la abuela—. ¿Y tu madre? —añadió lanzándome una mirada de «ya tú sabes».

—Mamá tendrá menos trabajo sin mí. Y no pasa nada por saltarme un día de clase, ¿a que no, abuelito?

Me lancé a abrazarlo.

Le noté todos los huesos.

Qué flaco estaba.

Más flaco cada día.

Más flaquito.

Abuelito, en diminutivo, de verdad.



Mi padre no trabajaba en el hospital donde tenía que ir el abuelo de Marta, pero conocía a dos que sí trabajaban allí: uno era ginecólogo y la otra cirujana.

«Pero ¿ya se sabe cuándo tiene que venir tu abuelo a Madrid?»

«Aún no.»

«¿Y dónde se quedará?»

«No sé si tendrá que quedarse o se irá en el día.»

«¿Y con quién vendrá?»

«Con mi abuela, supongo.»

Nada más me contó. Nada sobre su proceso de negociación.

40.

ESTÁ ESTUDIADO QUE HAY ALGUNAS COSAS  
QUE FUNCIONAN A LA HORA DE CONVENCER A ALGUIEN,  
SON LAS TÉCNICAS DE PERSUASIÓN.  
SEGÚN ARISTÓTELES, PARA HACER UN BUEN DISCURSO PERSUASIVO,  
PARA CONVENCER A ALGUIEN DE VERDAD,  
HAY QUE COMBINAR TRES COSAS:

1. LA RAZÓN (*LOGOS*).
2. LA EMOCIÓN (*PATHOS*).
3. LA CREDIBILIDAD (*ETHOS*).

DEL EFECTO SORPRESA, QUE YO SEPA, ARISTÓTELES NO DECÍA NADA.



El abuelo ingresaba un viernes y yo negocié saltarme ese día de clase. Parecía que lo habían puesto para eso. Tenía todas las marías.

A Pablo no le dije nada. Quería darle una sorpresa. Ya me imaginaba el mensaje que iba a mandarle: mi ubicación desde el móvil. Cuando llegara.

Madrugamos para coger el AVE. Ocupábamos una mesa entera. El abuelo y yo dormitábamos, o lo intentábamos, mientras la tía Pili no dejaba de cascar con la abuela y un señor no paraba de hablar por el móvil.

—Ya podríamos haber cogido el vagón del silencio —refunfuñó el abuelo. En el vagón del silencio, en teoría, no se podía hablar—. ¡Todos! ¡Deberían hacerlos todos vagones del silencio! ¿Tú sabes, Garbancita —dijo, llamándome así, como si estuviéramos yendo hacia el pueblo—, que antes se podía fumar en todos los vagones? Luego se inventaron lo de vagones de fumadores y no fumadores. Y ahora, mira, prohibido en todo el tren... ¡y en la estación! Pues lo mismo haría yo con las cotorras —añadió mirando a la tía Pili—. Que hablen cuando lleguen.

—Por lo menos hablar no da cáncer de garganta, ni de pulmón —dijo la tía Pili con la delicadeza que la caracteriza.

El abuelo se levantó.

—¿Adónde vas?

—¡A por tabaco! —gritó él. Los de la mesa de al lado lo miraron como si estuviera loco—. ¿Me acompañas, Marta?

Nos fuimos a la cafetería. Pero volvimos enseguida porque no había donde sentarse.

mb

Vale, me lo tengo merecido.

Sobre todo después de haber incluido en mi descripción de Zaragoza las cagadas de las palomas. Además, que tienes razón, que lo de esas torres tiene algo de catetada, como ese del pueblo que se hizo la entrada con cuatro columnas dóricas para que se viera que tenía pasta.

Pero admito que no lo entendí cuando recibí esto:



Archivo personal de los autores

No capté que estabas en Madrid.

Tuvo que llegarme tu ubicación para saberlo.

Lo ví a la hora del recreo.

Tenía también otros wasaps de mis padres.

Leí primero el de mi madre.

«Cariño, te mando un beso ahora porque entre el viaje, los talleres y que dudo de que haya cobertura, no creo que pueda escribirte mucho el fin de semana. Ya te dije que me voy con Carolina, ¿verdad? Pásalo bien con los abuelos. Dile a tu padre que no se olvide de darte la autorización firmada para el colegio.»

Y yo pensando: «*Excusatio non petita, accusatio manifesta.*»

Casi a la misma hora, mi padre me había enviado otro wasap.

«Recuerda que hoy voy a recogerte al instituto en coche. Iremos a la sierra directamente desde allí».

A la sierra, a casa de mis tíos.

De nada sirvió el logos («Papá, estudiaré más si me quedo en casa»), el pathos («A mamá le hará ilusión saber que me las apañé solo en casa»), «Quedémonos los dos, reconoce que a ti también te da pereza ir a casa de los tíos»), el ethos («Me lo merezco, con las notas que saqué el trimestre pasado»). El fin de semana en la sierra, a 71,5 kilómetros del Hospital de La Paz, era innegociable.

41.

DICE LA PLEGARIA DE LA SERENIDAD:

«SEÑOR, CONCÉDEME SERENIDAD PARA ACEPTAR TODO AQUELLO QUE NO PUEDO CAMBIAR, FORTALEZA PARA CAMBIAR LO QUE SOY CAPAZ DE CAMBIAR Y SABIDURÍA PARA ENTENDER LA DIFERENCIA».

DESGASTARSE EN UNA DISCUSIÓN SOBRE ALGO QUE NO SE PUEDE CAMBIAR  
ES INÚTIL Y FRUSTRANTE.  
AUNQUE ES DIFÍCIL EVITARLO.



Cuando el chico sereno me mandó aquella plegaria, pensé que se la podía meter por donde le cupiera.

Ya. No demuestra mucha serenidad.

Pero es que... ¿Qué me estaba contando? ¿Que no podía verme ni un minuto porque se iba con su papá a casa de sus títos?

Que yo me había enfrentado a mis padres y, a cambio de ir a Madrid, había prometido hacer la cena todos los martes, jueves y sábados... Que acababa de saltarme un día entero de clase... Que había hecho más de trescientos kilómetros en tren... Que había aguantado una hora y pico a mi tía Pili... Todo para...

No. Esa frase no podía terminar con «para verle a él».

No.

Esa frase tenía que terminar con «para acompañar a mi abuelo».

Acaricié mi colgante de la suerte.

Ya estábamos en la habitación del hospital. La cama de al lado estaba ocupada, pero aún no habíamos visto al compañero. Estaba en el baño. El abuelo todavía estaba vestido con su ropa, sentado en la butaca. Tenía suerte, le tocaba el lado de la ventana.

De repente, me di cuenta de lo egoísta que estaba siendo y me sentí fatal.

¿Estaba utilizando al abuelo como excusa para ver a Pablo? No quería ni pensarlo. Pero lo pensé, y me empezó a doler la tripa.

Le di un abrazo al abuelo. Él me miró con cara de «¿Y esto?», pero se dejó querer.

Qué flaco lo sentí. Era como abrazar un pajarito. Tenías miedo de partirle los huesecillos.

—¿Estás bien? —me preguntó la abuela, que es medio bruja y lo nota todo. «Las madres lo saben todo», que dijo mamá, aunque aquella vez tenía truco.

—Por mí no te preocupes, Marta —dijo el abuelo—. Aquí estoy, para demostrarles que esa nueva medicina funciona.

Sus palabras parecían una pompa de jabón, subiendo por el aire, tan bonita, tan llena de esperanza... Yo quería apoyar esa esperanza en mi mano, como cuando sostienes una pompa y no se rompe; ese pequeño milagro.

Pero la tía Pili ya estaba allí al quite para explotarnos la burbuja, con la escopeta siempre cargada de reproche, culpabilidad y arrogancia.

—¿Ves? ¿Ves? Lo que yo te digo siempre: pensamiento positivo. Así me gusta. ¡Ya era hora de que me hicieras caso! Si es que cómo te ibas a curar si estabas todo el día pensando en lo peor.

En ese momento, había por lo menos dos personas en aquella habitación con ganas de mandar a tomar por saco a alguien.

Hubo un silencio que se rompió cuando se abrió la puerta del baño.

Lo primero que vimos, cortesía de la bata abierta del hospital, fue un culo.

Escultural.

Por el culo no lo reconocimos.

Tuvimos que esperar a que se diera la vuelta. Y entonces descubrimos quién era el compañero de habitación del abuelo.

Tan joven, tan guapo, tan moreno.

A la tía Pili se le cayó el botellín de agua al suelo. (Y si no fuera mi tía y tuviera mil años, diría que las bragas también.)





Aquel fin de semana apenas hablamos.

Lo reconozco. No soy muy bueno captando señales. Las únicas señales que capto tienen que estar iluminadas con una linterna LED de 90.000 lúmenes. Pero no hacía falta ser adivino para darse cuenta de que la chica que manda a tomar por saco con cierta facilidad estaba molesta. Molesta y ocupada, porque al fin y al cabo había venido a Madrid a acompañar a su abuelo, y tendría que estar con él.

Eso, por un lado.

Por el otro...

Por el otro, admito que sí en aquellos días no conté mucho de mi vida, fue por otra cosa.

No fue por ella.

42.

LAS PERSONAS NO SOLO CONVERSAN CON OTRAS PERSONAS.  
TAMBIÉN PUEDEN «DIALOGAR» CON UNA PELÍCULA, CON UN LIBRO  
(«VIVIR EN CONVERSACIÓN CON LOS DIFUNTOS  
Y ESCUCHAR CON LOS OJOS A LOS MUERTOS»)...

ADEMÁS, CADA PERSONA PUEDE CONVERSAR —ES INEVITABLE—  
CONSIGO MISMA.

A MENUDO, UNO SE ENCUENTRA DANDO VUELTAS  
JUSTO AL TEMA DEL QUE MENOS LE APETECE HABLAR.  
LAS VACAS Y OTROS ANIMALES, QUE PARA ESO TIENEN CUATRO ESTÓMAGOS,  
HACEN LO MISMO CON LA COMIDA.  
Y SE LLAMA RUMIAR.



Pobre chaval. La que le había caído encima.

Una fan.

O eso dijo.

Era muy gracioso ver a la tía Pili perder los papeles y decir al joven con bata de hospital que si le firmaba un autógrafo, que era fan suya.

El pobre creo que no sabía dónde meterse. Lo peor es que solo tenía dos opciones: o meterse de vuelta en el baño o meterse en la cama (y, por su bien, hacerse el dormido).

Pero era educado.

Más educado de lo que parecía en la tele.

Y más guapo, como bien le hizo saber la tía Pili.

—Pero ¡mucho más guapo que en la tele! ¡Mucho más!

El abuelo y yo nos mirábamos y nos costaba aguantar la risa.

Él aprovechó que su compañero de habitación había recibido una llamada para preguntarme por lo bajini:

—Pero ¿quién es ese?

La tía Pili no le quitaba ojo al chico.

—Es un famoso de la tele. Salió en un concurso de cocina y luego fue a otro de supervivencia y no sé si a alguno más. Y se lio con otra famosa y de vez en cuando sale en el *Sálvame* y esas cosas. Richi, se llama.

El abuelo decía que sí con la cabeza.

—La madre que le parió —dijo—. Pues ahora no me saco a Pili de la habitación ni con agua hirviendo.

Pero resulta que quien hizo buenas migas con Richi fue él. No es raro. El abuelo cae bien a todo el mundo.

No tardamos en enterarnos de que Richi no estaba ahí para alegrar la vista a la tía Pili. Tenía melanoma, cáncer de piel, vaya. El cáncer le puede tocar a cualquiera. Como decía el abuelo: «Caga el rey, caga el Papa y de cagar nadie se escapa». Pues el cáncer, parecido. A Richi le gustaba estar moreno...

—Qué manía con eso de tomar el sol, chica —me dijo el abuelo más tarde, aprovechando que Richi se había ido a dar una vuelta por el pasillo—. Y pensar que el moreno era cosa de pobres

antes. Los ricos eran pálidos, ¿sabes? Ser blanquito era signo de tener parné. En el pueblo los llamábamos «los porcelanas». Aunque algo debió de pasarles porque ahora no tienen pasta. De trabajar, si lo hacían, era a la sombra y no en el campo. ¿Por qué te crees que se dice que los nobles tienen la sangre azul? Porque estaban tan pálidos que se les veían las venas azules a través de la piel. Y eso era de no dar palo al agua. Yo, sin embargo, todo mi vida he estado moreno de andar de aquí para allá con las cartas.

Richi acababa de entrar, justo a tiempo para oír lo último.

—¿Eras cartero? —le preguntó con el móvil en la mano mientras seguramente daba un corazón (rojo) en Instagram—. Qué bonito, cartero.

—Pues sí. Una época fui como el *guasap* de la comarca, llevaba los telegramas, esos cortos, caros y urgentes de piii pi pi.

Richi se rio.

Era entretenido estar con el abuelo y con Richi. La tía Pili se cortaba tanto con eso de que Richi era famoso que hasta estaba callada.

Yo le pedí permiso para hacerme un selfi con él y colgarlo en Instagram.

—¿Qué dices, chica? —preguntó horrorizada la tía Pili—. ¿No ves que no querrá que la gente lo sepa?

Richi la miró con el ceño fruncido.

—¿Crees que voy a sacar una exclusiva de esto? —dijo mientras volvía a tumbarse en la cama.

—No, no, no, no, no —se apresuró a decir la tía Pili—. No es eso. Es que... Igual no quieres que se sepa que tienes...

—Cáncer. —Richi acabó la frase por ella, tan pancho.

Y entonces este famosete me sorprendió. Para bien. A veces podía parecer un cabeza hueca, pero en esto... En esto era para quitarse el sombrero.

—Por mí que me cambien ahora mismo el nombre por Pontecrema. ¿Os imagináis? ¿Os imagináis a Caye gritándome por toda la isla «¡¡¡Pontecrema!!! ¡¡¡Pontecremaaa!!!».

Caye era otra famosa que se había pegado medio programa llamando a gritos a Richi. La tía Pili se reía como una loca. Richi, o Pontecrema, nos dijo que iba a protagonizar una campaña de prevención del cáncer de piel.

—A ver si viene a verle Caye —susurraba la tía Pili—. Como venga, a mí me da algo.

Pero qué va. Ningún otro famoso vino a verle. Por Twitter y eso, ya le dieron ánimos, ya. Pero la que andaba por ahí era la madre de Richi, que era una señora tan normal. No parecía la madre de un famoso. De parecerse a alguien, se parecía a la tía Pili. Igual de pesada.

—Ya ves —dijo mi abuelo cuando no estaban ni la tía Pili ni la madre de Richi—. Hay una cuota de pesados en cada familia. En la del rey, la del pobre, la del premio Nobel y la del funcionario.

«Igual que el cáncer», pensé. Pero a nosotros nos había tocado ración doble.

Y así, con Richi, su madre, su fan, el abuelo y la abuela, a mí se me pasó el fin de semana volando.

Mi madre criticaba a los que veían esos programas, programas como aquellos en los que salía Richi. «El opio del pueblo —decía—. Pan y circo.» Me reía yo también de la tía Pili por ver *Sálvame*. Pero ahora entendía mejor por qué entregarse a algo así, a historias que no son las nuestras, historias de otra gente que acude a una fiesta, rompe con el novio, se va de vacaciones, compra una casa, se arruina, presenta una nueva colección de baldosas, se hace una reducción de estómago...

Es porque mientras estás en eso no piensas en otra cosa.

Y yo, mientras oía las conversaciones entre el abuelo y Richi, mientras hacía mis propias apuestas sobre cuánto tardaría la tía Pili en desmayarse de la emoción y mientras veía los comentarios que me llegaban a Instagram de mi foto con Richi, mientras, entretanto, no pensaba en Pablo.

Y a eso lo llaman «entretenimiento». Que es todo lo contrario de «rumiar».

Seguramente recordarás el ataque que le dio a Richi en plena final de aquel programa. Se hizo viral. Salió en todas las televisiones. Era un ataque epiléptico. Sucede a veces como consecuencia de chispazos en el cableado eléctrico del cerebro. Fue grave. Tomó el sol como los lagartos, sin protección. Cero crema, mala suerte en la lotería genética y se le metió el moreno en la cabeza. Y ahora tenía, literalmente, varias metástasis cerebrales.

No es que tuviera tumores cerebrales, como decían algunos medios. Tenía un melanoma maligno. [Maligno no te sonaba muy amigable, me indicaba tu expresión facial.] Es un tumor que empieza en las células que dan color al pelo y a la piel. Pero el tumor de Richi no era de esos que se pudieran extirpar de la piel y, muerto el perro, se acabó la rabia. Ya era maligno. Se había esparcido.

Cuando un tumor crece y gana en agresividad, como el melanoma, primero invade lo que está cerca. [Te hice un gesto como que si excavase con los dedos a través de la piel. Te asustabas.] Sigue evolucionando y además de crecer, se escapa y viaja por el torrente sanguíneo, se esparce por el cuerpo y empiezan a crecer pequeños tumores. Las famosas metástasis. No es que de repente le aparezcan nuevos cánceres de pulmón, cerebro o hígado. Es el mismo cáncer que se ha extendido, que ha colonizado varios sitios, que ha metastatizado.

[Estabas horrorizada. Te mordías el labio.]

Afortunadamente, llegar a formar metástasis es algo complicado. La inmensa mayoría de células tumorales se eliminan antes o durante el viaje. Tampoco pueden formar metástasis en cualquier parte del cuerpo; cada tumor tiene sus preferencias. [Seguro que en tu pueblo también dicen que no crece cualquier semilla en cualquier suelo. No

recuerdo ese refrán exactamente, pero sí recuerdo que más vale prevenir que curar.]

Por eso es importante la detección temprana. Cuanto antes se elimine un tumor, menos problemas da. En el caso de muchos tumores, al quitarlos en etapas muy tempranas, se acaba con el problema. Es como no haberlos tenido.

¿Sabes lo que ha aumentado la incidencia de melanoma en las últimas décadas? Coco Chanel dijo: «El moreno es bello». Lo que no dijo es que el melanoma es feo, muy feo. No es la única culpable. Los bañadores son cada vez más cortos de tela. Los de nuestras bisabuelas eran como burkinis y los de ahora... ya sabes cómo son.

Tú tienes bastantes pecas. ¿Sabes que el melanoma es un cáncer de gente joven? Tomar el sol sin protección es como el tabaco, hace que las células de la piel acumulen mutaciones. La piel tiene memoria. ¿Sabes que cada quemadura solar antes de los dieciocho años duplica la probabilidad de que tengas un melanoma al cabo de unos años?

[Asientas. Mirabas de reojo tus pecas. Ya te arrepentías de no haberte puesto crema alguna vez.]

Por suerte, es un cáncer que se deja ver; empieza a revisar tu piel. Conoce tu piel. Hay que cogerlo a tiempo porque, una vez que empieza a esparcirse, lo hace muy rápido. Si tienes un nuevo lunar o si ves que un lunar crece o cambia de color, tamaño o forma..., si lo notas diferente, ve al médico lo antes posible. Son señales. Te lavas los dientes todos los días, revisa tu piel de vez en cuando, una vez al mes. Son diez minutos.

Protegerse y estar alerta del melanoma son dos buenos consejos. Te lo dice tu amigo Julio. Oncólogo. ¿Conoces el abecé del melanoma? Yo ya me lo he aprendido, como las preposiciones: asimetría, borde, color, diámetro y evolución. Si ves que alguna peca está creciendo, que tiene los bordes irregulares, un color irregular y mide más que el culo de un lápiz, ¡háztela mirar!

De todo esto, solo hace falta que te acuerdes de una cosa. Te la diré como uno de esos telegramas que repartía tu abuelo: pi, piii, piii, pi, piii, piii, piii, piii, pi, piii, pi; piii, pi,

piii, pi, pi, piii, pi, pi, piii, piii, pi, piii. [Tú me miraste con cara de «este tío está mal de la cabeza». Lo que te dije era «Ponte crema» en morse.]



Mamá había ido a buscarnos a la estación. Llevaba sus gafas de sol de famosa, esas que le tapaban media cara y que, sobre todo, le tapaban sus ojos sin pestañas y su cara sin cejas.

—Cualquiera diría que venís de vacaciones —nos dijo.

Y era verdad. Se nos veía felices. Nos quitábamos la palabra unos a otros, aunque siempre ganaba la tía Pili, que había recuperado el habla en cuanto Richi desapareció de su vista. Un famoso es un inhibidor del habla.

Y eso que ya le habíamos adelantado nuestro encuentro con Richi por WhatsApp.

Pero estábamos tan contentos... El abuelo se encontraba mejor. En el hospital le habían tratado fenomenal. Aún no había empezado el tratamiento. De momento solo le habían hecho pruebas. Pero parecía que salían bien. Nos habíamos hecho amigos de un famoso. Éramos puras pompas de jabón.

—¿Y qué tal por aquí? —preguntó la abuela, con intención, a mi madre.

—Muy bien, muy tranquilos —contestó—. Un poco cansada, pero bien.

Mamá ya había terminado la radio. Cada tres semanas tenía que ir al hospital a que le inyectaran algo unos meses más. Después tendrá que tomar una pastilla los próximos diez años, pero qué maravilla pensar en eso, en «los próximos diez años».

La abuela sonrió.

Sí, todo parecía ir bien.

Como para comprobarlo, como para completar el cuadro, miré el móvil de refilón. Pero no había entrado ningún wasap.

Nosotros arrastrábamos por la estación nuestras minimaletas. Mamá se dejaba arrastrar por nuestro entusiasmo.

—Ya verás, papá. Esto sí que va a funcionar —dijo sonriendo. Qué bien le quedaba la peluca.

—Si es que no sabes todo lo que están inventando, hija. Al Richi ese le van a dar otra cosa nueva estupenda. ¿Cómo se llamaba, Conchi?

—Inmunoterapia —dijo la tía Pili, quitándole la palabra a la abuela.

—Eso, inmunoterapia. No me preguntes lo que es, pero parece que es lo más. Ya no saben qué inventar para que no nos muramos.

Mi abuelo era el único que se atrevía a conjugar ese verbo. Los demás seguíamos recurriendo a los puntos suspensivos.



[Me preguntaste qué era eso de la inmunoterapia. Supongo que lo que no me preguntaste y querías preguntarme era si íbamos a dársela a tu madre o a tu abuelo.]

La inmunoterapia, como dice el propio nombre, consiste en tratar con el sistema inmune.

[Debias de tener un mal día porque me dijiste: «Obvio, para eso no hace falta estudiar medicina».]

Las células del sistema inmune, los policías del cuerpo, tienen receptores en su superficie que les permiten identificar a invasores peligrosos y al cáncer. Del mismo modo que atacan a bacterias y virus que causan enfermedades, cuando descubren una célula tumoral le propinan un golpe mortal.

Pero a veces las células tumorales aprenden a esquivar este golpe. Se cubren de unas moléculas que sirven de señal al sistema inmune para que no les ataque. Una de las estrategias en inmunoterapia consiste en bloquear esta señal para que el sistema inmune las identifique y ataque. Cuando funciona, es sorprendente. ¡Hay personas que se han curado!

[Tu cara y tu cuerpecillo me recriminaban que no estuviera dándoles ese tratamiento a tu madre y a tu abuelo.] El problema es que todavía estamos aprendiendo a identificar en qué pacientes funciona la inmunoterapia y en cuáles no. En algunos casos de melanoma, como las células tienen muchas, muchísimas, mutaciones causadas por el sol, parece que el sistema inmune puede reconocer este tipo de tumor cuando se le espabila. [No te quise decir lo caros que son estos tratamientos porque el tiempo no es oro, es vida. El oro no vale nada. Tampoco quise decirte que muchas inmunoterapias están todavía en fase experimental.]

Ese chico, con ese diagnóstico de melanoma tan avanzado, se hubiera muerto al cabo de unos meses hace tan solo unos años... y ahora puede curarse. ¡Investigar funciona!

Y si no funcionase la inmunoterapia, desde hace unos años hay un fármaco que bloquea una mutación que causa muchos melanomas y que funciona bien. Podemos leer el ADN del tumor fácilmente, ver si tiene la mutación y dar ese inhibidor. [Y tú me preguntabas con la mirada que por qué no se lo dábamos a tu madre y a tu abuelo.] Los tumores de tu madre y de tu abuelo tienen otras mutaciones. Son enfermedades distintas. El fármaco que le estamos dando a tu madre está dirigido a otra diana que se copia muchas veces, es otro tipo de inmunoterapia porque su misil teledirigido es un anticuerpo. Los anticuerpos los producen células del sistema inmune, aunque el de Silvia lo fabriquen en el laboratorio. Pero el arsenal del que disponemos, aunque cada vez es mayor, todavía no abarca todas las mutaciones ni todos los tumores. Estamos aprendiendo muchísimo.

Otras inmunoterapias refuerzan el sistema inmunitario para que funcione mejor contra el cáncer. A veces hace falta tunear en el laboratorio células del sistema inmune antes de que puedan atacar al cáncer. Para eso podemos aislarlas, armarlas con nuevos receptores que les permitirán detectar a las células tumorales, expandirlas en el laboratorio y reintroducirlas en el paciente. Una vez dentro del cuerpo, las células inmunes modificadas reconocen y atacan al cáncer. Yo los llamo «Robocops inmunitarios», pero se llaman células CAR-T, linfocitos T con un receptor quimérico antigénico. Ya empieza a aplicarse en pacientes. Otras veces los polis del cuerpo son sobornados por las células tumorales. Hemos identificado el diálogo molecular y podemos alterar la conversación con fármacos para que vuelvan a atacar a los tumores. ¡Podemos hacer tantas cosas! Y cada vez más.



Después de las pruebas nos lo confirmaron: el abuelo tendría que volver a Madrid para que le dieran el tratamiento experimental.

O no.

Yo no dejaba de pensar en lo que me había contado Julio. ¿Y si el abuelo estaba en el grupo placebo? ¿Y si decían que se lo daban, pero no se lo daban? Dijo Julio que, si no se lo daban pero veían que el tratamiento funcionaba, pasarían a dárselo enseguida. Pero ¿cuándo «enseguida»? Yo no quería «enseguida». Yo quería «ya».

¿Era yo la única que tenía prisa? ¿No era todo esto larguísimo? Lo de mamá, lo del abuelo... ¿Cuánto tiempo llevábamos yendo y viniendo al hospital? Mamá ya llevaba más de medio año sin trabajar. Estaba cansada. Casi siempre estaba cansada.

Yo también. Cansada de esperar.

También cansada de esperar mensajes que no llegaban.

Con Pablo no podía esperar un inofensivo cruce de «megustas» en Instagram antes de volver a tener una relación más o menos normal, como me pasó con Lucía. Pablo no hacía esas cosas.

Pero un día me llegó un mensaje suyo.

«¿Qué tal todo? ¿Tu abuelo? ¿Tu madre?»

No me preguntó: «¿Qué tal tú?».

Yo le contesté imitando a mi abuelo:

«Todo en orden.»

Él me mandó un «OK?».

Yo le respondí «OK».

No sé si él había leído *Bajo la misma estrella*. No sé si sabía lo que «OK» podía llegar a significar.

Ahora, cuando miraba los chats antiguos, se me aparecía ese intercambio de OKS.



Lo que yo veía, si abría esa conversación, era este mensaje mío:

OKAY?

OKAY.

La prueba de que, sí, yo también había leído *Bajo la misma estrella*. Y, sí, sabía que intercambiarse OKS podía ser algo menos inocente de lo que parecía, podía tener otro significado.

Mi mensaje estaba listo para salir, pero no enviado porque, si mi sentimiento de afecto no era correspondido, a ver quién era el guapo que encontraba una retirada digna después de eso.

43.

LOS LIBROS, LAS PELÍCULAS, LAS SERIES...

NOS OFRECEN MODELOS DE COMUNICACIÓN.

DADO LO DIFÍCIL QUE RESULTA

LA COMUNICACIÓN DE AFECTOS,

SON ESPECIALMENTE VALIOSOS LOS MODELOS

DE COMUNICACIÓN AMOROSA.

NO TODOS LOS MODELOS SON VÁLIDOS.

POR EJEMPLO,

POR MUCHO QUE APAREZCA REPETIDAMENTE EN PELIS Y LIBROS,

SI LLAMAS «PRINCESA» A UNA CHICA TIENES UNA PROBABILIDAD

DEL 87 % DE FASTIDIARLA.

TRATARLA A PATADAS, IR DE MALOTE,  
AUNQUE TAMBIÉN ES UN MODELO RECURRENTE,  
NUNCA ES UNA BUENA IDEA.  
ELIGE BIEN TUS MODELOS.



Esto es como lo de «Tengo dos noticias, una buena y una mala. ¿Cuál quieres que te cuente primero?». Total, que no sabíamos si poner palmeras de chocolate o no.

La noticia buena era que el ensayo clínico funcionaba.

La mala era que el abuelo estaba en el grupo placebo y no había estado recibiendo la medicina «de verdad». Solo creía que estaba recibéndola. Y ni por esas, ni por la fuerza de pensar que podía ir a mejor, mejoraba.

Aún nos querían dar otra noticia buena, pero a mí me sonaba a disculpa que llega tarde: que no nos preocupáramos, que —ahora sí que sí— le darían la medicina de verdad. «A buenas horas», pensé.

El abuelo tenía que seguir yendo de vez en cuando a Madrid.

Yo ni intenté volver a acompañarlo.

Pero la siguiente sesión le tocaba el 5 de marzo, que era festivo en Zaragoza. Iban a hacerle una prueba de seguimiento para ver cómo iba la cosa.

—¿Vienes conmigo a acompañar al abuelo? —me preguntó mi madre. Ya no se la veía tan cansada. Le había empezado a crecer el pelo. Le salía rizado. A ella no le gustaba. Aún se resistía a quitarse la peluca.

Seguíamos discutiendo de vez en cuando. Pero yo intentaba decirle «no» cada vez menos.

No le dije que no a ir a Madrid.

Y así fue como me vi camino del hospital.

En Madrid.

En Madrid viven un porrón de personas.

¿Qué probabilidades estadísticas, como diría el-chico-de-los-porcentajes, Pablo, había de que me encontrara con él? Ya, racionalmente, pocas. Pero una vez me lo había encontrado en Jaca. En Jaca.

Por eso, desde que pusimos un pie en Atocha, no dejé de esperar encontrármelo, detrás de cada esquina, detrás de cada ventanilla de cada coche que pasaba, en la sala de espera del hospital. Puede parecer absurdo, lo sé. Pero una vez —insisto— me encontré al chico madrileño en Jaca.

Y, además, mi horóscopo de ese día decía: «Te encontrarás con un viejo amigo al que no veías desde hace meses y con quien quizá tuviste un desencuentro. Recíbele con un fuerte abrazo».

Pero a quien no podía abrazar entonces era a mi abuelo.

[Que por qué no habias podido ver a tu abuelo, me preguntaste. Le acababan de hacer una foto y había que iluminarlo desde dentro. Tu abuelo, tras aquella prueba que le habian hecho, tenía tantas luces que parecía un árbol de Navidad por dentro. ¡Oh, triste Navidad! No iba a brillar por la noche ni nada de eso. Los positrones que emitía desaparecerían rápido. Pero, por precaución, era mejor que no le tocases en unas horas. Al día siguiente ya le darías doble ración de achuchones.]

La imagen biomédica es una foto que ayuda a los médicos a tomar decisiones. Con una fotografía de rayos X, una radiografía, podemos saber si un hueso está roto. Una ecografía nos dice el sexo de un bebé o si se encuentra bien. A tu abuelo le habian hecho una tomografía por emisión de positrones, la famosa PET. Es una técnica que permite sacar fotos en 3D de unas partículas físicas que se llaman positrones.

[Lo más difícil era no decir «radiactivo». ¡Qué mala prensa tiene la radiactividad, y no me extraña! Pero ¿si te dijera que el granito es radiactivo...?]

Es una técnica muy sensible y que puede dar mucha información. Detecta moléculas a las que les pegamos positrones, un azúcar, por ejemplo. Como en general las células tumorales captan más azúcar que las sanas, esta técnica nos permite encontrar, por ejemplo, tumores y metástasis muy pequeños. Para entenderlo: es como si fuera un contraste que se pega al tumor. Además, le habían hecho un TAC para solaparlo y ubicar mejor la señal de los positrones en su cuerpo. [No tuve que decirte que el TAC, la tomografía axial computerizada, era una radiografía en 3D hecha a partir de miles de radiografías, llevabas mucho tiempo de hospitales y ya manejabas la jerga.] Hay más técnicas de imagen, como la resonancia magnética o incluso una mamografía, y cada una sirve para obtener un tipo de información. Aunque todo el mundo lo llama

escáneres y no los distingue.

[Esa no era la parte de información que a ti te interesaba.]

Te dije que había que esperar al análisis y al informe, que le harían más escáneres para ver cómo evolucionaba, si respondía a los nuevos tratamientos.

[Resoplaste. «Esperar» no era tu palabra favorita.]





Madrid tiene 3,1 millones de habitantes. Más que Roma, más que París, más que Bucarest.

Eso, solo Madrid. Si cuentas toda el área metropolitana, hay 6,5 millones de personas esperando encontrarse casualmente con otras 6,5 millones (-1) personas.

La chica que leía el horóscopo debería reconocer que si nos encontramos aquella vez en Madrid no fue porque estuviera escrito en las estrellas o donde lean sus cosas los astrólogos, sino porque:

1. La chica que se cansaba de esperar tenía que esperar de nuevo. Esta vez a ver a su abuelo. Debido al aburrimiento, una de las cosas que hizo fue enviar su ubicación al chico que sacaba el móvil en los recreos.
2. Contra todos sus principios, el chico que jamás hizo novillos, decidió que bien podría saltarse la clase de matemáticas y la de inglés, coger el metro y plantarse en el hospital.
3. No había huelga de metro.
4. Por más que lo pensara en todas y cada una de las paradas hasta llegar a la del hospital, el chico que jamás volvería a hacer novillos (no le compensaba la tensión) se mantuvo fiel a su decisión inicial y no se bajó ni se dio la vuelta para llegar a tiempo a clase de matemáticas.

Y todo eso me lleva a mí a tu encuentro.

44.

UN ABRAZO ES UNA MUESTRA DE AFECTO  
QUE CONSISTE EN, PUESTAS DOS PERSONAS FRENTE A FRENTE,  
POSAR LOS BRAZOS SOBRE LA ESPALDA DE OTRA PERSONA  
AL TIEMPO QUE SE ACERCA EL CUERPO  
Y CONTRAER LAS FIBRAS DEL PECTORAL MAYOR  
ASÍ COMO LOS BÍCEPS, DELTOIDES Y FLEXORES DE LA MUÑECA  
PARA PRESIONAR CON MÁS O MENOS FUERZA.  
ES MÁS FÁCIL DARLOS EN LA INTIMIDAD  
QUE EN PRESENCIA DE TERCERAS PERSONAS.



Madre mía...

Madre mía el-chico-que-describía-los-abrazos-como-ejercicios-de-gimnasia...

Él sabía que iba a verme a mí, pero yo no. Por más que lo predijera mi horóscopo.

Cuando lo vi, sentí que se me paraba el corazón. Y luego, como para compensar la miniparada cardiorrespiratoria (ya escribo como un médico), se puso a galopar. Entendí perfectamente qué era eso de sentir que se te sale el corazón del pecho.

Pensé que mi madre sería capaz de verlo, como a veces se ven desde fuera las patadas que da un bebé dentro de la tripa de una embarazada.

Sí, de un momento a otro, mi madre me iba a señalar al pecho e iba a decir: «Hija, se te está saliendo el corazón».

Ella estaba enfrente de mí, en la cafetería, en el mismo sitio desde donde —vale, sí— ayudé un poco a las estrellas enviando a Pablo mi ubicación.

Hice a Pablo un gesto con los ojos. Intentaba significar: «Espera, que voy».

Mi madre estaba de espaldas a él. No lo había visto. No sé si lo reconocería.

—Voy al baño un momento —le dije.

Salté de la silla.

Fui hacia el pasillo.

Me volví hacia mi madre. Seguía de espaldas, enfrascada en su móvil.

Pablo, en la puerta de la cafetería, abrió los brazos y los levantó como quien lleva un paquete invisible. Supuse que ese movimiento tan poco espontáneo sería para él el primer paso del ejercicio gimnástico «abrazo».

Me lancé hacia él. Ni pasos ni leches. Primero lo abracé con cuidado, por la costumbre. A quien más abrazaba últimamente era al abuelo, tan delicado, un pajarito. Me sorprendió no toparme con sus huesos. Abrazar a Pablo no tenía nada que ver con abrazar al abuelo. Él tenía los huesos bien ocultos bajo capas de músculos.

Músculos con los que cerraste el abrazo hasta estrujarme.

Supongo que era el segundo paso de tu ejercicio gimnástico conocido como «abrazo». Y, ahí dentro, dentro de tus brazos, me sentí yo un pajarito. Solo que no tuve ningunas ganas de salir volando. Cerré los ojos. Yo solo quería quedarme ahí dentro, borrar el olor del hospital y cambiarlo por el tuyo, dejar de oír el clinc, clanc de la cafetería y escuchar solo los latidos de tu

corazón. Sí, los oía. Puede que tu corazón también estuviera a punto de salirse.

Hasta que de repente me soltaste de golpe. Como si acabaras de descubrir que la radiactiva era yo.

Diste un paso atrás.

Y entonces vi tu cara roja como el gazpacho.

—¿Pablo? —oí una voz a mi espalda.

No sabía que mi madre supiera tu nombre.

Por lo que me contaste, la siguiente en ponerse roja fue ella.

Yo no lo ví, y mira que tu madre me insistió para que os acompañara. Pero yo solo tenía ganas de salir de allí cuanto antes. Ya me imaginaba a tu madre mandando un mensaje a la mía, o a mi abuela, para contarle la ilusión que os había hecho verme y comentando lo grande que es Madrid y qué casualidad que justo tuviera que ir al hospital a entregar una tarjeta de parte de la clase a un profesor (que es la trola que tú te inventaste por mí; yo no sé mentir).

No soportaba la idea de que mis padres se enteraran. Porque yo no era así. No me saltaba clases.

Salí corriendo del hospital, de vuelta al instituto, y fue en el metro donde recibí tus mensajes. Sí, tenía el móvil en la mano, como si los esperase. No esperaba lo que me ibas a contar: que tu abuelo casi había pillado a tu madre.

Bueno, pillarla la había pillado segura, porque cuando entró en la habitación, tu madre estaba sin la peluca. Estaba convencida de que el abuelo tardaría mucho más en volver. Otra cosa es si él se dio cuenta.

«Es súper despistado. Y mamá se ha colocado la peluca que, si hay un récord Guinness para eso, lo bate. Para mí que no se ha enterado. Aunque está muy serio. Será que está cansado.»

Y otro mensaje.

«Yo no puedo con más emociones por hoy.»

Y una carita sonrojada sonriente. No la que está más sonriente, la otra.

Me di cuenta de que yo también sonreía por cómo me miraba la señora que tenía enfrente en el metro.

Me pregunté si en tu recuento de emociones fuertes del día estaría también yo.

Tenía que estar yo.

Porque en el mía, en mi recuento de emociones, en un día que incluía mis primeros, y seguramente últimos novillos, reconozco que la máxima emoción, la primera de la lista, era aquel ejercicio gimnástico que practiqué contigo.

Ese día, cuando llegué a casa, al verme mi padre, me dijo: «Muy sonriente vienes tú hoy». Me di la vuelta para que no siguiera escrutándome. Sé que no tenía ninguna base científica, pero a ver si iba a ser verdad aquello de que las madres lo saben todo, y a ver si era ampliable a los padres.

45.

CIENTÍFICOS DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA HAN ESTUDIADO  
CÓMO RESPONDE EL CUERPO ANTE EL AMOR.  
PARECE PROBADO QUE, ANTE LA VISIÓN DE UNA PERSONA AMADA,  
SE PRODUCE UNA «TAQUICARDIA AFECTIVA»:  
EL CORAZÓN VA PRIMERO MÁS LENTO  
PARA ACELERARSE JUSTO DESPUÉS.  
POR OTRO LADO, ES FRECUENTE QUE AUMENTE LA SUDORACIÓN.  
OTRO EFECTO ES QUE SE ACTIVA EL MÚSCULO QUE PROVOCA LA SONRISA.  
PUEDE QUE TÚ NO TE CUELQUES UN CARTEL QUE DIGA  
«ESTOY ENAMORADO»,  
PERO, ¡OJO!, PORQUE TU CUERPO SÍ.



Y, sin embargo, yo tenía la sensación de que me equivocaba si creía que te gustaba.

Es verdad que te saltaste las clases para verme. Pero también es verdad que habías permanecido en silencio un tiempo. Y vivías a más de trescientos kilómetros. Y yo daba por hecho que tenías a alguien, alguien que hacía que te encontraras sonriendo, en Madrid.

Estaba harta de tantas idas y venidas. Con el cáncer. Mamá, que parecía estar bien, y luego mal, y luego bien. El abuelo, bien, mal, bien, ahora mal. Tú, con Lucía, ¿connmigo?, mal, bien, mal, ¿bien?

No me lo quería creer. Ya no. Mi lista de indicios, que incluía esa eme que resultó ser el símbolo de virgo, se había ido recortando. Y no, no, no, no. Sería cauta. No pensaba caer en la ridiculez de creer mis propias fantasías.

Como las fantasías que me había montado sobre la curación de mi abuelo.

«Vive con intensidad el inicio de una nueva relación. Te encontrarás lleno de energía», decía mi horóscopo. Pero mi horóscopo también era el del abuelo.

Y ahora el abuelo estaba peor.

No es que no mejorara.

Es que estaba mucho peor. Ya no tenía fuerzas ni para ir al cine.

Apenas comía. Se lo tenían que dar todo triturado. Se acababan las cucharas del cajón. Antes era al revés. Se agotaban los cuchillos de sierra, los que cortaban de verdad, y los tenedores, y había que sacar alguno sucio del lavavajillas para lavarlo a mano. Pero ahora que todo eran purés, se agotaban las cucharas.

Mamá le compró unos tirantes porque cada semana tenía que ir al zapatero para hacer un nuevo agujero en el cinturón.

Ya no se pesaba.

Pero los agujeros del cinturón nos gritaban lo que intentábamos que callara la báscula.

La tía Pili se empeñaba en que tomara otras medicinas, homeopatía. Que a no sé quién le estaban funcionando. Que cómo no iba a probarlas.

Y la abuela:

—Pues no sé, chica. Nos lo habría dicho el médico.

Y la tía:

—Pues no perdemos nada por probar. ¿Y medicina natural?

Y el abuelo:

—Dejadme en paz.

Y mamá, volviéndose loca leyendo cosas por internet. A favor, en contra... De vez en cuando la pillaba leyendo blogs de otras mujeres que también tenían cáncer. Eso, y cosas sobre el crecimiento del pelo. Había un vídeo de una mujer que se había hecho una foto cada día y se le veía cómo le crecían las pestañas, el pelo, las cejas. Igual quinientas de las visualizaciones que tenía el vídeo las había hecho mi madre.

Y yo, que solo quería que el abuelo se curara, desesperada, fui a preguntar a Julio.



[A bueno fuiste a preguntar. Hay distintas posturas sobre esto. La mía, te lo advertí, es radical. Pero la ciencia se basa en hechos, no en opiniones, ni en posverdades.] Homeopatía NO es medicina natural. Medicina natural es que cuando te molesta el estómago te tomes una manzanilla. La gente lo confunde.

Cuando hay algo en la naturaleza que puede curar una enfermedad, se copia en el laboratorio. En cáncer también, como ocurre con una quimio muy común que se usa, entre otros, en el cáncer de mama, el cáncer de tu mamá. Se obtuvo de una corteza de un árbol. Se observó que los extractos de un tejo americano tenían propiedades antitumorales. Para sacar medio gramo hace falta la corteza de un árbol de doce metros que tarda doscientos años en crecer. Con la de millones de pacientes a los que se les ha administrado este tratamiento, si solo pudiéramos usar la corteza del tejo para obtenerlo, ¿ese árbol estaría ya extinguido! Se sintetizó, se copió, en el laboratorio y hasta se hicieron modificaciones para que el principio activo, lo que mata a las células tumorales, funcionase mejor y con menos efectos secundarios.

La homeopatía no no NO NO NOOOOOOOOOO es medicina natural, ni tradicional NI MEDICINA. A lo sumo, es como tomar placebo. Si crees que tomas algo que te va a curar, esa sustancia puede hacerte sentir mejor, PERO ¡NO CURA! [Pusiste cara de miedo. Es cierto, soy muy radical contra la homeopatía y el tabaco.]

Para que lo entiendas, la homeopatía dice que «lo similar cura lo similar». Lo que te causa un mal te lo cura, pero en dosis muy bajas. Por ejemplo, se usa café para tratar el insomnio u otras para la indigestión, porque a veces dan indigestión. También se utilizan cebollas para tratar alergias, porque durante una alergia a veces lloran los ojos. E incluso venden trozos de muro de Berlín para combatir la depresión porque causó

mucha tristeza. Ridículo.

Ese es el primer principio de la homeopatía. El segundo dice que para que esas cosas sean curativas lo que uno tiene que hacer es administrarlas en dosis mínimas. Esto es discutible y posiblemente lo fuera más a finales del siglo XVIII, cuando nació la homeopatía y no se sabía casi nada de lo que hoy sabemos de medicina. Dicen que, cuanto más diluido está el principio activo, más potente es. La dilución a la que trabajan es 1 molécula activa en 1.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000 de moléculas de agua. Es decir, 1 molécula en 10.000 litros de agua. Si te dan unas gotas, ¿qué posibilidad tienes de que te toque esa molécula? ¡Aah, espera, que estos tipos son cojonudos! [Sí, ya te dije que en esto soy radical. Al menos los médicos deberíamos serlo.] «El agua tiene memoria –dicen–. La presencia de esta molécula es recordada por el agua.» Dicen que cuando la sustancia está con el agua genera unas vibraciones porque choca con las moléculas y esas vibraciones se mantienen en el agua muuuuucho tiempo. Pero te diré lo que está comprobado: la dinámica del agua se puede medir con infrarrojos y te chiva qué pasa entre los enlaces de hidrógeno y oxígeno. Una cantidad de agua se reordena más de un billón de veces por segundo. ¡Vamos, que el agua perdería la memoria en cada billonésima parte de segundo!

La homeopatía no hace nada. Yo me suicidé homeopáticamente una vez tomando dos botes. [Me mirabas como si te sorprendiera que estuviera vivo.] Si un enfermo quiere tomarse algo que no le hace nada, como la homeopatía, además de sus tratamientos, adelante. Es como un placebo. Pero he tenido pacientes que han abandonado tratamientos que podrían haberles ayudado. Eso es lo peligroso. Lo mismo pasa con otras cosas, como el agua con limón, el *reiki* y un montón de cosas más. Hay gente que se aprovecha de la desesperación de muchos pacientes y de sus familias para vender tratamientos que no tienen ninguna base científica.

Las pseudociencias. Mira a Steve Jobs, se comió su manzana envenenada. Tenía otro tipo de cáncer de páncreas, diferente al de tu abuelo. El tipo bueno, o el menos malo. Era muy listo para unas cosas, pero para otras... Intentó curarse por sí mismo con

meditación, acupuntura, bebiendo zumos de frutas y acudiendo a curanderos. Cuando finalmente accedió a tratarse y a operarse como le habían recomendado los médicos, había perdido un tiempo valiosísimo. Su tumor se había extendido. Él mismo reconoció que debió operarse antes.

[Sonreíste. Creo que te gustó que te hubiera dado argumentos para confrontar a tu tía Pili.]



A mí que me den un manual.

Que me cuantifiquen los grados de una relación del 0 al 10, siendo el 0 indiferencia (el odio pertenece a otra escala) y el 10... pues eso, lo más.

¿Es una relación «cautelosa» un grado 3? ¿Cómo se identifica?

Yo solo puedo comparar datos. Y si comparo, constato que el número de mensajes que recibía de Marta era significativamente menor que el número de mensajes que recibía de Lucía cuando estábamos comoquiera que estuviésemos.

Pero no pensé que eso fuera mejor ni peor, ni que la chica desencantada que había decidido dejar de creer en fantasías sacara conclusiones de eso, y mucho menos que se imaginara que yo podía tener una relación grado ¿10? con alguien en Madrid. Bastante tengo con averiguar qué pienso yo para intentar saber qué piensan los demás, sobre todo cuando existe una probabilidad tan grande de equivocarse tratando de adivinarlo.

Además, mi amigo Jorge me dijo que había gente que hacía como que no estaba interesada en una relación, que se hacía la dura, para resultar más atractiva. Sí, quizá debería cambiar de amigo o dejar de considerarlo un gurú del amor.

Sí que es verdad que hubo menos risas, menos ja, ja, ja. Pero cómo iba a haberlos por su parte con el panorama que tenía en casa, y por mi parte, con el panorama que tenía yo en casa, ese del que nunca hablábamos.

UN MILITAR CHINO HACE MÁS DE DOS MIL AÑOS.  
ESTÁ LLENO DE CONSEJOS PARA LA GUERRA QUE AHORA SE EMPLEAN  
TAMBIÉN PARA HACER NEGOCIOS.  
UNO DE LOS CONSEJOS DE SUN TZU, QUE ASÍ SE LLAMABA EL CHINO, ES:  
«CUANDO SE ESTÁ CERCA, SE DEBE PARECER LEJOS.  
CUANDO SE ESTÁ LEJOS, SE DEBE PARECER CERCA».  
OTRO REFRÁN DICE:  
«EN LA GUERRA Y EN EL AMOR, TODO VALE».



—Chico, esto parece un coche fúnebre.

El abuelo tenía razón. Íbamos camino del pueblo, más en silencio que nunca, tan conscientes de que aquel viaje podría ser el último, que papá ni puso la radio.

Marcos, nuestro recurso infalible para meter un poco de parloteo en cualquier situación, se había quedado en casa de un amigo.

Yo estaba con el móvil.

—¿Qué? ¿Escribiéndote con un novio? —me soltó el abuelo—. Anda, canta algo, Marta. ¿Qué pasa, que ahora los chavales ya no cantan en el coche?

Creo que el abuelo se esperaba algo tipo «vamos a contar mentiras, tralará», pero papá puso la radio, sonó una pegadiza de Enrique Iglesias, que encima era medio en inglés, y es lo único que pude cantar.

Me extrañó que el abuelo no se quejara como había hecho otras veces. No le gustaba mi música porque la mayoría estaba en inglés y él no sabía inglés.

Decía que la música era para cantar y bailar y que la música extranjera no se puede cantar.

Cuando llegamos al pueblo, vimos en lo alto de la cuesta a nuestro propio comité de bienvenida: Julia, Ángel, el Minuto y la Minuta, Currutaco, el cura viejo, ocho tías Marías, la abuela de Pablo...

—¿Y esto? —dijo mi madre.

—La tía Pili —aventuró la abuela—. Fijo que ya ha llamado a todo el pueblo para avisar de que veníamos.

Tan ocupado estaba papá mirando el comité de bienvenida que no vio el gato que cruzó la cuesta.

Yo sí.

Y todo el comité de bienvenida, que abrió la boca a la vez cuando papá lo atropelló.

Y el abuelo también lo vio.

—Pues al final resulta que sí que éramos un coche fúnebre, sí —dijo tan pancho—. O asesino. Garbancita, tu padre te acaba de dejar en herencia un nuevo mote.

Y mi padre, consciente de la que acababa de liar, completó la frase:

—Matagatos.

No sé cómo podían bromear tan tranquilos. Yo solo quería que ese gato, el gato atropellado, no

fuera Misi, mi Misi. Pero no podía ser porque Misi era una bola de pelo y aquel gato, por lo poco que pude ver antes de que papá se lo cargara, tenía el pelo corto. Y más claro.

Pero cuando salimos del coche, allí nadie parecía acordarse ya del gato. Solo yo, que quería y no quería mirar hacia la cuesta. Los demás bastante entretenidos estaban abrazando al abuelo, ofreciéndole una silla, ayudando a sacar las bolsas del maletero, dando besos a la abuela...

—Que no me he muerto aún. ¡Que el que se ha muerto es el gato! —les recordó después de cien abrazos el abuelo, sobrepasado con tantas muestras de cariño.

El-chico-que-necesitaba-un-manual habló de los suspiros hechos nubecillas de vapor, de lo invisible hecho visible por culpa de circunstancias extraordinarias. En ese momento lo vi claro, la enfermedad también es una circunstancia extraordinaria en la que se hace visible algo que no siempre podemos ver: el amor de los demás.

Pero, rudos que son en el pueblo, no iban a dejar que se notara demasiado y pasaron de los abrazos a reírse del chiste (malo) del gato (muerto) que había hecho el abuelo.

«Qué triste —me dije pensando en el gato—, que tu muerte no importe a nadie.»

«Qué bonito —me dije pensando en mi abuelo—, que tanta gente te quiera y te quiera vivo.»

mp

No sé si lo sabes, pero fue mi abuela la que retiró el gato de la cuesta.

Cogió una pala y lo llevó hasta donde acaba la calle, en el monte.

Alguno de esos buitres que sobrevuelan de vez en cuando el pueblo se debió de dar un festín.

Mi padre nos contaba historias atroces de cuando él era pequeño. No eran historias protagonizadas por buitres, sino por niños, niños que vaciaban espráis de insecticida en colmenas de abejas, niños que apedreaban a los gatos o a los cerdos.

—La vida en el campo es distinta —me dijo una vez—. Es todo más...

—¿Bruto? —propuse.

—Natural —dijo él.

No digo que le resultara agradable, pero tampoco creo que para mi abuela fuera un trauma recoger los restos del gato. No era de nadie.

Supongo que hay que ser de alguien para que se lllore tu muerte y nadie colgó fotos de ese gato en Instagram ni nadie tenía una foto de ese gato en su casa.

Mi abuela sí tenía una foto mía en la casa del pueblo. Varias, de hecho. Debiste de verlas en la ronda de visitas de rigor que uno hace cuando llega al pueblo.

De todas las que hay, no pudiste resistirte a enviarme una. Y eso que estabas en nivel 3 de comunicación «cautelosa». No te culpo. Reconozco que la combinación de traje de baturra, mi boca sin una pala y mi cara de «qué hace un madrileño como yo con un traje como este» dan para mucho.



Por eso, en su momento, no entendí cuando, después de enviarme aquello, no quisiste quedarte para las risas.

47.

DE TODAS LAS INTERACCIONES HUMANAS,  
UNA ESPECIALMENTE AGRADABLE ES LA DE COMPARTIR LA RISA.  
ESTÁ DEMOSTRADO QUE REÍRSE TIENE MUCHOS BENEFICIOS,  
ENTRE LOS QUE PUEDEN CITARSE:  
LA LIBERACIÓN DE ENDORFINAS, QUE HACEN EL CUERPO  
MÁS RESISTENTE A INFECCIONES;  
LA MEJORA DE LA FUNCIÓN RESPIRATORIA Y EL AUMENTO DE LA OXIGENACIÓN;  
EL ALIVIO DEL ESTREÑIMIENTO;  
LA REDUCCIÓN DEL ESTRÉS Y LA ANSIEDAD;  
LA MOVILIZACIÓN DE UNOS 400 MÚSCULOS  
(SÍ, TODOS SE NECESITAN PARA REÍR).  
LOS NIÑOS SE RÍEN MUCHO MÁS QUE LOS ADULTOS  
(UNA MEDIA DE 300 VECES AL DÍA FRENTE  
A LAS 15-100 VECES AL DÍA DEL ADULTO).  
LAMENTO NO PODER APORTAR DATOS CONTRASTADOS SOBRE  
LA MEDIA DE VECES QUE RÍEN LOS ADOLESCENTES.



No fue en casa de tu abuela donde me enteré por fin de lo que pasaba. De lo que llevaba pasando... ¿cuánto? ¿Meses?

No fue por tu abuela, sino por otra señora. La Minuta, creo. Me hago un lío.

Yo volvía de conseguir rosquillas de extranjis para el abuelo. Mis padres no le dejaban. Decían que no le convenían. Pero cómo iba a negarle algo que le apetecía. Con lo flaquito que estaba y el poco apetito que tenía siempre...

Volvía con las rosquillas escondidas bajo la chaqueta y oí cómo la señora lo comentaba. Dijo que se lo había contado la Chota, a quien se lo había contado el Currutaco, al que se lo había dicho la tía María, a la que... En fin, uno de esos bucles infinitos.

—Chica, no sé yo cómo acabará lo del hijo de Fina... —le decía a mi abuela y a mi madre. Oír el nombre de tu abuela y afinar el radar fue todo uno—. De momento, ya no vive con la mujer. Dice Fina que no es definitivo. Pero la cosa tiene muy mala pinta. ¿Te puedes creer que ha sido la mujer la que se ha ido de casa?

—¿Y? —saltó mi madre—. ¿No tiene el mismo derecho que él?

La señora ignoró el comentario de mamá y siguió lanzando pullitas:

—Pues sí. Se ha largado y ahí que le ha dejado al marido con el crío. Bueno, crío. Que ya es mayor. Pero vamos. Miguel, me parece que se llama, o Pablo, o... —Y sonrió antes de rematar—: Bueno, ya os acordaréis de las fiestas: el virgo.

Mi madre giró la cabeza y buscó mi mirada. Yo para entonces debía de estar tan roja como te pones tú. Claro que no sé si de vergüenza, de rabia o de qué.

«Las madres lo saben todo.» Lo de las rosquillas escondidas, lo mío con Pablo... Pero ¿qué mío con Pablo? Ya hacía bien yo en mantener las distancias. Al fin y al cabo, ¿qué podía haber entre nosotros si ni siquiera me habías contado esto?

Me acordé de cuando Lucía me dijo, toda dolida: «Pablo a ti te cuenta cosas», como diciendo que a ella no le contaba «cosas».

Resulta que a mí tampoco.



¿Qué querías que te contara?

Mientras no lo contara, podía fingir que no estaba pasando, podía vivir como si no estuviera pasando.

No me digas que no lo entiendes porque es la misma jugada que estabais haciendo con vuestro abuelo al no contarle que tu madre tenía cáncer, eso sí no os pilló aquel día con la peluca o en alguna conversación; la misma jugada que intentasteis con Marcos, solo que os salió rana; la misma jugada que ponían en práctica mis padres conmigo, porque tampoco ellos me lo habían contado claramente a mí.

Mamá se había ido a hacer un curso de yoga un fin de semana, luego un retiro, luego un viaje de trabajo, luego una amiga le había pedido que se quedara con ella porque estaba con lumbalgia sin poder moverse... Ojalá tuviera yo su capacidad para inventar excusas. El caso es que me habían protegido con un escudo de excusas y silencio, ¿y qué derecho tenía yo a intentar romperlo cuestionando las excusas de mamá para irse de casa lanzando preguntas? (Sí, las preguntas son lanzas.)

De alguna manera supe que si lo hacía no habría marcha atrás. Y eso era justo lo que ellos estaban protegiendo con tanto cuidado y tanta mentira: un posible camino de vuelta.

Para mis padres decirme «Estamos pensando en separarnos» o «Estamos separándonos» habría sido echar a rodar una bola que ya no podrían parar. Y si ellos lo habían decidido así, no iba a ser yo quien fuera a dar un empujón a esa bola, una bola que al primero que atropellaría sería a mí.

48.

«SI TIENES PENAS, NO SE LAS CUENTES A LOS AMIGOS,  
QUE LES DIVIERTA SU PUTA MADRE»,

ANTONIO GAMERO,

CITADO POR DAVID TRUEBA.



No sé exactamente en qué momento pensé que lo de mi abuelo no tenía marcha atrás.

Es curioso. Posiblemente, la primera vez no tenía verdaderas razones para pensarlo. Pensé que al abuelo se le había ido la cabeza, y resultó que nada de eso.

Estaba con él cuando, una vez de tantas, se empezó a encontrar mal. Cuando lo acompañé a Urgencias y le preguntaron la edad, él dijo: «Setenta años». Yo estaba segura de que el abuelo tenía sesenta y cinco.

Cuando se lo conté, preocupadísima, a mi madre, ella se echó a reír.

—Acabas de descubrir uno de los secretos mejor guardados del abuelo.

Me contó que el abuelo llevaba toda la vida diciendo que tenía cinco años menos de los que tenía. Bueno, toda la vida no. Desde que conoció a la abuela. Se los quitó para ligar con ella. Como se había quemado la partida de nacimiento del registro del pueblo, le reconocieron cinco años menos de los que tenía. Mi abuelo se había jubilado cinco años más tarde de lo que le correspondía por coquetería y por amor. Pero era verdad que tenía setenta.

—Ya sabes que a tu abuelo no se le pone nada por delante —resumió mi madre.

Pero se le había puesto por delante el cáncer, y con él fueron llegando la cama articulada, la silla de ruedas, el médico hablando de «paliativos»...

Por más que la abuela rezara... Por más que el horóscopo dijera que «Hacia mediados de mes mejorará su estado de ánimo gracias a sus seres más cercanos. Será el momento de disfrutar de su compañía. Esto le permitirá relajarse, por lo que las últimas semanas mejorará su salud»... Por más que yo me repitiera «el cáncer se cura, el cáncer se cura, el cáncer se cura, el cáncer puede curarse»... Por más que hubiera erosionado el colgante de la suerte de tanto sobarlo... Era casi imposible pensar en «remisión» cuando acababa de aprender el significado de «paliativos».

Los cuidados paliativos son los que ya no intentan curar, solo alivian el dolor antes de... Puntos suspensivos. Flotaban los puntos suspensivos sobre la cama articulada en la que ahora el abuelo pasaba parte del día.

Que luchara, le decía la tía Pili. Que tenía que ser positivo.

El abuelo la mandaba a la mierda.

—¿Que luche yo? ¡Y una mierda! ¿Y qué pasa si «pierdo»? —Y hacía las comillas con las manos, con los dedos temblorosos de rabia—. ¿Será porque no he luchado lo suficiente? Ni que esto fuera una guerra. Si sabréis vosotros lo que es una guerra... —decía como si hubiera nacido

en 1936.

La tía Pili, la muy pesada, no se callaba, no. Antes de irse, invitada no muy cortésmente por el abuelo, desde la puerta, aún decía:

—Bueno bueno... Yo solo digo que si estás positivo todo irá mejor. Y si probaras lo que te traje —la dichosa homeopatía que supuestamente le iba a curar—, también.

Y se iba, sin dar al abuelo opción de responder, dejándole con una rabia tremenda y buenas ganas de pegar un puñetazo. Eso, lo que tenía el abuelo con la tía Pili, sí que era una guerra.

Tu abuelo tiene razón. Esto no es una lucha. O no necesariamente deberíamos plantearlo así. Hay gente a la que le ayuda esa comparación; a otros, sin embargo, les causa frustración. No hace falta convertir a los enfermos de cáncer en «héroes» ni en «luchadores», y tampoco son derrotados los que «pierden» la «batalla». Yo prefiero verlo como un videojuego. No puedes llegar directamente al final, tienes que ir pantalla a pantalla. [Con mi hijo esta metáfora sirve, pero contigo... Noté que no te gustaban los videojuegos, y vale que tampoco esto es un juego.]

La cuestión es qué imagen te ayuda más a ti a comprender y afrontar la enfermedad.

¿Has oído alguna vez que haya guerreros de la enfermedad cardiovascular o que un diabético luche contra su enfermedad? Lo de los héroes, las batallas, la lucha... está muy bien sobre todo para los acompañantes. A tu tía Pili seguramente le hace bien pensar que tu abuelo está «peleando», siendo «valiente». Por eso lo dice, con toda su buena intención. Pero tu abuelo seguramente se sentiría mejor acompañado si le permitieran tener sus ratos malos. Es normal que a veces se sienta triste, cansado o rabioso, y tiene todo el derecho del mundo. ¡Hay que llorar cuando se quiere llorar!

Pero no te engañes. Sí hay una guerra contra el cáncer, solo que no la libran los enfermos. La están librando ahora mismo los investigadores.

Nixon, un presidente de Estados Unidos cuando yo era niño, declaró la guerra contra el cáncer en 1971. El objetivo militar era encontrar una cura al final de la década. Si Kennedy había prometido poner al hombre en la Luna (y se consiguió), él no iba a ser menos. ¿Por qué no hemos curado el cáncer y, sin embargo, Aldrin y Armstrong pudieron hacerse selfis en la Luna?

Lo cierto es que la supervivencia, en promedio, ha pasado del 35 % a más del 53 %

en este período, y subir a la Luna era fácil. Alunizar requería muchos recursos y el trabajo de innumerables personas, pero el conocimiento básico, la ciencia que se necesitaba para hacerlo, la física, los materiales, la ingeniería se conocían y entendían en su mayor parte. Hemos tardado más de cuarenta años en edificar el conocimiento fundamental sobre el cáncer y en desarrollar la tecnología necesaria para combatirlo. Hoy sabemos que el cáncer son más de doscientas enfermedades diferentes con las particularidades genéticas de cada paciente. Se puede ver y sentir en un laboratorio de investigación. Las cosas están cambiando, empezamos a ganar batallas a los cánceres. Hay algunos tumores que eran una sentencia de muerte hace solo unos años. He visto morir a amigos y familiares que hoy, solo unos años más tarde, se habrían salvado.





La gente venía a verlo, le decía cosas bonitas, recordaban cosas que habían vivido juntos... Y luego, cuando se iban, lloraban en el portal.

La tía Pili andaba siempre por ahí, o presente o en espíritu, mandando wasaps cada dos por tres («¿Qué tal?», «¿Cómo ha pasado la noche?») o interminables mensajes de audio contando sus planes, audios que podrían resumirse en «Luego me paso». Cuando se pasaba por casa, el abuelo la mandaba a la cocina a que le trajera agua. A los dos minutos, a que le trajera un trozo de fuet, y cuando llegaba: «No, espera, mejor longaniza». Al minuto, a que le preparase uno de esos batidos con suplementos que no se iba a beber. Le mandaba hacer la compra y cuando subía le pedía que fuera a la farmacia. Era como una venganza por sus infinitos wasaps. Se libraba de ella y así descansaba. Y mi tía, encantada, porque se sentía útil.

A mí me gustaba cuando coincidía con alguna visita de algún desconocido (para mí) porque era como ver esas fotografías mágicas de Harry Potter. A través de lo que la gente contaba, yo veía al abuelo más joven y como en movimiento.

Una tarde, después de despedir a dos amigos, el abuelo soltó:

—Pues yo qué quieres que te diga, Marta. Si lo llego a saber, me pongo a morir antes.

—¡No digas eso, abuelo!

Por más que nosotros nos aplicáramos en el uso de los puntos suspensivos, él parecía disfrutar aterrizándonos y conjugando el verbo «morir» en todos los tiempos posibles.

—Mira esa gente que se muere de repente, más o menos joven. En cuanto la palman, venga homenajes y cosas y «qué bueno era» y «qué tío más cojonudo». Y el muerto sin enterarse. Yo, con esto del cáncer, me estoy enterando de que me quiere más gente de la que podía imaginar.

Yo, que seguía rumiando lo del chico que no quería «divertir» a sus «amigos» con sus penas, aproveché la ocasión para lanzar un dardo hacia una diana ausente:

—Es que es mucho mejor decir las cosas, ¿a que sí, abuelo?

Él asintió desde el sofá. Estaba harto de estar en la cama.

—Mira lo que he hecho yo toda la vida. En el trabajo.

—¿Repartir cartas?

—Si lo piensas, lo que he hecho ha sido llevar palabras de aquí para allá, ayudar a la gente a decirse las cosas. Es verdad que al final parecía que los únicos que tenían cosas que decir eran los del gas y los del ayuntamiento: «Oye, que me debes sesenta euros», «Apoquina esos cien de la

multa o te saldrá más cara».

Se me debió de transparentar mi cara de «ahora me vendrá con lo de los wasaps y las malvadas redes sociales» porque dijo:

—Ya, ya. Ya sé que ahora os seguís diciendo cosas, de otra forma. Pero yo recuerdo cómo me esperaban. Gente que sabía a qué hora llegabas más o menos y se quedaba esperando mientras hacías el reparto, sobre todo cuando tenían a alguien fuera. Los sobres esos con los bordes de colores, esas direcciones escritas con bolígrafos de colores... Algunos hasta hacían dibujos.

El abuelo paró para beber un poco de agua.

—¿Te traigo algo? ¿Tienes frío? ¿Calor? ¿Otra almohada? ¿No te tocará la pastilla?

—No, gracias, enfermera —bromeó el abuelo.

Y se quedó en silencio.

—Si es que... es mucho mejor decirse las cosas —dije pensando en alguien que no estaba en ese cuarto, sino a más de trescientos kilómetros de allí.

—Mejor, mejor..., no sé. Yo solo sé que es más arriesgado. Cuando dices las cosas, algo puede suceder. Algo bueno o algo malo. Pero yo, por ejemplo, no me arrepiento de haberle dicho a tu abuela que si quería bailar conmigo.

Me dio pena que la abuela no estuviera allí para oírlo. Había aprovechado que yo había ido a visitar al abuelo para ir a misa y a tomar café con unas amigas. Decía mamá que teníamos que cuidar a la abuela. «Hay que cuidar a los que cuidan», dijo. Y reconozco que pensé: «Pues que me cuiden a mí también».

El abuelo parecía seguir dando vueltas al asunto porque, pasados unos segundos, siguió hablando:

—Supongo que algunas de las cartas que he repartido habrán hecho muy feliz a algunos, y supongo que otras les habrán hecho llorar. Pero lo que sé seguro es qué ha pasado con las cartas que no he repartido, con las cartas que no se llegaron a escribir.

—¿Qué?

Y el abuelo me miró a los ojos muy serio antes de decir:

—Nada. Absolutamente nada.



No es eso. Y lo sabes.

No estamos hablando de contar cosas buenas: muestras de afecto, recuerdos que esponjan el corazón, propuestas que pueden cambiar una vida (por cierto, ¿quieres bailar conmigo?)...

No, yo te estaba hablando de contar algo que hace más fea la realidad. Algo que no pasa por lo menos dos de los tres filtros de Sócrates. Que mis padres se separaran no era bueno. No era necesario. Si me apuras, la cosa no cumplía ni un solo filtro, porque ni siquiera estaba claro que fuera verdad.

¿Y eso querías que te contara? ¿Para qué?

49.

CUELTAN QUE ALGUIEN FUE A SÓCRATES CON UN COTILLEO SOBRE UN AMIGO.

—¿SABES LO QUE DICEN DE ÉL? —LE PREGUNTARON A SÓCRATES.

—PARA, PARA, PARA —DIJO SÓCRATES—. ANTES DE CONTÁRMELO,  
VAMOS A VER SI PASA EL TRIPLE FILTRO.

—¿QUÉ TRIPLE FILTRO?

—EN PRIMER LUGAR, ¿SABES SI ESO QUE CUENTAN ES VERDADERO?

—PUES LA VERDAD ES QUE NO. ES UN RUMOR, PERO...

—EN SEGUNDO LUGAR, ¿ES ALGO BUENO?

—¿BUENO? ¡QUÉ VA! AL CONTRARIO.

—Y EN TERCER LUGAR, ¿ES ÚTIL PARA MÍ SABERLO?

¿ES NECESARIO QUE ME LO CUENTES?

—TAMPOCO.

—ENTONCES, SI NO ES BUENO, NI VERDADERO NI ÚTIL, ¿PARA QUÉ CONTARLO?



Espera, espera. Aún no había terminado de contarte la conversación con mi abuelo.

Yo insistí, como si te tuviera allí delante:

—¿Lo ves? Es mucho mejor contar las cosas, aunque sea arriesgado.

Pero el abuelo cambió el gesto. Frunció el ceño. Qué poca carne le quedaba sobre la cara. Era todo piel y huesos.

—Ahora, hay cosas que... —Entonces giró un poco la cara y se puso a hablar mirando hacia la ventana y, de vez en cuando, me miraba a mí de reojo—. Yo, por ejemplo, no quise saber nada de cuando tu madre empezó a tener novios.

A mí se me escapó la risa.

—Ojo, que no digo que fuera algo malo que tuviera novio. Es solo que yo prefería no saberlo, prefería no enterarme de que tu madre había crecido. Por cierto, Marta, ¿tienes novio? —Entonces se giró y volvió a mirarme de frente—. Mira que si tienes novio, me gustaría saberlo. ¡Y verlo!

Yo dije que no había nada que ver.

El abuelo volvió a hablar hacia la ventana.

—Y luego hay cosas... Hay cosas que igual... —Era como si estuviera pensando bien cómo decirlo—. Igual uno prefiere no saber. Que vive más tranquilo sin saber. —Parecía buscar las palabras al otro lado de la ventana—. Claro que sirve de poco. Porque a veces lo que a uno no le cuentan, se lo imagina y es peor.

«Como le pasó a Marcos con el cáncer de mamá», pensé. Casi se me escapa en voz alta. Y entonces tapé esa idea con otra:

—Ya lo creo. Sobre todo tú y yo, que tenemos tanta imaginación. Típico de los cáncer...

El abuelo sonrió, fue a decir algo y se calló.

—Recuérdame que luego te pregunte algo.

—Vale —dije algo intrigada.

No quería interrumpir eso que tanto le estaba costando decir. Siguió intentándolo.

—No sé. Yo me refiero a cosas malas. Como a esa gente que no le dicen lo que tiene. O lo que tiene un familiar...

Me miró de reojo.

Y entonces me di cuenta de qué era aquello en lo que podía estar pensando el abuelo. Fue como si repusieran en mi cabeza el momento en que mamá se colocaba a todo correr la peluca nada más

ver entrar al abuelo en la habitación del hospital en Madrid. Fue justo el día en que el chico-de-lo-verdadero-bueno-y-útil me dio un abrazo.

Nuestra caja de ahorros de preocupaciones era ya una ruina. Nada que ver con una caja fuerte. Era un caja tan débil que un niño de ocho años o un abuelo con la fuerza (minúscula) de un gorrión habrían podido hacerla saltar por los aires.

El abuelo no quiso, o no pudo, decirlo en voz alta.

—Solo te pido una cosa, Marta. Dime que todo está en orden.

Yo me agaché a su lado, le cogí de las manos, le obligué a que me mirara a la cara y le dije:

—Te lo juro, abuelo. Todo en orden.

Aquel día yo también lloré al llegar al portal.

*¿Has dicho que si quiero bailar contigo?*



Aquel día, después de semanas del silencio con el que me castigabas por no haberte contado lo de mis padres, volviste a escribirme.

No me lo dijiste —luego dices que yo no digo las cosas—, pero creo que me perdonaste.

No tocaste el tema de la posible separación de mis padres. Solo podías hablarme de tu abuelo, de lo mal que estaba.

Al reproducir tu conversación con el abuelo, te diste cuenta de que no le habías recordado que te preguntara aquello.

Dejaste la conversación para salir corriendo de vuelta a casa de tu abuelo. Te imaginaba corriendo esas dos calles que os separaban, ya toda una experta en esos quinientos metros lisos, todo para descubrir que lo que el abuelo quería era que le enseñaras cómo se graba un audio con el móvil.

*Sí, he dicho que si quieres bailar conmigo pero yo no sé bailar.*

50.

HAY PALABRAS QUE CUESTA NADA O MUY POCO DECIR:

«HOLA», «QUÉ TAL», INCLUSO «GRACIAS», «HASTA LUEGO», «SÍ».

OTRAS NO SON TAN FÁCILES, PERO ES MUY IMPORTANTE

APRENDER A DECIRLAS CUANDO ES NECESARIO:

«NO».

HAY ALGUNAS QUE CUESTA UN MUNDO PRONUNCIAR.

UNA DE ELLAS ES «PERDÓN».



Al principio el abuelo no supo a qué me refería.

Yo intentaba hacer memoria. Intentaba recordar en qué momento de nuestra conversación me había dicho que luego me preguntaría una cosa.

—Sí —recordé por fin—. Cuando estábamos hablando —dije y el abuelo miró a otro lado, como si le diera vergüenza recordar aquella conversación— y yo te interrumpí y te dije lo de que los cáncer teníamos tanta imaginación.

—¡Ay, sí! —exclamó. Entonces sonrió y me miró con aquella cara de guasa que ponía a veces —: Es verdad. Es verdad. Gracias por recordármelo, Martita. Ya me acuerdo, ya. —Y entonces bajó la voz—: Anda, cierra la puerta.

La cosa se ponía emocionante. El abuelo no quería que la abuela se enterara.

—Es... ¿Tú sabes esos wasaps que manda la tía al grupo de la familia?

—¿A cuáles de los cientos de millones te refieres?

La tía nos freía a wasaps.

—Yo digo esos que no son escritos. Esos que son hablados.

—Los audios —dije.

El abuelo me preguntó entonces que cómo se grababa eso. Yo entonces le di una clase práctica. Desde mi teléfono le mandé un audio de wasap: «Hola, abuelo», dije. Al momento, le llegó un aviso a su móvil y oímos mi «Hola, abuelo» en una voz que no reconocí como mía, aunque tenía que serlo.

Él cabeceaba serio.

—Ya, pero... —Bajó aún más la voz para decirme—: ¿Tú sabes si se puede grabar una cosa de esas, pero que se quede en el teléfono? ¿Sin mandarla?

—¿Una nota de voz? —pregunté—. ¡Claro! Es facilísimo. —Y le enseñé cómo se hacía. Le enseñé hasta a poner nombre a la nota—. ¿Para qué lo quieres saber? —pregunté mosqueada.

Ojalá no lo hubiera hecho.

El abuelo me respondió con una descarga de realismo de las suyas.

—Nada, nada... Es... Bueno, solo por si me enfadáis y quiero cambiar mi testamento y dejarlo todo a una asociación protectora de gorrinos.

Me eché a reír por no llorar.

—Pero abuelo, si a ti te encanta el jamón.

—Sí, pero como ya no estaré aquí para comerlo... —dijo con una lógica aplastante.  
Aquella fue una de las últimas conversaciones más o menos largas que tuve con él.  
Cada vez estaba peor.

*Es lo primero que supe de ti: que no sabías bailar.*



[Te vi venir, sabia lo que me ibas a preguntar: «¿Por qué no hacéis nada más por mi abuelo?».]

No todo lo que se puede hacer se debe hacer. ¿Qué sentido tendría dar más quimio, irradiar o pasar por quirófano si no le va a ayudar más de lo que le ha ayudado ya? Tampoco podría aguantar ahora estos tratamientos, tu abuelo está flojito.

Podemos obsesionarnos y tratarlo para alargar unos días, tal vez semanas, a su cuerpo con vida, pero sin vivir. «Más necesita saber el médico para no hacer que para hacer», dijo Baltasar Gracián. Saber cuándo dejar de tratar para empezar a dar cuidados paliativos es lo más difícil para un oncólogo.

El puto cáncer es una cabronada, sí, pero te da un margen para saldar las cuentas, para poder despedirte. ¿Acaso no es mejor haber ido al pueblo, estar recibiendo visitas, estar en casa o poder haber salido de paseo que meterse en un quirófano si los tratamientos contra el cáncer no pueden alargar su vida con calidad?

Los cuidados paliativos no son abandonar, son acompañar. Son la atención total intentando resolver los problemas físicos, psíquicos, psicológicos e incluso espirituales del paciente. También de sus familiares. [Te miré con los ojos preguntándote si necesitabas algo.]

«Paliativo» viene del latín, de manto, de tapar, significa proteger. Cuidar. Cuando tiene dolor, le damos cosas para que no le duela. Cuando respira mal, le ayudamos con un respirador. Así con todo. Estamos haciendo que esté lo mejor posible. Puede que las medicinas le atonten, pero hay que ayudarle con los dolores. Aunque esté dormido, cógele de la mano, háblale. Abrázale, haz que sonría cuando esté más despierto. La mejor medicina que le puedes dar es quererle y decirle que le quieres.

No te esfuerces en retenerlo. Él también querría quedarse. Es difícil para todos, también para él.

No sé si has oído hablar de Oliver Sacks. Fue un neurólogo y escritor. Murió de cáncer. Esto escribió al final de su vida: «No puedo fingir que no tengo miedo. Pero el sentimiento que predomina en mí es la gratitud. He amado y he sido amado; he recibido mucho y he dado algo a cambio; he leído, y viajado, y pensado, y escrito. He tenido relación con el mundo, la especial relación de los escritores y los lectores. Y, sobre todo, he sido un ser sensible, un animal pensante en este hermoso planeta, y eso, por sí solo, ha sido un enorme privilegio y una aventura». Eso es la vida, Marta, y a veces solo nos damos cuenta cuando estamos a punto de perderla.



«Nadie nace sabiendo», dice siempre mi abuela.

Es una suerte, porque si naciéramos sabiendo, nos perderíamos el proceso de aprender, y qué sería entonces de los niños como yo, los niños que eligen una enciclopedia como objeto de consuelo para llevar el primer día a la guardería.

Al abuelo de Marta puede que le quedara poco tiempo de vida, pero seguía aprendiendo. Ahora, a grabar notas de voz.

Marta me lo contó entre emoticonos de caritas llorando de risa y caritas llorando de pena. Por un momento pensé cuáles serían los emoticonos que le saldrían a ella en la categoría «Uso frecuente». Seguramente una mezcla.

«¿Y tú? ¿Qué tal las cosas en casa?»

«Las cosas en casa» se me representaban ahí, delante de mis ojos, en aquel tendedero donde la única ropa interior colgada eran calzoncillos.

Ojalá hubiera podido contarle a Marta que mi madre había vuelto.

A los motivos que tenía para desear que volviera a casa, ahora sumaba otro: que el tiempo me diera la razón, que demostrara que mi estrategia del silencio funcionaba.

Pero no era así.

«Igual. Y tampoco dicen nada.»

«Ya. Es difícil decir adiós.»

Estoy aprendiendo a bailar.

51.

ADEMÁS DE «PERDÓN» (VÉASE LA LECCIÓN 50),  
OTRA PALABRA QUE PUEDE SER EXTRAORDINARIAMENTE DIFÍCIL DE DECIR ES  
«ADIÓS».

LO PUEDES INTENTAR EN DISTINTOS IDIOMAS  
—ADJÖ (SUECO), ADÉU (CATALÁN), AHOJ (CHECO), AGUR (EUSKERA), SAYONARA (JAPONÉS), MA'A S-SALAMAH (ÁRABE),  
ADEUS (GALLEGO),  
GOODBYE (INGLÉS), ZÀI JIÀN (CHINO), AU REVOIR (FRANCÉS)—,  
PERO DUELE IGUAL.

HAY UNA SERIE DE FÓRMULAS DE DESPEDIDA  
CON MÁS CARGA CÓMICA QUE DRAMÁTICA, COMO POR EJEMPLO:  
«HASTA LUEGO, MARICARMEN», «HASTA LUEGO, LUCAS»,  
«CHAO, CHAO, COLACAO», «CHAO, PESCAO» O «HASTA LUEGO, COCODRILO».  
ESTAS EXPRESIONES NO SON APROPIADAS EN CONTEXTOS MUY FORMALES.



Mi memoria es una playa. Allí tropiezo con los restos de un naufragio.

Le habían traído un respirador a casa. Me daba pavor pisarlo y que dejara de funcionar.

La gente llamaba. Me daba rabia. El abuelo hacía el esfuerzo de hablar y luego se quedaba agotado.

Una de las veces que lo volvieron a ingresar recibió un montón de visitas. Es difícil, sí, pero la gente le seguía echando valor para venir a decirle adiós.

—Venís para ver el partido gratis —bromeaba el abuelo. Su ventana daba a la Romareda. Un palco de lujo. El Zaragoza ganó y todo el mundo estaba feliz.

La sonda en la nariz. A Marcos, entre el respirador y la sonda, le daba miedo. Venía poco a verlo. Cuando lo hacía, se arrimaba a mí. Lo sentía a mi lado, temblando como una hoja. «¿Nos vamos ya?»

La abuela, entrando en casa, cada vez (tantas de vuelta de misa), al grito de «Peeedro, Peeeeeedro». Mi madre: «Ya está aquí Penélope Cruz». (Mamá decía que la abuela gritaba igual que Penélope Cruz cuando entregó un Óscar a Pedro Almodóvar.) Pablo mandándome aquella redacción personal y confidencial que escribió para subir puntos con aquel profe medio loco de lengua. Tenía que empezar con la frase: «Nunca digas “Mi vida es una mierda”» y acabar con una moraleja.

Un día, mamá con dolor de cabeza, saliendo de casa de los abuelos. El abuelo siguiéndola con la mirada y luego mirándome a mí. Yo susurrándole: «Todo en orden». Los ojillos del abuelo al día siguiente, cuando mamá apareció como una rosa (una rosa con peluca).

La radio de fondo. Todas las noticias hablaban de cáncer: un famoso que tenía cáncer, un nuevo descubrimiento sobre el cáncer, una carrera contra el cáncer...

El abuelo ya no podía escribir. Le temblaba la mano. Aproveché que estábamos solos para guiñarme un ojo y decirme una tarde: «¿Ves como era más práctico que me enseñaras a grabar eso?».

Sentí la tentación de fisgarle el móvil cuando estaba dormido.

Yo, con su móvil en la mano, a punto de buscar en las notas de voz. Arrepentida en el último momento. La peor opción imaginada, no encontrar nada. Ni una nota.

La abuela, fantasmal por el pasillo.

Yo, un día, aburrida, respondiendo a la redacción de Pablo, desde casa. Yo, leyendo desde el

móvil la siguiente «lección» de Pablo, riéndome mientras el abuelo dormía. Lo que empezó siendo unos deberes, convertido en un juego entre nosotros.

Mi madre, inventándose que le dejaban trabajar unos días desde casa para justificar su presencia en casa de los abuelos en horario laboral. Mi abuelo no le había pedido explicaciones.

Cada vez que el abuelo se enfadaba, yo imaginaba la nota de voz que dejaría: «A mi hija le dejo solo un trozo de huerto de 40 x 40 centímetros para que plante brócoli»; «Desheredo a la tía Pili por pesada»; «A mi mujer, por no dejarme tomar vino, le lego solo tres botellas de vino cosechero».

Yo leyendo en una revista, en el horóscopo de cáncer: «Igual tienes que despedirte de un ser querido» y buscando a todo correr en internet otra predicción para ese mismo día, hasta quedarme con una que decía: «Hoy será un día sin sobresaltos».

Yo, sola en casa con el Enano, estudiando para los finales. Mirando cada dos por tres si Pablo me había mandado una nueva «lección».

El abuelo, mandando indiscriminadamente por wasap rosas y corazones. Le escribían cientos de personas. No tenía ánimo para responder a todos. Las rosas y corazones eran su comodín.

La última salida de casa, en silla de ruedas, al bar donde jugaba al dominó. Yo hacía siglos que no entraba con él. Todos preguntando: «¿Esta es tu nieta?».

Yo, sufriendo una taquicardia afectiva al leer algunas de las cosas que escribía Pablo.

Un día que mamá tenía revisión y fue con papá, me encargaron administrarle todas las medicinas al abuelo. Si fuera por la abuela, solo le habría dado cocido, que eso lo cura todo. Ochenta mil pastillas. Y yo, agobiada por no olvidar nada y que fuera todo bien. Aferrada al cuadernito donde me habían dejado el horario con la medicación.

De repente, el abuelo que empieza a gritarme:

—¡Enfermeraaa!, ¡enfermeraaa!, ¿ha visto usted a mi nieta?

Bien alto. Con una voz que no siempre le salía ya.

«Parece que el respirador funciona bien — pensé—. Si puede gritar...»

—¡Enfermeeeeeraaaaaa!

Creí que ya no me reconocía. Se me acababa de caer el mundo al suelo... Yo tocando el cable del respirador.

El abuelo:

—Señora, no toque eso que ahora vendrá mi nieta y podrá irse.

—Abuelo, pero si..., pero si soy yo.

Noté como empezaban a subirme las lágrimas. Cogí el cuadernito.

—No, no, no es usted.

Me picaban las lágrimas, entre la nariz y los ojos. A punto de salir.

—No sé quién es usted, pero no es mi nieta —replicó enfadado.

Y entonces salieron.

—No llores, nietecica. Tira ese cuaderno. Anda, cuéntame algo.

Mi abuelo quería a su nieta, no a una enfermera. Entendí por qué hizo tirar la campanilla de hotel que le regaló la tía Pili.

Una vez se cayó en el pasillo y ni entre la abuela y yo pudimos levantarlo. No es que pesara. Pero teníamos miedo de descoyuntarlo. Nos trajimos tres cojines y nos quedamos los tres sentados en el pasillo esperando a que llegara papá. Les enseñé a jugar a Heads Up. Lo dejamos porque no conocían a casi ningún personaje.

Un día, en clase, estiré tanto del colgante de la suerte que rompí la cadena. Volver a casa corriendo, aterrada.

El abuelo, furioso, con el puño apretado. A veces contra la abuela, a veces contra la tía Pili, a veces contra mamá. Con aquella cara de cabreo. Queriendo gritar sin poder hacerlo. Yo, acordándome de las notas de voz y los cambios en el testamento, pensando en lo agradecidos que iban a estar los gorrinos.

Yo, intentando que eso que estaba escribiendo con Pablo sirviera para algo, para alguien que no fuera yo. Engañando a Julio para que participara en ello. El juego que empezó en unos deberes, convertido en algo más.

Cuando papá le abrazó para levantarle y fueron dando pasitos al baño. La abuela: «Míralos, si parece que están bailando un pasodoble». Mi abuelo, entre dolor y risas: «O un chotis». Su último baile.

La abuela: «Cuéntale al abuelo la nota que has sacado en lengua». El abuelo, sin enterarse de nada. Mamá despidiéndose cada día de él: «Hasta mañana, papá», apostando toda su fe a tres palabras, a siete consonantes y una sola vocal.

Verano sin planes. Marcos, en el campamento. Yo, en la piscina.

Lucía, preguntándome de vez en cuando «¿Qué tal?». Un día, preguntando a santo de nada si sabía algo de Pablo. «Ahora que paso de él ya te lo puedo decir. Para mí que pegáis un montón. De una manera rara, pero pegáis.» Yo, haciendo como que no había leído nada de eso.

Yo, deseando que todo acabara y, al segundo, negociando con Dios para que el abuelo llegara a celebrar mi cumpleaños, nuestro cumpleaños, para celebrarlo juntos.

Lara y yo en un selfi, embadurnadas de crema blanca. Colgando la foto en Instagram, etiquetando a Richi. Richi dejándome un comentario: «Así me gusta, guapa. ¡Recuerdos!», y un corazón rojo. Mis amigas alucinando. Un montón de seguidores nuevos.

Yo, contándole una película al abuelo. Él, sin comentarla. Yo, diciéndole: «Ya verás. En cuanto te pongas bueno, iremos a verla juntos». Él, con los ojos más abiertos, subiendo las cejas, pero cerrando la boca. Recta, seria. Como intentando decir contento que sí, pero con ganas de llorar. No se lo volví a decir.

Cada vez más calor. El ventilador. El abuelo, impasible. Olor a pis. Ver la colonia que le regalé en Navidad en su baño. Pensar: «No se la va acabar».

La respiración del abuelo, tan fuerte. Cuando no la oía, me acercaba a su nariz, para comprobar si respiraba. Mamá me pilló haciéndolo. «Yo también lo hacía contigo, cuando eras un bebé», me dijo. Se sentó en la butaca que había dejado yo libre y me senté encima de ella. Me eché hacia atrás, ella mi respaldo. La mitad de aquel pecho en que me apoyaba era falso, pero la mitad seguía siendo de verdad. Mamá, abrazándome, y las dos mirando durante un buen rato al abuelo como quien mira el fuego.

El respirador, un fuelle inútil.

Se apagaba.

Delante de nuestros ojos.

Brasas ya.

*Sigue así.*





Me armé de valor para contarlo, yo, que no soy de contar las cosas.

Pero quería estar ahí, contigo, y no podía mentir.

Se lo dije a papá. Al fin y al cabo, era él el que estaba en casa, el único que estaba en casa. «¿Te acuerdas de aquella chica del pueblo...? ¿Te acuerdas de su abuelo...?»

Mi padre, tan médico, fue un dechado de comprensión. No hizo ni un comentario de más. Me dio un abrazo y se centró en lo práctico.

—Bueno, ya estás de vacaciones... Podrías ir desde aquí al pueblo, con la abuela. Lo que pasa es que yo no te puedo acompañar. ¿Por qué no se lo dices a tu madre?

—¿Por qué no se lo dices tú?

Me salió automático, por todas las veces que ellos se mandaban recados a través de mí. «Dile a tu padre...», «Dile a tu madre...». Aunque justo en ese momento se trataba de una cosa mía y por una vez tenía sentido que fuera yo quien se lo contara a mi madre.

Pero mi padre la llamó. Y yo se lo agradecí, porque no me sentía capaz de repetir muchas veces la historia, porque cada vez que lo hacía era como si te oyera a ti contándome, en voz baja, cómo se fue, cuando estaba con tu abuela, y esa sensación tuya de que seguía ahí (oías su voz), como si solo hubiera pasado al otro lado de la pantalla, como en aquella película que visteis juntos, *La rosa púrpura del Cairo*, que me tuviste que contar porque yo no la conocía.

Fui con mi madre a Zaragoza. Me pidió que me quitara los cascos.

Hablamos por el camino de tonterías. De la estación fuimos al cementerio. Aún faltaba casi media hora para que empezara el funeral. La puerta de la capilla estaba abierta, pero la mayoría de la gente (había mucha) estaba fuera, en pequeños corrillos.

Yo te buscaba, pero el primero en verme fue Marcos. Yo no lo había visto. Por algo lo llamáis «el Enano». Estaba por debajo del horizonte donde yo buscaba.

Solo me di cuenta de su presencia cuando oí una voz de niño que decía «Hola, Pablo». Me sorprendió que se acordara de mi nombre.

—¿Tú cuánta gente crees que cabrá ahí dentro? —me preguntó mirando hacia la capilla.

—Ni idea —contesté. Yo seguía buscándote a ti—. ¿Lo sabes tú?

—Aún no.

«Aún» me sonó a un seguro de tiempo futuro. Las cosas que se piensan en un cementerio...

—¿Y tu hermana?

Marcos miró alrededor. Pero no hizo falta que dijera nada.

Te ví.

Estabas en el margen de una pequeña multitud. De espaldas. Llevabas un vestido azul marino. Me fijé (no lo había hecho antes) en que tenías dos pecas en diagonal en el nacimiento del cuello.

Y, basándome en lo que sucedió entonces, tendría que admitir la existencia de la escopaestesia, porque tú te volviste directamente hacia mí, como si hubieras sentido que te estaba mirando.

Te apartaste del corrillo y viniste hacia mí, y yo fui hacia ti. Ninguno de los dos salió huyendo.

Intenté que aquello que te di se pareciera más a una abrazo que a una torsión del pectoral mayor. Te abrazaste fuerte a mí.

Olías a colonia de hombre.

Yo habría seguido abrazándote todo el tiempo que hiciera falta, todo el tiempo del mundo, pero tú te separaste un poco y me enseñaste lo que llevabas en la mano. Era un móvil, el móvil de tu abuelo.

No había cien mil testamentos desheredando a todos los que habían hecho que se enfadara, como te temías. Solo una nota de voz titulada: «Para Marta».

Eso ya lo habías visto, pero no habías tenido el valor de oírla.

—Escúchalo tú primero —me pediste—. Yo no puedo. Dime si...

Y no terminaste la frase.

Yo me acerqué el móvil a la oreja con respeto. Era raro oír aquella voz que ya no estaba ahí, una voz de la que solo quedaba el eco en los oídos de gente como Marta.

Al principio, me costó un poco entenderlo. Hablaba bajo. A veces parecía que le costaba. A veces se interrumpía para respirar fuerte.

Tenía que prestar muchísima atención.

Me tapé la otra oreja para que no me molestara el ruido de las conversaciones de alrededor.

Tú no dejabas de mirarme. Yo miré al suelo. Me desconcentraba, si no.

Tu abuelo me estaba contando una vieja historia al oído. Tu historia, Marta.

Y al final...

Solté una carcajada. Me nació de lo más hondo, se me saltaban las lágrimas de risa.

Me arrebataste el teléfono de la mano.

Sin querer saber nada, sin esperar a que te contara lo que fuera, pusiste la nota desde el principio y empezaste a escuchar.

No debía de ser fácil escuchar una voz querida que sabes que ya no te

hablará más, que no te dirá nada nuevo.

Cerraste los ojos. Te corrían las lágrimas por la cara. Yo volví a abrazarte.

Aunque tenías el móvil pegado a la oreja, me llegaba como un rumor ininteligible la voz de tu abuelo.

Al rato, sentí cómo tu cuerpo se sacudía entre mis brazos.

De risa.

—Me parece que tendrás que revisar algunas de tus creencias —te dije sin dejar de abrazarte.

Tú te echaste un poco hacia atrás, me miraste sonriendo y dijiste:

—No sé. Los leo son tercos en sus creencias...

¿Bailamos?

52.

COMPLETA LA LECCIÓN 36:

SI YA LA COMUNICACIÓN ES DE POR SÍ COMPLICADA,  
CUANDO ENCIMA SE HACE INTENCIONADAMENTE CONFUSA,  
LAS PROBABILIDADES DE FRACASAR EN EL ACTO DE COMUNICAR  
SE INCREMENTAN EXPONENCIALMENTE.  
ES EL CASO DE CUANDO UNA PERSONA INTENTA MOSTRAR SUTILMENTE  
SU INTERÉS AFECTIVO POR OTRA PERSONA. UNO SE PODRÍA PREGUNTAR POR QUÉ NO SE EXPRESA CON CLARIDAD  
DICHOS INTERÉS.

EL MOTIVO EN LA MAYORÍA DE LOS CASOS ES EL MIEDO AL FRACASO.

LAS PERSONAS, EN GENERAL, PREFIEREN LANZAR INDIRECTAS,

GLOBOS SONDA, TIRAR FICHAS...

PORQUE, EN CASO DE SER RECHAZADAS

(OPCIÓN QUE SIEMPRE HAY QUE CONSIDERAR),

PUEDEN EMPRENDER UNA RETIRADA DIGNA.

PERO NO HAY MAYOR DIGNIDAD Y VALENTÍA  
QUE EXPONERSE AL AMOR... Y AL RECHAZO, CLARO.

TAMPOCO HACE FALTA HACERLO «A LO BRUTO».

A VECES SE PUEDE RECURRIR A UNA METÁFORA,  
COMO, POR EJEMPLO, UNA INVITACIÓN A UN BAILE.

¡SUERTE!

Transcripción de la nota de voz «PARA MARTA»:

Querida Marta:

Hay algo que tenía que contarte. No se lo cuentes a nadie. Si se entera tu abuela o tu madre, me... me matan. Aunque si estás oyendo esto, seguramente ya será difícil, jeje.

[Respiración profunda.]

No te pongas triste, Garbancita.

Cuando tú naciste, yo acompañé a tu madre. Tu padre... Tu padre estaba de turno de noche. Justo cogía vacaciones al día siguiente. Pero tú te adelantaste dos semanas. Siempre te has adelantado para todo.

Tu madre estaba en casa. Celebrando mi cumpleaños. Se nos había hecho tarde y se puso de parto. Fue todo rapidísimo.

Yo aún estaba rellenando los papeles de ingreso cuando salió la comadrona. Acababas de nacer. Ella estaba rellenando el acta de tu nacimiento.

—¿Qué hora es?— preguntó. El reloj en el paritorio estaba parado.

[Murmullo ininteligible.]

Yo miré el reloj. Eran las 00.19. Ya era 23 de julio. Se había pasado mi cumpleaños.

Pero ¿tú sabes, Marta, tú sabes la ilusión que le hacía a tu abuelo que nacieras el mismo día que yo? Y celebrarlo juntos cada año... Aún no te había visto la carita y te quería ya tanto...

Dije que eran las 23.42.

Pero la verdad —perdóname, Martita—, la verdad es que no naciste el 22 de julio. Naciste el 23.

[Carraspeo.]

La verdad es que no eres cáncer.

Eres... eres...

No sé cómo va el orden. Nunca lo he sabido. Tú eres la que cree en esas cosas.

Pero no eres cáncer. Eres lo siguiente.

## Agradecimientos

Compartir una alegría es casi inevitable. No es tan fácil —no estamos tan acostumbrados— a compartir un dolor. Los autores pedimos a muchas personas que lo hicieran, que compartieran su experiencia, su dolor y sus alegrías, sus miedos y sus esperanzas, su vida, y ellas nos respondieron con enorme generosidad. Este libro no habría sido posible sin ellas, así que:

¡GRACIAS!

A papá por enseñarme que, a pesar de llevar muchos años trabajando en los mejores centros de investigación del mundo, no tenía ni idea de lo que era el cáncer. A mis hermanos y amigos por ser tan despistados y obligarme a hacer esfuerzos de divulgación científica. (A.J.)

A Marta por prestarnos su historia, por revisar el libro, por sus continuas aportaciones y su apoyo incondicional siempre. Gracias a Pablo y a «Lucía».

A Julio Lambea por revisar todos los aspectos médicos y por su paciencia para explicarnos tantas cosas. Gracias a María Teresa Lancis y a Sara López por revisar todos los aspectos psicológicos del libro con tanto cariño y por vuestra amistad y apoyo siempre.

A Pilar, la Yayi, por dejarnos los motes y vivencias en el pueblo. Gracias a quienes nos enviaron fotos del meridiano de Greenwich.

A Sonia, Andrés, Violeta, Patxi, Amor... que revisaron distintas versiones del libro por todos sus comentarios. Y a Michel por creer en la biología molecular.

A Irene Pradera, por las conversaciones, las confidencias, las lecturas, los comentarios, los recuerdos, el entusiasmo... Qué fácil es sentarse con quien se compartió una infancia y un parque.

A Inma Gracia, Paula y Lara Chueca por no hacer ascos a aquellos churros más bien fríos la mañana que nació Casilda, por su franqueza que tanto nos enseñó, por no tener miedo a decir cosas que nos desencajaron, porque eso hizo que todo encajara al final.

A Marta Soláns, piscis, por su asesoría astrológica y su inspiradora búsqueda permanente del amor (o búsqueda del amor permanente, ella sabrá).

A Adolfo Carbón, paraguas en Dublín, agudo lector y amigo.

A la Asociación Española Contra el cáncer por propiciar que nos encontrásemos y a todos sus voluntarios, con los que tanto hemos aprendido, por ser apoyo y acompañamiento.

A todos los trabajadores y a los miembros de la Junta Provincial de la AECC de Zaragoza, un



agradecimiento con abrazo, especialmente fuerte para Lucía Calderón.

A todos los profesionales sanitarios que nos han cuidado a nosotros y a los que nos importan, por su cariño, su profesionalidad y por inspirarnos. Gracias a todos nuestros familiares y amigos, que nos han enseñado que el cáncer no es solo una enfermedad de nuestros genes. Y un recuerdo muy especial para aquellos que se fueron antes de que la ciencia tuviera respuesta al problema de salud que tenían.

A quienes investigan, para que el final de novelas como esta sea lo más feliz posible.

## PREMIO JAÉN 2018

### **Marta y Pablo. Cáncer y virgo. Agua y tierra: una conversación destinada al fracaso ¿podría cambiarles la vida?**



Con una situación familiar complicada a causa de la enfermedad que sufren su madre y su abuelo, Marta tiene que sobrellevar todo el peso ella sola. Pero conoce a Pablo, un chico con el que parece estar destinada a no entenderse. Y una conversación, de pronto, es el primer paso para poner su mundo boca abajo.

Una historia divertida, emotiva y mágica, capaz de hacer reír y llorar a la vez.

**Alberto J. Schuhmacher** (Zaragoza). Es un científico que dirige el grupo de Oncología Molecular del Instituto de Investigación Sanitaria Aragón. Trabaja buscando nuevos métodos de diagnóstico y tratamientos contra los tumores más letales y unas enfermedades raras conocidas como «rasopatías». A menudo escribe artículos en prensa, participa en programas de radio o televisión e imparte numerosas charlas en centros educativos. Ha sido reconocido con varios premios. Fue nombrado Hijo Predilecto de Zaragoza (2017) por sus valores humanos y contribuciones a la ciencia.

**Begoña Oro Pradera** (Zaragoza), lleva años peleando por hacer lectores: primero como editora, luego como traductora (especializada en literatura infantil), experta en fomento de la lectura, escritora, madre... Cientos de miles de niños, incluido el suyo, han aprendido a leer con libros como *Ensalada de letras*, *12 colores*, *Día a día*, *letra a letra*, *de la A a la Z* o con alguno de sus personajes: el rey de la noche, doña Despistes, Superleo, la ardilla Rasi (y su pandilla). Y han querido seguir leyendo con sus Misterios a domicilio o sus novelas juveniles, premiadas y traducidas a varias lenguas. Es autora, también, de libros para prelectores como la colección *El conde Nico*, *Cuentos bonitos para quedarse fritos* o *Cuentos con amor para un mundo mejor*.

El jurado integrado por Pablo C. Reyna, Eloy Moreno, Rocío Carmona y Gemma Xiol otorgó a esta obra el Premio Jaén de Narrativa Juvenil 2018, convocado y patrocinado por Bankia y CajaGranada Fundación.

# Bankia



Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Begoña Oro y Alberto Jiménez Schuhmacher

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© MizzyMish / iStock / Getty Images, por los símbolos de cáncer y virgo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Istock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17671-08-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Tú tan cáncer y yo tan virgo

Sobre este libro

Sobre Begoña Oro y Alberto J. Schumacher

Créditos